

Los días eran así

Hugo Soriani

Los días eran así

La cárcel, la política, el periodismo, el fútbol
y el rock contados desde la última página

OCTUBRE
EDITORIAL

Soriani, Hugo

Los días eran así: la cárcel, la política, el periodismo, el fútbol y el rock contados desde la última página / Hugo Soriani; ilustrado por Miguel Rep.

1a ed., Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial Octubre, 2017.

304 p., 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-3957-16-1

1. Crónica Periodística. 2. Derechos Humanos. I. Rep, Miguel, ilus. II. Título.

CDD 070.4

Ilustraciones: Miguel Rep

© Hugo Soriani, 2017

© Editorial Octubre, 2017

© UMET, 2017

Diseño de tapa e interior: Verónica Feinmann

Corrección: Rosina Balboa

Editorial Octubre

Sarmiento 2037 • C1044AAE • Buenos Aires, Argentina

www.editorialoctubre.com.ar

Impreso en Argentina.

Queda hecho el depósito que prevé la Ley 11723.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida sin permiso escrito del editor.

A Laura, mi amor.

A Joaquín, mi hijo.

A Paula y Jorge, que son mis hijos, aunque no lo sean.

Al Capitán Soriani, mi papá.

*A mis compañeros en las cárceles de Magdalena,
Caseros, Rawson y Devoto.*

*A Jorge Prim y Ernesto Tiffenberg, por los treinta años juntos
en la dirección de Página/12.*

PRÓLOGO

Por Estela Barnes de Carlotto

Hace unos días atrás la llamada de un querido amigo alegró un comienzo de año bastante caluroso. En tiempos difíciles, lo mejor es juntarse, no andar sueltos. Y así lo entendieron este grupo de compañeros de *Página/12*, la Editorial Octubre y el querido Hugo Soriani; y que no han tenido mejor idea que invitarme a formar parte de esto con un Prólogo: palabras que anteceden a una obra, que invitan a leerla y que además requieren algún comentario sobre el autor.

Un prólogo. Una gran responsabilidad cuando se trata del libro de un amigo. Una obra literaria/periodística que recorre los últimos cuarenta años de nuestra historia como país. Textos breves donde se cruzan la prosa de alguien que no transita la vida sino que la vive, de alguien que no observa la historia sino que la interpela y que es interpelado por ella, con el oficio de periodista, con la honestidad intelectual de la que pocos profesionales hoy pueden enorgullecerse.

Porque muchos de los textos que encontramos en este libro tuvieron la forma de contratapa del diario, ese relato que se lee cuando las noticias del día exigen un recreo y nos invitan a recordar, a reflexionar, a reconocernos en esas minihistorias tantas veces dedicadas a los derechos humanos donde Hugo recuerda a sus compañeros y compañeras.

Porque Hugo Soriani es un compañero. Un compañero en la lucha de nuestros hijos y un compañero en nuestra lucha.

Hugo no tiene más años de los que tendría hoy mi hija Laura. Como a mi hija, como a tantos jóvenes de su generación, a Hugo la historia no lo agarró desprevenido, lo sacudió aún siendo niño y en el compromiso de la militancia fue detenido meses antes de iniciarse el último golpe cívico militar, y allí estaría resistiendo en las condiciones indignas de las cuales fue víctima y por sus compañeros y compañeras que no encontró cuando la democracia le dio la libertad.

A Hugo la cárcel no lo silenció, la oscuridad de los años más negros de nuestra historia reciente le dio la tarea de contar, contarnos esos días y los que vendrían, con la simplicidad que pocos tienen.

Las contratapas que hace diecisiete años Hugo comenzó a escribir y *Página/12* a publicar difícilmente tuvieron de antemano el destino de un libro. Por eso este prólogo es una celebración y no una introducción. Porque el libro hace Memoria, nos trae la relectura de las páginas de un diario que como todo diario es efímero, muere cuando sale el día siguiente, pero en las que queda el registro de la historia cuando aún no es historia. Y *Página/12* ha hecho historia no solo por escribirla todos los días sino por las decisiones de acompañarnos desde el primer día, en aquellos primeros años de democracia, para con nosotros, los familiares de las víctimas de la dictadura cuando era más fácil darnos la espalda.

Posiblemente, esto no sea un prólogo sino las palabras de cariño y respeto para quien camina junto a nosotras sin nada a cambio. Por eso este libro no es una recopilación de textos,

es el cajón de recuerdos, experiencias, momentos, vivencias, personas que toman forma, que recorren la cultura, la política, la memoria y la verdad. En tiempos difíciles, donde la vorágine nacional e internacional nos pide que olvidemos, que resignemos, que perdonemos, hacen falta amigos que escriban, que publiquen, que nos despierten emociones. Esto no es un prólogo, es una celebración.

NUNCA NOS QUISIMOS TANTO

La identidad por el teatro

Lucía se acaricia el lunar de su mejilla derecha. Está tirada en la cama con la mirada fija en el techo y ya no siente ganas de adivinarles formas a las manchas de humedad. “Vuela esta canción para ti, Lucía”, canta Serrat desde su mesita de luz. Por primera vez siente que el tema no fue escrito para ella. Debe haber otra Lucía en algún otro lugar capaz de inspirar esos versos. ¿O será acaso que ella no es Lucía?

Acaba de venir del teatro; de chica siempre le gustó el teatro y ahora, con 26 años, sigue fantaseando con algún personaje de los que representaba en el colegio, o en el cumpleaños de alguna amiga.

Ponerse en la piel de otro, vestirse y pintarse, hablar y llorar. Era difícil. Sobre todo llorar, justo a ella que le costaban las lágrimas aun con los dolores más fuertes. Lucía piensa que eso le hizo abandonar la idea. No poder llorar. No existe una actriz que no sepa llorar bien, con lágrimas en serio y capaz de convencer a todos de una pena muy profunda.

Lucía se toca el lunar de su mejilla derecha. Ya no tiene la vista en las manchas de humedad. Acaba de sacar el compact. Hace dos años que vive sola y puede hacer lo que quiere. Son las dos de la mañana y acaba de llegar del teatro.

El último año con sus padres fue el más duro; buena gente los viejos, pero celosos y autoritarios. Muchas veces tuvo que mentirles para justificar una llegada tarde, el llamado de algún novio, o la marca de un beso que no se borraba de su cuerpo.

Si no hubiera sido por ese curso con el que se enganchó en el Rojas ni se hubiera enterado. Pero vio los afiches y los nombres que le sonaban familiares: Daniel Fanego, Valentina Bassi, Patricia Zangaro, Cristina Fridman, Manuel Callau, y no se la quiso perder. “A propósito de la duda” se llamaba la obra, la primera del ciclo Teatro por la Identidad.

De esa vez recuerda el ruido de los helicópteros en escena, los diálogos escritos con testimonios de hijos, nietos, Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Recuerda las remeras blancas estampadas de las actrices: “Prisión a los asesinos”, “Justicia y castigo” decían algunas. Pero sobre todo Lucía recuerda la murga del final con todos saltando y repitiendo a un solo compás: “¿Y vos sabés quién sos?”.

A Lucía, tres años después, mientras se toca el lunar de su mejilla derecha, ese estribillo le sigue martillando la cabeza: “¿Vos sabés quién sos?”.

Cada lunes, durante dos años, Lucía hizo colas que ocupaban toda la cuadra. Como las que se armaban en los conciertos de rock o para escuchar a Dolina en el Tortoni. Conoció gente, se hizo amigos nuevos y fue encontrando una identidad con ellos.

Fue a las marchas y conoció las quince salas que se fueron agregando cuando al ciclo se sumaron directores, coreógrafos, técnicos, autores y productores. ¿Qué hubiera dicho su padre? Nada bueno, seguro, o nada. Porque su padre murió sin contestar ninguna de sus preguntas. Murió callado. A su madre era inútil preguntarle, ella lloraba para no hablar. Lloraba como Lucía no había podido llorar nunca.



Marcela Ferradás, Vita Escardó, Leonor Manso, Luis Rivera López... Lucía podía recitar cada parte de sus intervenciones y la carta de Mariana Eva Pérez de memoria. Mariana ya sabía que era Mariana y le decía a ella y a los demás: “No te quedes a mitad de camino. No te quedes con la duda”.

Ahora Lucía está sentada en un banco del Parque Centenario y acaricia la foto que le dio Estela en la sede de Abuelas. La foto está ajada, amarilla, pero se nota bien la cara retratada. Cabello lacio, mirada suave y un lunar en la mejilla derecha. Dicen que es igualita a ella, eso dicen.

Anoche Lucía se decidió y hoy espera que se haga la hora sentada en un banco de ese parque donde alguna tarde anduvo en bicicleta. Setenta lo hicieron antes que ella.

Es solo un pinchazo, piensa Lucía, y sus amigos le dijeron que no duele nada.

“No duele nada, no duele nada”, repite mientras cruza la avenida Díaz Vélez y entra en el Hospital Durand. No duele nada y ella, además, nunca supo llorar.

Lunes 26 de mayo de 2003.

Dos fiestas

Los campeones del 78 volvieron a salir a la cancha el miércoles pasado para festejar los veinticinco años del triunfo. Las tribunas vacías los vieron subir por el túnel del tiempo. Solo los recibió el frío de una tarde que era más helada en las caras ajadas de los futbolistas envejecidos. Lejos había quedado su hora más gloriosa con aquellas tribunas repletas y el palco que albergó a la Junta gritando los goles, con el mismo entusiasmo con el que a pocas cuerdas del estadio torturaban y mataban a miles de argentinos.

El país futbolero esta vez no acompañó el festejo. La corporación del fútbol, que prohibió la participación de las Abuelas de Plaza de Mayo en el evento, tampoco acompañó la reflexión realizada por gran parte de la sociedad sobre lo terrible de aquellos días.

Varios organismos defensores de derechos humanos hicieron gestiones en los días previos para que el festejo fuera también una jornada de memoria y reconocimiento. Esos tér-

minos les resultaron ajenos a ellos y a César Menotti. Confeso admirador del “Che” y de Neruda, al técnico se le acaba la retórica progresista cuando se trata de evocar su papel en aquellos días terribles.

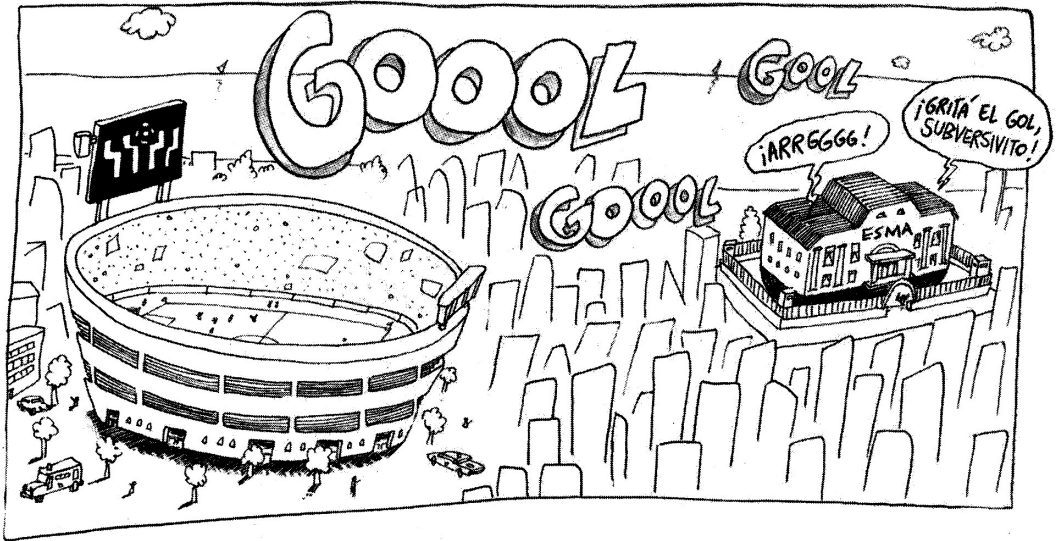
Un Menotti tenso contestó reportajes durante la semana previa: “No creo que podamos hablar de política y fútbol al mismo tiempo”, afirmó quien siempre se jactó de lo inseparable de ambos términos. Millones de personas pudieron verlo en un documental excelente, *Historias paralelas*, al lado de Videla, momentos antes de la arenga del genocida alentando a los jugadores. En el mismo documental un Ardiles apesadumbrado mostró la cara autocrítica de una conciencia más tranquila.

Mientras Julio Villa y Claudio Morresi hacían esfuerzos por saldar el pasado festejando el aniversario del título con un desagravio a los que sufrieron cárcel, persecución o muerte, Menotti prefirió seguir tirando la pelota al córner. Villa y Morresi no suelen llenarse la boca con citas de poetas, escritores o músicos comprometidos. Sencillamente trabajan por la Memoria y la Justicia.

En el 78 fueron los jugadores de la selección holandesa los que visitaron la Casa de las Madres, mientras el “Flaco” acuñaba su frase célebre: “Para poder entrar, hay que saber salir”. Hoy no encuentra la manera de salir de su doble discurso.

La gente que no fue a River prefirió estar en otro lado. Esa fría tarde del 9 de julio hizo calor en Plaza de Mayo, donde dos de los artistas más queridos de la Argentina convocaron a una multitud que festejó la Independencia, se solidarizó con los inundados santafesinos y rindió homenaje a las víctimas de la dictadura desde arriba y desde abajo del escenario.

León Gieco y Víctor Heredia brindaron durante más de dos horas un espectáculo conmovedor. Padres, hijos y abuelos calentaron manos y gargantas al ritmo de temas que atraviesan la historia argentina de los últimos treinta años. Gieco cantó “La Memoria”, de su último disco *Bandidos rurales*, y



en la Plaza se hizo un silencio que permitía escuchar la respiración de los músicos sobre los instrumentos. De la mano de Víctor y León fueron subiendo los artistas invitados, y todos disfrutaron con versiones impecables de canciones que están en la memoria colectiva. La mayoría fueron prohibidas o censuradas por la misma dictadura que felicitaba a Menotti y provocaba a los familiares de las víctimas a través del “Gordo” José María Muñoz.

León, Víctor y muchos de los artistas que los acompañaron tuvieron que exiliarse o recluirse para evitar destinos peores. Pero ellos hoy cantan y celebran de cara a la gente en una plaza llena que los aplaude y reconoce. No tienen que explicar, justificarse ni dar cátedra de progresismo. Sus canciones y su trayectoria hablan por sí mismas, y su comunión con la gente es tan sincera que nunca recibirán un homenaje frente a tribunas despobladas o estadios vacíos.

Jueves 17 de julio de 2003.

Un padre

“A Norberto lo detuvieron el 23 de abril del 76 en un control policial. Iba en una camioneta, junto a otro compañero, y llevaban a la parroquia de la villa donde hacían trabajo social ejemplares de *Evita Montonera*, una revista que, veinte días antes, también se vendía en los kioscos. Tuvimos que esperar hasta 1989 para enterarnos de cómo lo habían matado.”

El que habla es Julio Morresi, un padre de Plaza de Mayo, uno de los quince que acompañaban a sus mujeres en las primeras rondas de los jueves alrededor de la Pirámide. “Azucena Villaflor fue la primera en darse cuenta de las mentiras con las que pretendían desviarnos de nuestra lucha”, recuerda Julio.

El apellido Morresi le suena familiar a cualquiera que le guste el fútbol. Claudio Morresi, hermano menor de Norberto, brilló en Huracán, en Vélez y en aquel River del “Bambino” que se ganó todas las copas. “Claudio debutaba en la novena de Huracán, tenía 13 años y estaba nervioso porque la noche anterior su hermano no había regresado a casa. Yo no pude

ir a verlo porque con Irma, mi mujer, estábamos buscando a Norberto. Pero fue el tío y, para que Claudio jugara tranquilo, se acercó al alambrado y le dijo que Norberto ya había llamado por teléfono y estaba bien.”

“Norberto también era bueno con la pelota, un cinco muy metedor; los dos jugaron juntos en Bristol, un equipo de Parque Patricios que les ganaba a todos. Claudio debutó con 9 años y metió cuatro goles.” A Julio se le ilumina la cara con el recuerdo de sus hijos goleando en las canchitas del barrio.

Pero Norberto cambió los botines por la militancia en la UES (Unión de Estudiantes Secundarios) y los entrenamientos por el trabajo social en las villas. La Argentina de los setenta convocaba a cambiar el mundo y desde las aulas del Rivadavia él soñaba despierto. A Julio Morresi no le costaba entenderlo; en su casa, el fútbol y la política eran temas de largas sobremesas y cada baldosa de Parque Patricios, su barrio de toda la vida, respiraba peronismo.

“Yo me siento responsable de que Norberto haya sido tan peronista. De mi mano fue a Ezeiza a recibir al General y de mi mano corrió cuando empezó la masacre. Yo peleé la interna para Cafiero y hasta voté la primera vez a Menem. A veces pienso que lo que le pasó a Norberto me tendría que haber pasado a mí, que fui el que siempre gritaba aquello de ‘la vida por Perón’, pero también estoy orgulloso de su militancia. Norberto fue generoso, honesto, y con sus cortitos 17 años tuvo tiempo para hacer títeres en la villa, para recibirse con las mejores notas y hasta para llevarse una materia a diciembre para que no lo cargaran por traga.”

Sí, Norberto Morresi tenía 17 años cuando le pegaron seis tiros en la cara. Lo fusilaron con las manos atadas a la espalda y lo enterraron como NN junto a un compañero, Luis María Roberto, en un cementerio de General Villegas. Papá Morresi no dejó puerta sin tocar. Se entrevistó con jefes militares, obispos, embajadores y cuanta persona pudiera interceder por la suerte de su hijo. Aún recuerda el cínico interrogatorio

al que lo sometió monseñor Gracelli que, en lugar de dar, quería sacarle información sobre los compañeros de Norberto. Recuerda, también, a una mujer que lo llamó por teléfono de parte del “capitán García” y le dio varias citas prometiéndole la libertad del pibe. “La veía en un departamento en la calle Guayaquil, en Caballito, y con Irma hasta le regalamos unos zapatos muy finos que yo hacía en mi taller y una cartera haciendo juego. Vivíamos esperando sus llamados, para mí esa mujer era la Virgen. Un día nos dijo que Norberto, en lugar de cena, la noche anterior había pedido tres manzanas verdes. Creímos estar cerca de la verdad, porque a él le encantaban las manzanas verdes.”

Papá y mamá Morresi juntaron los ahorros de toda la vida, pidieron prestado, vendieron lo que hacía falta y le entregaron cincuenta mil dólares a la mujer que prometió la libertad de su hijo. Dos días después, Julio se presentó con una valija en la casa de la mujer para viajar junto a Norberto a Suiza, tal como le habían prometido. Pero el departamento estaba vacío, la delegada del “capitán García” se había mudado durante el fin de semana y Julio casi ahorca al portero de la desesperación. El golpe hizo flaquear a Irma, que cayó en una depresión de la que solo salía cuando veía crecer a Claudio sano, fuerte y llenando las canchas con su fútbol. Don Julio seguía persiguiendo la verdad, que le llegó en 1989 de la mano del Equipo Argentino de Antropología Forense. La pista la dio una de las setenta carpetas que el Primer Cuerpo de Ejército remitió a la Justicia cuando se juzgó a las Juntas. En ella se hablaba de dos cuerpos enterrados en el cementerio de General Villegas y los datos coincidían. “Soy un privilegiado –dice papá Morresi–, pude identificar el cuerpo de mi hijo, verlo, darle sepultura. Fueron muchos años en los que caminé por las calles, creyendo que era alguno de los que pasaban a mi lado. Un día frené el auto y encaré a un linyera creyendo que era él. Porque pensábamos que en la tortura podía haber perdido la memoria y andar errante o en algún manicomio. Tampoco dejamos

loquero por recorrer, entrábamos y mirábamos las caras de todos los internados buscando a los nuestros.”

“Tuve el privilegio de enterrar a mi hijo –repite Morresi–, y de saber que casi no tuvieron tiempo de torturarlo. Lo mataron el mismo día que lo detuvieron.” Julio tiene 74 años, hablar pausado y mirada serena. Muestra orgulloso la foto de Norberto: “Era risa pura, lindo, y hacía suspirar a las muchachas”. No es difícil imaginarlo llevando de la mano a sus hijos camino de la escuela, o despertándose en la madrugada para alcanzarles agua o aliviar sus pesadillas.

Sigue acompañando la marcha de los jueves, incansable en la denuncia de los asesinos, persiguiendo justicia. Sus ojos claros no reflejan odio, sino la tristeza infinita de tantos padres a los que el terrorismo de Estado les robó sus hijos. No pide mano dura ni más leyes represivas, porque su experiencia de años lo hizo descreído de esas soluciones. Lo hizo ineludible y sabio. Este domingo, su día, Julio hará uso de su extraño privilegio. Le llevará flores a Norberto y, mientras arregla los claveles junto a Irma y a Claudio, podrá recordar aquellos triunfos de Bristol, o las horas que pasó junto a sus hijos, practicando con qué cara del pie se le pega mejor a la pelota. Este domingo, su día, Julio Morresi, un padre.

Domingo 20 de junio de 2004.

“Nunca nos quisimos tanto”

El canciller Jorge Taiana abrió la puerta de la celda N° 4 de la cárcel de La Plata, la siniestra Unidad 9, y junto a Eduardo Jozami, su vecino de la celda N° 3 en aquellos años, explicó a los periodistas las condiciones de vida a las que los sometió la dictadura. Fotógrafos y camarógrafos se apretaban en el espacio reducido de esa celda para escuchar los testimonios sobre una cárcel cuyas actuales condiciones siguen dando vergüenza.

Los ex detenidos políticos se dividieron en grupos y guiaron a la prensa por las diferentes celdas; muchos de ellos hacía años que no se veían y los abrazos emocionados se repetían, igual que las lágrimas de los familiares que los acompañaban. Contaron que a esos pabellones se los llamaba “de la muerte”, porque estaban destinados a los detenidos que la dictadura consideraba más peligrosos y desde donde varios de ellos fueron arrancados para ser asesinados.

Sus nombres fueron recordados por los oradores. Julio Urien, actual presidente de Astilleros Río Santiago, contó que él

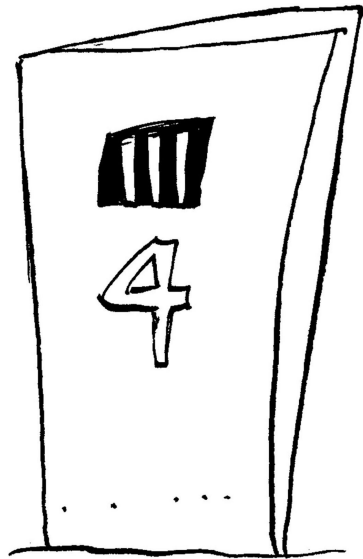
también fue sacado del penal y se salvó de morir por la rápida intervención de un familiar. Reivindicó su pasado montonero y su presente de compromiso en otro lugar, pero con los mismos ideales.

Julio Mogordoy, ex militante del ERP y uno de los organizadores del acto, habló de aquellos días terribles para afirmar que no hay perdón, ni olvido, ni reconciliación posible con los asesinos. También hablaron otros ex detenidos, como Pablo Díaz, sobreviviente de la Noche de los Lápices. Pablo mencionó a Francisco Provenzano, asesinado luego del copamiento a La Tablada y compañero en esa cárcel; Horacio Crea y Néstor Rojas, que remarcó la extrema juventud de algunos detenidos, “como Miguelito Paolinelli, que tenía solo 15 años”.

Al final, Eduardo Jozami, con la voz casi quebrada dijo: “Pido perdón por la cursilería, pero no puedo dejar de decir que nunca nos quisimos tanto como en aquellos días en que juntos enfrentamos a la muerte. La entrega, la solidaridad y la valentía de quienes estuvimos aquí encerrados se opusieron y triunfaron sobre las miserias y la perversión de nuestros verdugos”.

En la puerta del Pabellón 4, actual Pabellón Universitario, quedó una placa, regalo y homenaje de los presos sociales, con esta frase: “Los estudiantes del Pabellón 4, como testimonio y homenaje a los luchadores por la justicia social a treinta años del golpe militar”.

Viernes 24 de marzo de 2006.



Caseros

El “Flecha” Vilche se agacha y recoge una piedra que se llevará de recuerdo. Julio levanta un vidrio azul, culo de botella, con ellos se cubrían las ventanas para que el sol no entrara a una cárcel que hizo realidad la metáfora: los presos estaban a la sombra.

En Caseros había una sola luz, la que salía de los prisioneros. Allí aprendieron a resistir una estrategia de destrucción que, sin embargo, se cobró dos vidas. Entre sus muros murieron Jorge Toledo y Eduardo Schiavone. No solo los carceleros fueron sus verdugos, también los médicos, sacerdotes y psiquiatras que los empujaron al suicidio combinando las más sofisticadas técnicas de aniquilamiento.

Caseros se inauguró en abril de 1979 con un discurso del entonces ministro de Justicia Alberto Rodríguez Varela. Fue bendecida por obispos y presentada a la sociedad como un modelo de establecimiento penal por los diarios de la época. *Caseros, en la Cárcel*, la película que realizó Julio Raffo, res-

cata ese discurso y el acto de inauguración con imágenes de archivo imperdibles.

Hasta los detenidos se confundían cuando empezaron a poblarla. Venían de otros infiernos: Sierra Chica, Rawson, Devoto, Magdalena, Coronda, y los ascensores, mármoles y pisos de porcelanato de Caseros parecían más de un shopping que de una cárcel.

Luego, los pabellones oscuros y las pequeñísimas celdas descubrían el cinismo del decorado. Olores horribles, frío permanente, inmovilidad absoluta. Requisas diarias y violentas, sanciones y golpes. Péssima comida, cuando había. No se podía leer, tampoco hablar. Y la oscuridad absoluta. Siempre la oscuridad. El uniforme azul obligatorio resultaba chico o demasiado grande. La cabeza de los detenidos era semanalmente rapada por peluqueros penitenciarios, diestros y siniestros.

En Caseros, el rostro de los presos se ponía blanco, luego amarillo y por último el tono era un verdoso parecido al musgo que por la humedad crecía en las paredes. Los que eran trasladados de allí a otras cárceles eran inconfundibles por su aspecto de cadáveres, y solamente el humor negro los ayudaba a soportar sus propios rostros frente al espejo.

Caseros fue el campo de concentración legal que la dictadura abrió en un barrio a diez minutos del centro de Buenos Aires. Por allí pasaron miles de presos políticos que dieron testimonio en detalle de lo que estas líneas reseñan.

Solo un puñado de ellos pudieron estar el miércoles por la mañana en el acto con el que finalizó su demolición. El jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Jorge Telerman, y el presidente Néstor Kirchner hablaron entre los escombros, ante la mirada conmovida de los sobrevivientes, que alguna vez soñaron un día como éste en la soledad de sus celdas.

Se tiraba abajo el edificio que se llevó muchos años de sus vidas y ellos estaban ahí con sus hijos, con sus familias, viendo cómo el Presidente hacía detonar la carga que derribaba el último muro.

Joaquín, que tiene 11 años, se abraza con su papá que estuvo detenido casi diez, dos de los cuales fueron en Caseros. Paula, que tiene 32 y que nació en la cárcel de Devoto, se abraza con Laura, su mamá, que la vuelve a presentar, porque algunas de sus compañeras con las que se reencuentra la vieron nacer tras las rejas.

Los ex presos llevan con orgullo sus sobrenombres. El “Mono”, el “Master”, el “Yoruga”, “Pepe”, “Biafra”, el “Ivo”, “Chirola”, el “Barba”, “Villa”. Intercambian bromas y recuerdos, mientras repasan con exactitud el abecedario morse con el que se comunicaban en los años de plomo.

Las mujeres son más concretas: Carlota, Graciela, la “Colo” tratan de acercar proyectos y planes solidarios a las manos de Cristina Fernández de Kirchner, que se acerca a saludarlas.

El “Flecha” Vilche ya guardó en su bolsillo la piedra que se llevará de recuerdo y ahora, en una cárcel destruida y a cielo abierto, maldice no haber traído la guitarra, pero igual se anima. Caseros ya no existe, entonces “Flechita” canta y sus compañeros lo siguen: “Y ya verás, las sombras que aquí estuvieron no estarán...”. La mañana se hace más tibia.

Viernes 16 de noviembre de 2007.

Dos historias

En 1978 Juan, que tenía 22 años y llevaba casi cuatro detenido, fue trasladado junto con otros quince presos políticos desde la cárcel de Sierra Chica hasta el campo de concentración de La Perla, en Córdoba, para ser fusilado si la guerrilla cometía algún atentado durante el desarrollo del Mundial de Fútbol.

Ese grupo de dieciséis rehenes fue mantenido durante el tiempo que duró el torneo con las manos esposadas a la espalda y los ojos vendados, sentados en el suelo contra la pared, pero con un raro privilegio: si jugaba Argentina sus custodios los esposaban con las manos hacia adelante para que pudieran festejar, agitándolas, cuando nuestra selección convertía los goles que el relato de José María Muñoz llevaba hasta sus oídos.

Luego de la consagración argentina, y felices de seguir vivos, tuvieron otro premio: sus verdugos les permitieron bañarse y les ofrecieron, como broma macabra, cambiar sus ropas por otras que habían pertenecido a los desaparecidos asesinados en ese centro clandestino.

En junio de 1978 Ernesto, que tenía 23 años y llevaba tres como preso político en la cárcel de Magdalena, fue arrancado de su celda durante la noche, molido a palos, bañado con agua helada y sometido a varios simulacros de fusilamiento, para luego ser encerrado en una celda de castigo en la que permaneció diez días en cuclillas porque sus dimensiones le impedían pararse. Desde esa celda, escuchaba los festejos de sus verdugos que hacían estallar la cárcel cada vez que Mario Kempes perforaba las redes adversarias.

Ernesto, futbolero al fin, también festejaba, pero intuyendo que cada gol argentino era una ficha a favor de la dictadura que podía prolongar su cautiverio. Años después, ya liberado, vio la famosa foto de la Junta Militar festejando el título en el palco del Monumental y recordó esos goles que festejó, y padeció, en la oscuridad de su calabozo.

Hoy, Juan y Ernesto pasan los 50 años y son sobrevivientes. Ambos, junto a sus familias, estuvieron en la “Otra Final”, la que el domingo organizó el Instituto Espacio para la Memoria en la cancha de River, con la intención de cerrar una herida entre los futbolistas y las víctimas de los genocidas.

De aquellos jugadores estuvieron Luque, Villa y Houseman, quienes, como gran parte de la sociedad argentina, en aquellos años no fueron conscientes de la magnitud de la masacre, pero hoy tienen la dignidad de estar presentes y recordar, tomados de la bandera con la foto de los desaparecidos, a quienes murieron mientras el país festejaba el Campeonato del Mundo.

Otros jugadores de aquella selección adhirieron al acto, pero varios prefirieron no hacerlo y realizaron declaraciones públicas en contra, como si ejercer la memoria y la autocrítica fuera en desmedro de sus logros deportivos. César Menotti, que suele desgranar conceptos “progres” en cada una de sus apariciones, sigue ausente, desperdiciando otra oportunidad de ponerse al frente en una convocatoria que pudo tenerlo como protagonista.

Nora Cortiñas, “Taty” Almeida, Adolfo Pérez Esquivel, Ana María Careaga, Mabel Gutiérrez, y otros dirigentes de organismos defensores de derechos humanos entregaron medallas a los participantes que dicen: “En reconocimiento a su participación en ‘la Otra Final’, el partido por la Vida y los Derechos Humanos”. También las recibieron los jugadores de la selección sub-20, que jugaron un partido con sobrevivientes, como homenaje a todas las víctimas de aquellos años.

Houseman, emocionado, se abrazó a Nora Cortiñas. Luque se puso los cortos para jugar unos minutos, y a Villa, pionero en reconocer aquel horror, se lo disputaban todos los micrófonos.

Caía la tarde en el Monumental cuando el “Flaco” Spinetta dejaba los primeros versos de “Laura va”.

Joaquín, Manuel y Sebastián, los pequeños hijos de Ernesto y Juan, ya tenían sus camisetas argentinas con las firmas de los jugadores. Ojalá no tengan que esperar otros treinta años para completar las que faltan.

Miércoles 2 de julio de 2008.

Homenaje

No nombraré a ninguno porque fueron todos los que, hora tras hora, día tras día, año tras año, resistieron en conjunto la política de exterminio que se instrumentó para destruirlos. Los que inventaron un código para comunicarse en el silencio, los que violaron todas y cada una de las consignas y prohibiciones que los guardianes imponían a diario. Los que con valentía, ingenio y audacia inventaron las trampas necesarias para sobrevivir sin bajar sus convicciones.

Los que no firmaron ninguna nota de arrepentimiento.

Los que en la oscuridad de los calabozos de Rawson fueron golpeados hasta desmayarse y reanimados con agua helada en madrugadas con quince grados bajo cero.

Los que denunciaron sus torturas a monseñor Tortolo, en la cárcel de La Plata, y escucharon como respuesta “Videla es oro en polvo” de los labios del Monseñor. Los que escribieron minúsculas notas en finísimo papel de cigarrillos para comunicar al exterior lo que sucedía tras los muros.

Los que en días de hambre compartieron la poquísima comida.

Los que en julio del 79 golpearon los jarros de metal contra las rejas festejando el triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua, pese a los golpes y los gritos de los guardianes que trataban de impedirlo.

Los que lloraron la muerte de John Lennon, en diciembre del 80, porque junto a él imaginaron que no eran los únicos soñadores.

Los que en la cárcel de Magdalena conocieron en persona la ferocidad del general Bussi, antes de que fuera el célebre “carnicero” de Tucumán.

Los que fueron rehenes en Córdoba durante el Mundial bajo amenaza de fusilamiento, mientras los genocidas se abrazaban con Menotti.

Los que fueron sacados del “pabellón de la muerte” en la cárcel de La Plata y, sabiendo que iban a ser fusilados, se despedían de sus compañeros gritando sus consignas.

Los que sobrevivieron en ese pabellón y denunciaron lo que estaba pasando, con riesgo de sus propias vidas.

Los que en el patio de la cárcel de Córdoba vieron estaquear y morir compañeros sin bajar la mirada, como ordenaban los verdugos.

Las mujeres que en la cárcel de Devoto resistieron durante años las requisas vejatorias. Esas mismas mujeres que, enteras y dignas, ya libres, dieron testimonio en un libro imprescindible: *Nosotras, presas políticas*.

Los que en la cárcel de Caseros vivieron hacinados en celdas miserables, sin saber cuándo era de día o cuándo de noche.

Los que no perdieron el humor, sobre todo el humor negro, y se rieron de sus propias desgracias.

Los que en julio del 83, en la cárcel de Rawson, con más coraje que inteligencia, decidieron acompañar el ayuno que Pérez Esquivel realizaba en Buenos Aires. Y lo continuaron diez días más que él porque, debido al aislamiento al que estaban sometidos, no supieron que el premio Nobel lo había levantado al conseguir sus objetivos.

Los que escribieron poesías malas, pero fueron poetas.

Los que sabían de memoria el Génesis o el Éxodo, porque la Biblia fue la única lectura permitida. Y, a veces, ni eso.

Los que cantaron, dibujaron, soñaron y actuaron, inventando la manera de esquivar la muerte o la locura.

Los que en todas las cárceles, en todas, solo tuvieron durante años una pared blanca a dos metros de distancia como único horizonte.

Los que durante nueve, diez, doce años no hicieron el amor ni tomaron un vaso de vino o una taza de café.

Los que no vieron crecer a sus hijos.

Los que salieron con lo puesto y sin tener una casa adonde ir o un trabajo para mantenerse.

Los que fueron recibidos con desconfianza, porque eran sobrevivientes.

Los que sentían toda la culpa del mundo por ese mismo motivo.

Para todos ellos, Presos Políticos de la Dictadura, que hoy, a treinta y cinco años del golpe militar son testigos de los juicios a los genocidas, militantes en sus barrios, delegados en sus trabajos, funcionarios comprometidos y trabajadores de la política en su sentido más noble, cualquiera sea el lugar donde los haya llevado la vida. Para ellos, estas líneas de recuerdo y de homenaje.

Jueves 24 de marzo de 2011.

Adriana

Adriana murió el 31 de marzo de 1977. Ese día cumplía 16 años y sus padres, Lidia y Edgar, la esperaban con una torta casera para festejarlo.

Pero la “Turca”, como le decían, no llegó nunca. El llamado de un compañero les dio la noticia de su muerte, sin agregar otros detalles que alargaran una conversación telefónica, peligrosa en la Argentina de Videla.

Había sido una muy buena alumna en el Colegio Nacional de Buenos Aires, donde cursó primero y segundo año, para luego pasar a una escuela técnica de Lanús, cuando la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), donde militaba, ordenó a sus miembros replegarse a escuelas de barrios populares para desarrollar allí la tarea política asignada.

Era el año 75 y la represión se acentuaba, anticipando la masacre.

Isabel Perón había intervenido la Universidad, y el Colegio Nacional de Buenos Aires se convertía en una trampa

mortal para los estudiantes que militaban en agrupaciones de izquierda o del peronismo revolucionario. Las aulas de la escuela que albergó debates, ideas y sueños revolucionarios de sus estudiantes, se convertían de pronto en lugares desolados y represivos, de la mano del interventor de la UBA, Alberto Ottalagano, y del rector del colegio, Mario Garda.

“Adriana no se amedrentaba, ella siempre fue la más decidida, la más lanzada, la más audaz del grupo. Y también la más inteligente”, dice Gabriela Alegre, su amiga y compañera de colegio. “Cuando llegó la orden de la UES –continúa– ella no dudó un segundo en irse a Lanús, y recuerdo la convicción con la que discutía cuando decidió encuadrarse en Montoneros, mientras nosotras continuábamos militando en Secundarios.”

Adriana tenía 16 años cuando la sorprendió la muerte en un estallido y hacía más de uno que era montonera. El periodista Pablo Giussani le dedicó un libro que ella hubiera repudiado, porque los 16 de Adriana eran los de toda una generación que decidió patear el tablero y jugarse a suerte y verdad para sostener sus convicciones.

Tres días antes de su muerte, Adriana les escribía a sus hermanas Laura y Vicky, ya en el exilio luego de haber sufrido cárcel y persecuciones: “Empecé a trabajar en un taller de bombachas, y aprendí a coser con distintos tipos de máquinas (Overlock, Recta, Zigzag, Pasaelástico), el laburo no es muy lindo, es cansador estar ocho horas cosiendo, y tampoco me pagan demasiado porque gano por producción y no estoy muy práctica pero hasta que no tenga otra posibilidad no voy a dejarlo”.

Y continuaba: “Seguimos viviendo en Lanús y con Beto (su compañero) nos llevamos muy bien y aunque hay ganas, no hay aún ninguna sorpresa. No se imaginan cuánto se las extraña y, a veces, cuando hablo de ustedes o me viene algún recuerdo a la cabeza, me parece increíble la cantidad de tiempo que no nos vemos y sin ninguna clase de posibilidad por ahora. Beto está sin laburo, pero consiguió uno en una

fábrica textil y deberá empezar el 5 de abril. A mí también, Laura, me parece muy raro tener tan solo 15 años y llevar la vida que hago. Pero cada uno se elige la vida que quiere y yo no estoy en nada arrepentida”.

Esta carta fue escrita el 27 de marzo de 1977. Cuatro días después Adriana murió y su cuerpo fue arrojado como NN a una fosa común del cementerio de Avellaneda, junto a más de 360 cuerpos. Tuvieron que pasar veintiocho años para que el Equipo Argentino de Antropología Forense pudiera identificar el cadáver y entregarlo a su familia. Edgar y Lidia, los padres de Adriana, ya no están para recibirlo. Sí están sus hermanas, Laura y Vicky, y la vieja y querida tía Berta.

Adriana era obstinada, precoz, así la recuerdan sus amigas. Valiente. En la peor época de la represión aún quería tomar el cielo por asalto y murió en el intento. Antes y después de ella, otros corrían la misma suerte. Los recordatorios que publica este diario dan una idea del compromiso militante de una generación y de lo que significaba tener 20 años, pocos más, pocos menos, en la Argentina de los setenta.

El incansable trabajo de los antropólogos permitió una vez más que sus familiares y compañeros podamos darle a Adriana un lugar donde dejar una flor. Permitted una vez más ejercer el derecho más antiguo del género humano: enterrar a sus muertos.

Adriana Kornblihtt, “Turquita”, solo quedan para decirte esas palabras de Roque Dalton: “Quizás llegaste temprano al buen humor, a las revoluciones, pero sobre todo, llegaste temprano, demasiado temprano, a una muerte que no era la tuya, y que a esta altura no sabrá qué hacer con tanta vida”.

Sábado 19 de marzo de 2005.

Ayer a la mañana

Ayer, a las once de la mañana, la calle Marcelo T. de Alvear estaba cortada al tránsito entre Callao y Riobamba. Un gran cartel del Centro de Estudiantes de la escuela Carlos Pellegrini era la barrera que anunciaba el acto frente a la puerta del colegio. A treinta y cinco años de la Noche de los Lápices los estudiantes del colegio, junto a sus familias y sus profesores, rendían homenaje a los desaparecidos que pasaron por sus aulas.

Treinta y siete nombres: treinta y cinco alumnos y dos docentes.

Treinta y siete.

Abrió el acto Ana Minujín, presidenta del Centro de Estudiantes, autores de la iniciativa junto a la agrupación Barrios por la Memoria y Justicia. Ana tiene la espontaneidad, la garra y la frescura de sus 18 años y una sonrisa que ilumina su cara. Tiene experiencia de lucha en su militancia secundaria, y no disimula la alegría y el orgullo que siente por ella.

Anita, como la conocen sus compañeros, es una excelente oradora, dirige asambleas y organiza tomas de colegio. Sus palabras suenan diáfanas en una mañana gris. Recuerda y reivindica la lucha de los militantes setentistas, “compañeros que no quisieron mirar para otro lado, en la búsqueda de un mundo mejor”. Pero esta vez a Anita no le alcanza su experiencia porque hay demasiada muerte de por medio. Ana Minujín se tropieza con las palabras y no puede terminar su discurso. Deja el micrófono y llora. Todos lloran.

Luego habla el rector del “Pelle”, Marcelo Roitbarg, que tal vez por la misma razón no quiere improvisar y prefiere la seguridad del discurso escrito.

En la Argentina de la dictadura los rectores denunciaban a la policía a los miembros de los centros de estudiantes de sus colegios.

El rector lee y en la cuadra de Marcelo T. de Alvear hay un silencio profundo. Hay chicos y chicas que se toman por los hombros, hay padres y madres que quizás fueron compañeros de los homenajeados y hoy continúan ligados al colegio al que ahora van sus hijos. Roitbarg habla de la calidad humana de aquellos militantes, que sacrificaron su comodidad personal en la búsqueda de un futuro mejor en un país más justo.

Hay aplausos sostenidos para el rector, que con su presencia le pone marco institucional al acto. Fanny Seldes, de Barrios por la Memoria, sigue como oradora y explica el trabajo que su agrupación realiza para rendir homenaje a los desaparecidos a través de las baldosas con sus nombres, fabricadas artesanalmente por sus integrantes en una vieja casona de la calle Humahuaca y luego colocadas en las veredas de los barrios que acunaron los sueños de los militantes secuestrados.

Luego se ofrece el micrófono para los que quieran decir algo. Lo toma una mamá que es también hija de desaparecidos. La mamá dice que ella vivió su adolescencia con pánico. Que nunca pudo militar en nada porque el miedo la paralizaba. Pero ya no tiene miedo. Tampoco lo tiene su hija, alumna del colegio y

miembro del Centro de Estudiantes. “Perdimos el miedo –dice la mamá–, perdimos el miedo. Pudimos ganarles.”

El acto termina con la lectura de los nombres de los treinta y siete homenajeados. Ante cada nombre la calle vibra con aplausos y los “Presente” son gritados con dolor y con orgullo.

Los chicos se toman de las manos y sus padres se abrigan entre ellos.

Ayer a la mañana, en la puerta del “Pelle”, chicos de pelo largo, jeans gastados, zapatillas, minifaldas y alguna que otra guitarra al hombro rindieron homenaje a sus compañeros secuestrados en la Noche de los Lápices y a los estudiantes del colegio que ya no están y que alguna vez se sentaron en esos mismos pupitres.

Ayer a la mañana, en la puerta del “Pelle”, hablaron la presidenta del Centro de Estudiantes y el rector del colegio. Hablaron los dos en el mismo acto y a los dos se les quebró la voz en el recuerdo.

Ayer a la mañana, cuatro baldosas de colores vivos hechas por manos amorosas, fueron colocadas para recordar el genocidio. Cuatro baldosas y treinta y siete nombres por la Memoria, la Verdad y la Justicia. Ayer a la mañana, en la puerta del “Pelle”.

Sábado 17 de septiembre de 2011.

Hipólito Vieytes, 40 años

La cadena de mails recuerda que ya pasaron cuarenta años desde que egresamos “del Vieytes” y que nos vamos a juntar en el gimnasio de la escuela para festejar el acontecimiento.

De a poco aparecen las respuestas de más de cien compañeros de todas las divisiones del turno mañana. A algunos los conozco y a otros, no. A algunos los recuerdo y a otros, no.

Llegué al Vieytes cuando empecé el tercer año del colegio secundario. Los primeros dos los hice en la misma escuela de curas en la que había cursado la primaria. Mis padres decidieron que tenía que ser perito mercantil, porque “vas a conseguir trabajo más fácil” –decían–, y cumplí con el mandato.

Mis primeros días en la escuela pública, luego de tantos años en la privada, no fueron fáciles. Era “el nuevo”, y si bien la timidez siempre me fue ajena, no podía dejar de añorar el patio “del Calasanz”, donde jugábamos al fútbol, ni el ambiente protector del colegio que acababa de dejar.

Al poco tiempo se terminó la soledad. Un grupo de cinco compañeros, fuertes en la división, decidió adoptarme y me sumaron a sus “picados” en los bosques de Palermo. En la Argentina del 69 aún no existían las canchitas de césped sintético. Los arcos se hacían con los bolsos de los jugadores, los límites de la cancha eran inciertos y las discusiones para determinar si una pelota había sobrevolado el imaginario travesano o si había pasado por adentro o por afuera de los bolsos que hacían de poste eran interminables...

Fue entonces que empezamos a juntar fondos para el viaje de egresados. En aquella Argentina tampoco existían las empresas que los organizaban y todo se hacía sin la ayuda de fondos paternos. Solo a fuerza de fiestas, rifas e imaginación.

Junto a ese grupo de cinco compañeros no dejamos timbre sin tocar hasta que juntamos la plata para irnos a Bariloche, y ese viaje consolidó una amistad que soportó hasta hoy todos los golpes de la vida.

Estábamos en cuarto año y el ambiente represivo, común a la educación de entonces, rodeaba nuestros recreos y nuestras aulas. Había que ir al colegio de uniforme (saco azul, pantalón gris, camisa blanca, corbata azul y el escudito correspondiente), el pelo cortísimo y los zapatos recién lustrados.

El “Rengo” Rodríguez, temido jefe de preceptores, se paraba en la puerta y decidía, como el patovica de un boliche, quién entraba y quién no. Su decisión era arbitraria y perjudicaba a quienes estaban en el límite de faltas, aunque estuvieran impecables. Así quedaban libres y debían rendir todas las materias en marzo. “Aprendí a ser formal y cortés/ cortán-dome el pelo/ una vez por mes” cantarían por entonces un joven Charly García, alumno de Instituto Social Militar Dámaso Centeno.

Nada de eso nos impidió buscar formas de organización para resistir las directivas cada vez más duras del temido rector Delucchi, que continuó en funciones también en la siguiente dictadura, y que ponía a tono al colegio con un país en el que

no faltaba mucho para que Lanusse fusilara a veintidós militantes populares en el aeropuerto de Trelew.

Ya había nacido el FLS (Frente de Lucha de Secundarios), que miraba con simpatía el accionar de las organizaciones armadas y le disputaba a la “Fede”, ligada al Partido Comunista, la organización y dirección de la incipiente movilización estudiantil.

La bronca hacia el autoritarismo que reinaba en las aulas a veces se expresaba de manera espontánea con líos comunes a cualquier escuela secundaria, y otras con modos algo más sofisticados de lucha, como la “expropiación” del bar del colegio y el reparto en los baños de toda la mercadería entre los alumnos, para protestar por los precios demasiado altos que ahí se cobraban.

Así llegamos a finales del 71 y nos recibimos. La despedida fue caótica. Gran parte de los egresados montaron barricadas sobre la avenida Gaona y bombardearon el colegio con bombas de alquitrán, huevos, etcétera. Fue un pequeño acto de repudio hacia la mano dura del “Colorado” Delucchi. Desde entonces la escuela nos debe el diploma. Esa fue la sanción por el adolescente acto de resistencia. Nunca nos dieron el diploma.

Los mails se cruzan ahora con detalles de la organización del encuentro. Los compañeros adelantan sus fotos, la de sus hijos y algunos también las de sus nietos. Se propone hacer una colecta para donar dinero al colegio al que, afirman, le faltan hasta las tizas. Casi todos están de acuerdo.

Los mails van y vienen hasta que alguien recuerda que también la escuela está en deuda con nuestra promoción. Y propone reclamar el diploma que todavía nos deben.

Pero no recuerda solamente eso, señala además que en febrero de 1978 el “flaco” Guillermo Segalli, recibido un año antes, fue sacado de la celda que ocupaba en el “pabellón de la muerte” de la cárcel de La Plata y desde entonces está desaparecido.

Quizás éste sea el momento para pedir también que un aula del colegio que lo vio nacer a su vida militante y al que representó en varias Olimpíadas como el atleta que era, lleve su nombre. Sí, un aula del Hipólito Vieytes, en su recuerdo y homenaje, debería llamarse Guillermo Segalli.

Miércoles 9 de noviembre de 2011.

36 años

Golpe

El 24 de marzo de 1976 un grupo de presos políticos escucha que se abren las puertas del pabellón que los aloja. Hace un año y tres meses que están encerrados allí, desde diciembre de 1974.

Antes de llegar al penal fueron torturados durante semanas.

No tienen baño en sus celdas y deben cagar en una lata y mear en un frasco. No tienen recreos ni pueden hacer gimnasia. No pueden leer ni escribir. No pueden hablar con nadie. Son requisados y golpeados casi todos los días desde que llegaron al penal.

Comen sentados en el suelo, con las manos, la escasa y horrible comida que de vez en cuando les dan. Hace un año y tres meses que solo pueden caminar tres pasos: uno, dos y tres, hasta que chocan contra la pared blanca del calabozo.

No reciben cartas, ni tampoco envían.

Son casi las once de la mañana del 24 de marzo de 1976 cuando escuchan que se abren las puertas del pabellón que los aloja. Desde el pasillo, la voz del joven oficial suena victoriosa.

“Las Fuerzas Armadas tomaron el poder, ahora sí que a ustedes se les acabó la joda.”

Injusticia

En mayo del 76, en el chupadero de Rosario ya casi no hay lugar para ningún secuestrado más. Pero a la una de la mañana la patota entra con una mujer que no supera los 15 años. La chica grita aterrorizada que no sabe nada y que no entiende nada de lo que está pasando.

La golpean, la desnudan y comienzan a torturarla. La picana recorre su cuerpo delgado que se arquea hasta quebrarse. No hay nombre que les pueda dar ni dirección que conozca. Por mucho que le pregunten, ella no sabe responder.

Entonces empiezan a violarla, la colocan boca abajo en la cama elástica y la violan una y otra vez, entre nuevas preguntas y carcajadas.

A las tres de la mañana otra patrulla, con otra mujer, entra en el chupadero.

“Nos equivocamos –dice un oficial–, la montonera que buscábamos es ésta, a la chica hay que llevarla de nuevo a su casa”, ordena.

Los guardias se resisten, es de madrugada, están cansados y además la prisionera está destrozada por las torturas. Mañana, dicen, mañana la llevamos.

Pero el jefe no quiere esperar: “Dije ahora, carajo, la llevan a su casa ahora mismo. Porque si hay algo que no soporto, son las injusticias”.



Moneda

El 12 de agosto de 1976 cuatro presos políticos son retirados de la cárcel de Córdoba por una patrulla militar al mando del teniente coronel Osvaldo César Quiroga.

Hugo Vaca Narvaja, Higinio Toranzo y los hermanos Gustavo y Eduardo De Breuil son sacados de sus celdas, esposados, vendados y tirados en el piso de un camión militar que emprende la marcha en mitad de la noche.

Son cuarenta minutos por caminos de tierra hasta que llegan al lugar elegido para fusilarlos.

Los bajan y disparan. Matan a Toranzo y a Vaca Narvaja. “Ahora hay que elegir uno de estos dos: tiremos la moneda, propone el oficial.” Y la tiran.

Al único sobreviviente, Eduardo De Breuil, le quitan la venda para que vea el cadáver de su hermano Gustavo y el de los otros dos compañeros fusilados.

“Te dejamos vivo para que vuelvas a la cárcel y cuentes lo que vamos a hacer con todos ustedes”, le dicen.

Homilía

El padre Roselló es el capellán del penal de Rawson en agosto de 1978. Va y viene por los pabellones interrogando a los presos políticos como un guardiacárcel más.

Los presos, aun los creyentes, tratan de esquivarlo. Pero el cura es insistidor y decide celebrar misa para todos. Hay obligación de asistir. Judíos, cristianos, ateos, todos los presos tienen que escuchar su mensaje ecuménico.

“Queridos hermanos subversivos –empieza su homilía el sacerdote–, algunos de ustedes se quejan por el trato que reciben en esta cárcel, pero tienen que entender que están recibiendo el castigo que se merecen. Y esto es solo el castigo

impuesto por los hombres, aún les falta lo peor, amigos asesinos, aún les falta el que vendrá después, el terrible y justísimo castigo divino”, remata, esperanzador, el padre Roselló.

Menú

Termina el año 81 y Jorge Toledo se suicida en la cárcel de Caseros. Homicidio, dicen sus compañeros, que durante meses vieron cómo Jorge se iba apagando de a poco.

Los médicos y psiquiatras que debían atenderlo fueron los verdugos que indujeron su suicidio. Le daban los medicamentos y de golpe se los cortaban, los guardias se ensañaron con él, los jefes del penal jamás atendieron los reclamos y los avisos que sus compañeros hacían a diario.

Hasta que Toledo dijo basta y se ahorcó en su celda. Con una sábana se ahorcó.

Esa noche, el Servicio Penitenciario decidió que la cena debía ser especial y sirvieron carne al horno con papas, un manjar al que los presos no estaban acostumbrados pero que ninguno pudo comer.

Tampoco pudieron dormir; por los parlantes del pabellón pasaron, a todo volumen, la marcha fúnebre hasta la mañana siguiente.

Gorra

Es enero de 1980, y luego de la visita de la CIDH (Comisión Interamericana de Derechos Humanos) se aflojan las condiciones de detención en la cárcel de Rawson. Los presos políticos juegan su primer partido de fútbol en años.

El “Viejo” Cambiasso, que ya no está para esos trotes, es el cronómetro que marcará los tiempos del partido. Mientras sus compañeros juegan, Cambiasso camina. El partido será lo

que tarde el “Viejo” en dar veintidós vueltas completas al patio de la cárcel. Ni un paso más.

Lo que no saben los presos es que los guardianes que los vigilan comienzan a hacer apuestas. Se juegan el sueldo entero a manos de uno u otro equipo. Y también el aguinaldo.

Van veinte vueltas. Cambiasso las anuncia a viva voz cuando las va completando. El partido va uno a uno y los agentes siguen jugando el dinero que no tienen.

Veintiuna vueltas.

El “Negro” Ponce de León levanta la cabeza y pone el pase exacto para que el uruguayo Julio Mogordoy saque un derechazo furibundo que se clava en el segundo palo y que le vuela limpita la gorra a un guardiacárcel.

El “Viejo” Cambiasso grita su vuelta veintidós pero el partido se terminaba igual. El clima se pone tenso y Mogordoy sabe que ese golazo le va a costar un castigo. El Servicio Penitenciario no le perdonará la humillación de ver a uno de los suyos corriendo su gorra ante la carcajada de dieciocho subversivos.

Lo retiran de la fila, lo esposan y se lo llevan. Al rato, instalado en su calabozo, oye que le abren la celda y piensa que se viene una golpiza. Pero no.

“Está perdonado, le dice el jefe de Guardia, usted no se imagina la plata que yo gané con ese derechazo.” Y lo devuelve a su celda.

Traslado

En septiembre del 77 un grupo de presos políticos es trasladado desde la cárcel de Villa Devoto a la Unidad 9 de La Plata.

Son encapuchados, esposados en pareja y ferozmente golpeados desde que salen hasta que llegan. Pero algunos cobran más que otros. A Héctor Vilche, “Flecha”, que tiene solo 18 años, le toca Juan Martín Guevara, el hermano del “Che”, como compañero de infortunio.

Ante cada retén los presos deben detenerse y decir su apellido. Guevara, responde Juan Martín cada vez que le preguntan. “¡Guevara, Guevara, el hermano del ‘Che’!” se excitan los guardianes y redoblan la golpiza. “Flecha”, esposado junto a él, también recibe la doble lluvia de garrotazos.

Pasan uno, dos, tres retenes, y en el cuarto “Flecha”, ya negro por los golpes, tiene una idea. Se acerca al oído de Juan Martín y le dice, bajito le dice: “Hermano, nos faltan todavía como cinco retenes, de aquí en más, por favor, deciles que te llamás González”.

Sábado 24 de marzo de 2012.

Veinte nombres

Este acto nació de la iniciativa de un grupo de compañeros de la promoción 71 que, al cumplir y festejar sus cuarenta años de egresados, decidimos saldar algunas cuentas que teníamos desde nuestro paso por el colegio. Fue así que nos propusimos reclamar un diploma que nos debían desde aquel último día de clases, y recordar también a Guillermo Segalli, egresado un año antes y desaparecido en febrero del 78.

Luego alguien propuso ampliar el homenaje a todos los estudiantes del Vieytes que fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado. Y llegamos hasta aquí.

Desde hoy todos podrán leer en esta placa que vamos a descubrir, los nombres de los veinte compañeros que fueron asesinados por las diferentes dictaduras que asolaron al país. Veinte nombres que curiosamente son el mapa de la historia argentina en sus etapas más negras.

Alumno de esta escuela fue, por ejemplo, Felipe Vallese, secuestrado y desaparecido en el año 1962, luego de que un golpe militar derrocaria al presidente Frondizi.

Alumno de esta escuela fue, por ejemplo, Eduardo Capello, asesinado en lo que se bautizó como “la masacre de Trelew”, cuando la dictadura del general Lanusse fraguó una fuga inexistente y fusiló a veintidós militantes políticos en la base Almirante Zar, de Trelew.

Alumno de esta escuela fue, por ejemplo, Daniel Winner, asesinado en 1974 por las bandas de la Triple A en la Facultad de Ingeniería donde estudiaba.

Y los demás nombres son de desaparecidos por la última dictadura militar, la de Videla, la más sangrienta que haya vivido la Argentina.

Veinte nombres. Veinte compañeros que hoy serían, como nosotros, profesionales, padres, esposos, profesores. Veinte jóvenes, que no tuvieron tiempo de formar una familia, de ver crecer a sus hijos y de gritar junto a ellos un gol de su equipo favorito. Veinte nombres que estuvieron en estas aulas, que jugaron en este patio, que tenían novias, amores, sueños y que tuvieron, sobre todo, la convicción y la fuerza para pelear por un país mejor. Un país para todos y no para unos pocos privilegiados.

Y por eso los mataron.

Difícil comparar aquellas épocas de la escuela con las de hoy. Estos veinte compañeros forjaron sus convicciones en un ambiente casi irrespirable de autoritarismo y represión. Un ambiente donde algunos directores, algunos profesores o preceptores eran los encargados de denunciar ante los organismos de seguridad a aquellos a quienes había que darles un escarmiento. Que no eran amonestaciones, eran los campos clandestinos de detención, eran la tortura y la muerte.

Esa es la esencia del terrorismo de Estado, transformar las herramientas que deben protegernos y cuidarnos en una fría máquina de matar.

Hoy esas autoridades nos acompañan en este homenaje. Porque ésta es la escuela de la democracia. Aquí, en la escuela pública, se debate, se fomenta el pensamiento crítico, se estudia y se forman ciudadanos libres.

Sepamos cuidarla y profundizarla. Que haya más aulas, y no menos, que haya más presupuesto para la educación pública, más escuelas, más hospitales, menos pobreza, más igualdad.

Ese será el mejor homenaje para nuestros compañeros asesinados por el terrorismo de Estado y la única forma de construir un país con Memoria, Verdad y Justicia.

Sábado 21 de abril de 2012.

Este texto fue leído en el acto de homenaje a los ex alumnos desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado de la escuela Hipólito Vieytes, de la que el autor fue alumno.

37 años

Rehenes

En 1978 Argentina deja de ser solo el país de Videla. Ahora es el de Videla y Menotti. Se juega el Mundial de Fútbol y el escenario central en Buenos Aires es la monumental cancha de River. A pocas cuadras está el otro escenario central, el de la represión, la monumental Escuela de Mecánica de la Armada.

Hay dos escenarios centrales también en Córdoba, que son espejos de ellos. Uno es el estadio mundialista, el Château Carreras, y el otro es el campo de concentración La Perla, reino del general Menéndez, a solo doce kilómetros de la capital. El día del partido inaugural, Menéndez espera nuevos huéspedes, y para hacerles lugar mata a los que ya no le sirven.

En La Perla se tortura todos los días y todas las noches se fusila a los torturados. El sargento Oreste Padován se encargará de hacerles cavar sus fosas a los que van a matar. El sargento es de orejas grandes como sus ambiciones. A más fosas

cavadas más posibilidades de ascenso, piensa Padován, mientras reparte palas a los condenados.

El 1 de junio, antes de que comience el partido inaugural entre Alemania y Polonia, los “nuevos” llegan a La Perla. Es un grupo de dieciséis presos políticos que fueron sacados del penal de Sierra Chica y que serán fusilados en La Perla si la guerrilla comete algún atentado durante el desarrollo del Mundial. Nada debe perturbar el camino al éxito del equipo de Menotti, y los militares son puntillosos.

Durante el tiempo que dura el campeonato, los rehenes son mantenidos sentados en el suelo, con las manos esposadas y los ojos vendados.

Pero cuando juega Argentina, sus custodios les cambian las esposas y las sujetan en sus muñecas con las manos hacia adelante, así pueden agitarlas y festejar cuando la selección nacional convierta un gol. “Festejen, hijos de puta, festejen, apátridas”, los azuzan sus guardianes, cuando los presos no muestran la suficiente pasión futbolera.

Empanadas

El suboficial principal Olgúin es el encargado de que la panadería del penal de Magdalena funcione a pleno. A ese penal fueron a parar nombres famosos como Carlos Menem, Lorenzo Miguel, Diego Ibáñez y Rogelio Papagno, entre otros funcionarios del gobierno derrocado de Isabel Perón.

También se aloja en otro pabellón, aislado de todos, un grupo de quince miembros de distintas organizaciones armadas. Ellos no cuentan con ninguno de los privilegios que tienen los ex funcionarios, salvo las empanadas que salen del horno de Olgúin, y que son el manjar que se reparte todos los viernes al mediodía.

Nadie sabe la receta, que es el secreto mejor guardado por el suboficial. Nadie la sabe. Nadie.

Pero una tarde falta mano de obra y acuden al pabellón guerrillero a buscar ayudantes para que Olgúin no falle con las empanadas. Ahora hay quienes se animan a testimoniar.

Cuando las empanadas se retiran del horno están muy calientes, y hay que apurarse a enfriarlas para que no se arrebaten. Así que antes de empalar las fuentes, el suboficial principal pone a sus ayudantes a ambos lados de la mesa en la que se apoyarán las empanadas. Los pone con la boca llena de agua, tan llena que tienen que hinchar sus mejillas como si fueran globos para retenerla.

“Fuego”, grita Olgúin cuando las fuentes entran en las bancadas. Y el pelotón de presos, que en ese momento es una compañía de bomberos, escupe con todas sus fuerzas sobre las más exquisitas empanadas que jamás se hayan probado en Magdalena y alrededores.

Kempes

Juan discute con un guardián en la cárcel de Magdalena mirándolo a la cara y no a las botas, como lo obliga el reglamento. Es junio de 1978 y en la Argentina se está jugando el Mundial de Fútbol.

Esa noche, una patota de cinco gendarmes lo saca de la celda para molerlo a palos, lo baña con agua helada y lo somete a varios simulacros de fusilamiento.

Cuando empieza a amanecer y los pasillos del penal se pueblan con los presos que van a sus puestos de trabajo, lo arrojan en un calabozo de castigo improvisado en un pequeñísimo desván al final de una escalera. Secuestrado dentro de la cárcel, aislado, rodeado de ratas y cucarachas, en cuclillas porque sus dimensiones le impiden pararse, está diez días encerrado en total oscuridad.

No come, porque no le dan comida, y no bebe porque no le dan agua. No sale de ese “buzón” ni para ir al baño.

Nueve noches de esos diez días, los gendarmes le pegan nueve palizas que lo dejan morado de la cabeza a los pies. Hasta el 25 de junio, cuando se produce el milagro: Argentina le gana tres a uno el partido final a Holanda y es campeón del mundo.

Mientras el “Gordo” Muñoz vocifera y celebra el triunfo, le abren la celda y le anuncian que está perdonado. “Agradecele a Kempes –le dicen los gendarmes–, porque si hoy ganaba Holanda vos eras boleta.”

Años después, ya libre, el azar los cruza en un aeropuerto y Juan le da a Kempes un abrazo mas fuerte que el de Bertoni aquella tarde de junio.

El abrazo de su vida.

Tenis (para Jorge Veiga, *in memoriam*)

El “Chiche” Veiga recorre el pabellón de la cárcel de Devoto dibujando *drives* y *reveses* en el aire. “Cuando salga en libertad seré profesor de tenis”, dice “Chiche”. “Pero, ¿vos sabés jugar?”, le preguntan sus compañeros, y Veiga dice que no, que siempre quiso, pero que no jugó ni un *game* en su vida. “Cuando salga seré profesor”, insiste “Chiche”, mientras mueve sus manos cerrando bien los golpes por detrás de su hombro.

Hace tiempo que Veiga no anda bien y sus compañeros están preocupados. Gabriel y Gustavo, que comparten celda con él, se turnan para dormir y controlan que “Chiche” no haga alguna locura cuando los pasillos de la cárcel están oscuros como sus pensamientos.

Por suerte “Chiche” sobrelleva su dolor y va mejorando.

“Como las flores”, responde cada vez que algún compañero le pregunta cómo anda. “Como las flores” quiere decir que está fenómeno. “Ando como las flores”, dice, mientras hay que esquivar su *drive*, que es poderoso y siempre roza la cara de su interlocutor.

Se aproxima el final de la dictadura y los presos políticos van saliendo en libertad. Hasta que una mañana un guardia grita su nombre. “No te olvides la raqueta”, lo cargan sus compañeros. Y “Chiche” sale en octubre de 1983, cuando se vienen las elecciones que ganará Alfonsín.

Pasan los años y son pocos los que tienen noticias de él, pero todos lo recuerdan. Sus golpes de tenis imaginarios, su sonrisa y su célebre frase “como las flores” son recordados en cada reunión de ex presos y las carcajadas lo traen a “Chiche” desde Canadá, donde se fue a vivir cuando salió.

Un día Veiga vuelve y se organiza un loco para recibirlo. Hay más de treinta compañeros en el encuentro y “Chiche” llega con una raqueta bajo el brazo. Todos se tiran sobre él para abrazarlo. “Chiche” dice que anda “como las flores” y que en Canadá consiguió un trabajo que le hace ganar un montón de plata. “¿De qué trabajás, ‘Chiche’?”, le preguntan todos a coro. Y Veiga, con esa sonrisa que siempre le iluminó la cara, responde orgulloso: “Soy profesor de tenis, compañeros”.

Hambre

Hay hambre entre los presos políticos de la cárcel de Rawson. En julio de 1980 el frío lima los huesos de quienes llevan años de encierro. El mejor remedio contra la claustrofobia es la cárcel. “O te curás, o te morís”, dicen los presos.

No hay frazadas para taparse ni ropa de abrigo para ponerse. Lo único que abunda en Rawson son las sanciones y los golpes, repartidos a toda hora y por cualquier motivo.

La comida es muy poca y los militantes presos se encargan de dividirla entre todos. Nunca sobra. Ni un hueso sobra.

Esa mañana de julio hay guiso y a “Tintina” González le toca repartirlo. Todos hacen cola frente a la olla con disciplina partidaria, ya saben que luego de almorzar se sentirán igual de vacíos que antes.

Pero esta vez el guiso tiene un poco más de garbanzos que flotan en el caldo rojo por la grasa, y algún pedacito de carne que se pierde en la olla cuando el cucharón de “Tintina” se empeña en atraparlo.

La fila avanza hasta que el último llena su plato de aluminio y vuelve a su celda. Entonces González remueve con fuerza el caldo, que ya es grasa sólida por el frío, y grita para que sus compañeros de pabellón lo escuchen: “¿Quién quiere repetir carne –pregunta ‘Tintina’–, quién quiere repetir carne?”.

No termina la frase porque el “Bichi” Álvarez se le tira encima: “Yo, yo quiero, yo quiero”, pide, casi ruega, el “Bichi”, estirando su plato de aluminio.

“Entonces repetí conmigo, bien fuerte, dale: ¡Caar-nee!, ¡Caar-nee!”, grita “Tintina” para que la risa de todos sacuda el frío de ese pabellón de Rawson.

Bauducco

Miguel Ángel Pérez tuvo hasta hace poco una productora de televisión en Cosquín, pero en marzo de 1976 era cabo del Ejército Argentino.

Cabo, palabra “corta y repugnante”, dicen sus camaradas, y Miguel Ángel es un tipo sensible. Hay que ascender rápido, piensa Pérez, cansado ya de las bromas de sus superiores.

El cabo busca el momento de hacer méritos, y lo encuentra la fría mañana del 5 de julio de 1976 en el patio de la penitenciaría de Córdoba, donde está destinado. Son los primeros meses luego del golpe y la muerte llama a la puerta de las celdas donde los presos políticos sufren y resisten.

Hay requisa en el Pabellón N° 3 y el destino lo pone a Pérez frente a la oportunidad de su vida. Él es parte de la patota de militares que entra a los golpes al lugar y obliga a desnudarse y salir al patio de la prisión a los cuarenta presos políticos allí alojados.

Raúl Bauducco, que acaba de ser padre, es uno de ellos.

Raúl tiene 28 años y una neumonía que lo debilita, así que espera que todo termine rápido para vestirse y volver a la celda.

Pero ésta no es una requisa más. En el patio empiezan los golpes: trompadas, bastonazos y patadas. Todos reciben su merecido hasta que llegan a él.

El cabo Pérez se entusiasma y ya se ve con nuevas tiras. Así que toma envión y con todas sus fuerzas descarga el machete sobre la cabeza de Bauducco, que cae sobre las baldosas del patio. Pérez le ordena que se levante, pero Bauducco casi no lo escucha. Tose sin parar. “Levantate o te mato”, insiste el cabo. Raúl no puede por más que lo intenta. Se arrodilla y vuelve a caer.

Entonces Pérez ve el ascenso al alcance de su mano, que sostiene la pistola reglamentaria.

Gira y pide autorización a su superior, el teniente primero Enrique Pedro Mones Ruiz, quien asiente con un movimiento de cabeza.

“Levantate o te mato”, repite.

Y lo mata. Lo mata de un tiro en la cabeza delante de cuarenta testigos.

“Yo lo sostenía de las axilas y él se volvía a caer y me decía ‘no doy más’”, declaró el cabo Pérez años después, en Córdoba, durante los Juicios de la Verdad.

Domingo 24 de marzo de 2013.

Oro

En 1975, meses antes del golpe, el presidente de la Conferencia Episcopal Argentina anunció que estaba muy próximo un “proceso de purificación”. Monseñor Adolfo Tortolo fue, además, vicario general castrense, nombrado directamente por el Papa. Decenas de testimonios cuentan que visitaba las cárceles y los centros clandestinos de detención, bendecía las armas y los instrumentos con los que torturaban a los prisioneros. Fue durante esas visitas cuando acuñó la frase que repetía ante los que se animaban a contarle las torturas sufridas. Impasible, Tortolo los escuchaba, entornaba los ojos y juntaba los dedos frente a su nariz para frotarlos suavemente mientras repetía: “Cállense, ustedes no saben: Videla es oro, Videla es oro en polvo”.

Sábado 18 de mayo de 2013.

Este texto fue publicado como “Pirulo de tapa” al día siguiente de la muerte del dictador Jorge Rafael Videla.

38 años

Lata

Las celdas de la prisión militar de Magdalena no tienen inodoro, ni lavabo, ni nada. Solo una cama de hierro contra la pared del fondo.

Tampoco hay mesa ni silla. Apenas una cama sin colchón, porque los guardias los entregan a las nueve de la noche y los retiran a las seis de la mañana, cuando empieza el día. Hay que sentarse en el suelo, que varios meses al año está mojado, porque la humedad inunda esa zona baja donde la prisión militar fue construida.

Los presos políticos están encerrados en esas celdas las veinticuatro horas del día y, aunque se les niegue su condición, son seres humanos que entre otras cosas necesitan hacer pis y caca. Cuando les vienen ganas, tienen que gritar desde la celda para que el guardia venga, les abra la puerta y los lleve al baño, que está en un extremo del pabellón.

Pero por más que los gritos perforen las paredes, los guardias no vienen. Nunca vienen. Abren la celda solamente cuando ellos lo deciden, dos veces por día, para pasar un plato de comida, o cuando algún oficial del Ejército viene a interrogar y amenazar a los presos. Ir al baño es un derecho que no está contemplado en el reglamento.

Luego de muchos reclamos y gestiones de sus familiares, las autoridades del penal deciden darles a los presos el derecho a tener en la celda una lata de leche Nido vacía para hacer sus necesidades. Los presos políticos ya no tendrán que gritar para ir al baño, ni sufrirán más retorcijones ni constipaciones. Cuando tengan ganas, solo deberán tomar la lata y sentarse en cuclillas apuntando a su interior, al terminar la cierran y listo. Luego esperarán a vaciarla en el baño, cuando les abran la celda para darles la comida, si es que el guardián los autoriza, claro.

Es la felicidad completa, pueden cagar cuando quieran. Ahora hay que conseguir un frasco o lo que sea porque, como cualquiera sabe, es imposible hacer caca sin hacer pis al mismo tiempo.

Pero ésas son demasiadas demandas y deberán arreglarse solo con la lata. “Los subversivos son enemigos con mucha imaginación, que inventen la manera”, dictamina el teniente coronel Romero, director de la cárcel.

Juanito

Patricia se trepa a la cama cucheta de su celda para mirar por la pequeña ventana que da a la calle Bermúdez. Sus ojos apuntan a la cuadra de enfrente y a los patios de esas casas bajas, en el tranquilo barrio que rodea el penal de Villa Devoto, pero sus oídos están atentos a los ruidos del pabellón. Sabe que si un guardia la descubre mirando por la ventana será sancionada con semanas de calabozo, y ella no se quiere perder detalle de la vida de Juanito.



OTRO CUMPLEAÑOS
SIN

Juanito, así lo bautizó, es un bebé que juega con su mamá en uno de esos patios de la casa de enfrente. Juanito toma la teta y desde su celda Patricia puede ver su sonrisa, o escuchar sus berreos cuando está enojado o tiene hambre.

Así pasa algunas mañanas y muchas tardes, trepada a su cama cucheta, mientras Juanito crece y con los años cambia sus hábitos y sus juegos.

Patricia sufre durante esos años varios cambios de celda, y un par de veces pierde de vista a Juanito.

Además de extrañar el olor a lluvia, a café, el cielo, el sol y la luz del día. Además de extrañar la música, los besos de su compañero, los libros, los diarios y el dulce de leche, Patricia extraña a Juanito.

Cuando no puede ver ese patio, espera ansiosa la mudanza que la devuelva a su lugar de tía imaginaria. Y un día Juanito va al colegio, y otro ya lleva el guardapolvo blanco y la mochila, y otro toma la primera comunión, y otras tardes de otros años Juanito festeja su cumpleaños con amigos del barrio y de la escuela.

Todo eso mira Patricia, que de verdad se siente tía, desde la ventana de su celda.

Hasta que en noviembre del 83 un guardia grita su nombre y sale en libertad, diez años después de que la detuvieran y nueve años después del día en que nació Juanito.

Sus familiares la esperan en la calle y hay muchos abrazos que la asfixian. Cuando se desprende de ellos, y sin decir nada a nadie, cruza la calle y toca el timbre de la casa de Juanito para contarle todo a su mamá. La señora tiene casi la misma edad que ella y también la abraza fuerte cuando termina el relato.

Hoy, casi treinta años después, Juanito, que se llama Nicolás, sigue festejando su cumpleaños en la misma casa de la calle Bermúdez. La tía Patricia es la que siempre se encarga de hacerle la torta y ayudarlo a apagar las velitas.

La "Negra"

Hace cuatro años que Viviana Beguán, la "Negra", vive en la celda 90 del tercer piso de la planta 5, en el penal de Villa Devoto. En septiembre de 1977 esos años, de pronto, se multiplican.

Stella, una compañera, recibe la visita de sus tres hijas. A través del vidrio del locutorio, las niñas le cuentan que luego del asesinato de su padre, el "Piky" Pujol, ellas se habían quedado viviendo con otra compañera, Alejandra Renou, y un matrimonio mayor que tenía una hija presa. Alejandra fue secuestrada junto al matrimonio, y ellas tres abandonadas en la casa por los militares luego del allanamiento. Las niñas tienen 4, 10 y 12 años.

Viviana Beguán presiente lo peor y pide algunos detalles que llegan en la próxima visita. Los ojos azules de su papá, las pecas de su mamá y el inconfundible tono cordobés de ambos no dejan lugar a dudas. Viviana llora el secuestro de sus padres en el hombro de Nora Savoy, su compañera de celda.

Pasan seis años hasta que la "Negra" Beguán sale en libertad condicional. La "Negra" sale a buscar los rastros de sus padres desaparecidos y viaja a Santa Fe para hablar con las niñas, que ya son adolescentes.

Viviana les hace mil preguntas y arma el rompecabezas. Por los datos conseguidos, la casa estaba pasando el Riachuelo, cerca de una plaza, a dos cuadras de una avenida. El número de la dirección empezaba con uno, dice la más grande, y la casa era baja y no tenía rejas porque se escapaban por ella para jugar en la calle, completa la menor. Con un mapa desplegado frente a ellas, sus tres guías se esfuerzan y la orientan. Marcan una, dos, tres calles posibles y la "Negra" empieza a recorrerlas todos los fines de semana, junto a su pareja de entonces, Juan Martín Guevara, el hermano del "Che". Camina la calle al cien, pero más camina las cuadras al mil o al mil quinientos, porque allí llegaba la vía.

Hasta que una mañana Viviana se para frente a una puerta y le dice a Juan Martín: “Es ésta”. Viviana mira hacia arriba y dice de nuevo: “No hay dudas, es ésta”. Allá arriba, en la terraza, asoman los geranios que amaba su mamá. Viviana tiembla, pero consigue apuntar y sacar una foto. Cuando la ven, las niñas confirman: es ésta la casa, es ésta.

Al día siguiente la “Negra” y Juan Martín vuelven. La casa está desocupada desde hace años, “desde que hicieron un operativo y se llevaron a la gente que vivía acá”, dice un vecino. Otro les abre la puerta de la casa de al lado y los dos saltan el muro que las separa. Entran.

Ahí, en el piso, aún hay algunos diarios viejos bajo la puerta, boletas de impuestos, una camisa de su papá y el documento de su mamá tirado en el medio del parquet, levantado por el agua de una vieja filtración.

Años después, la “Negra” supo que sus padres fueron fusilados en Campo de Mayo, luego de ser ferozmente torturados.

Viviana nunca pudo vivir en esa casa de Avellaneda, sacó de allí algunas pocas pertenencias y la planta de geranios que amaba su madre ahora ilumina el patio de su casa. “La voy cuidando todos los años –cuenta Viviana–, y siempre florece en primavera.”

Los chicos

Lo cuenta Ángela Urondo Raboy, en la página noventa y uno de su imprescindible libro *¿Quién te creés que sos?*

“El 12 de junio de 1976, Josefina, que tenía cinco años, fue secuestrada con su mamá, su hermanita y una compañera de militancia de la mamá, que se encontraba con sus dos hijitos bebés. Un episodio muy violento, con tantos chicos. En el D2 (de Mendoza) fue privada, como todos los demás, de comida, agua, dignidad. La llevaron a la sala de torturas, donde fue desvestida y manoseada sexualmente bajo una luz intensa, para

que su padre (Jorge Vargas, que estaba secuestrado y todavía continúa desaparecido) la viera sometida, desde la oscuridad. En otra oportunidad la condujeron a la terminal de ómnibus, donde los policías le pidieron que señalara si conocía algún ‘tío’. Ella debe haber sido consciente de la gravedad de la situación, porque al volver a la celda con su madre solamente pedía perdón, como si se sintiese responsable de lo ocurrido. Luego de unos días fue liberada y devuelta a sus abuelos. Dos meses después, Josefina murió de un disparo que se dio ella misma con un revólver que encontró en una mesa de luz.”

Lunes 24 de marzo de 2014.

39 años

Testigo

Los Testigos de Jehová ocupan dos pabellones de la prisión militar de Magdalena. Juzgados y condenados por negarse a hacer el servicio militar obligatorio, son objetores de conciencia y la colimba para ellos es sacrílega. No pueden vestir uniforme, ni llevar armas, ni rendir homenaje a la bandera. Solo a Jehová. Y van presos. No se hacen desertores, se presentan cuando les llega la citación y dicen que son Testigos. De ahí a la prisión hay un solo paso y ellos lo dan de manera voluntaria. Ya saben que les harán un Consejo de Guerra y los condenarán a cuatro o cinco años de cárcel. Es parte de su compromiso y ese tiempo lo usarán para ganar adeptos entre los presos, para evangelizar suboficiales y para repartir a todos su herramienta teórica, la revista *Despertad*, que es el evangelio del grupo y su guía para la acción.

Los Testigos de Jehová hacen funcionar el penal. Ellos mantienen la limpieza, trabajan en la panadería, en la fábrica

de escobas, en la cantera donde se fabrican ladrillos, en el criadero de pollos que abastece la cocina, en la granja, en las oficinas... En todos los lugares donde los militares necesitan mano de obra gratis y mansa, ahí están los Testigos, que nunca se rebelan y que prefieren hacer una colimba de cuatro años pero sin rendirle culto a nada ni a nadie.

Son ellos los que conversan en la puerta de su pabellón la mañana del 24 de diciembre de 1975, cuando los presos políticos que están en Magdalena han sido beneficiados con la única visita de contacto que tendrán en años. Es Navidad.

La madre y el padre de Rubén Álvarez van a encontrarse con su hijo, preso desde hace un año por su compromiso con una organización revolucionaria. Ellos son españoles y llegaron a la Argentina huyendo del franquismo. Los dos combatieron por la República hasta que las tropas de Franco arrasaron con la última resistencia y vivieron escondidos hasta que pudieron tomarse un barco y llegar a Buenos Aires. Saben lo que es el hambre, la clandestinidad, la lucha armada y saben ahora acompañar a su hijo, preso por las convicciones que ellos mismos le han inculcado por años.

Caminan erguidos por los pasillos del penal y ansiosos por el abrazo que pronto le darán a Rubén, el primero desde que fue detenido.

Así llegan a la puerta del Pabellón 8, donde el grupo de Testigos espera también a sus familiares. Como el penal es muy grande y ellos están algo desorientados, deciden preguntar por su hijo.

–Disculpen –les dice la señora a los Testigos de Jehová–, ¿ustedes lo conocen a Rubén Álvarez?

–Rubén Álvarez –duda uno–, ...me suena, pero no está en este pabellón, señora. ¿Es Testigo? –repregunta el muchacho–.

Y Doña Carmen, inflando el pecho de orgullo y en voz bien alta para que todos la escuchen le responde:

–¿Testigo...? No, no, de ninguna manera. Testigo no, mi hijo Rubén es culpable.

Oso

El sargento primero Santana es grandote como un oso y el uniforme verde de la Gendarmería le queda siempre chico. Santana camina por los pabellones y su manera de bambolearse da risa. Las mangas de la camisa apenas le bajan de los codos, y el pantalón verde oliva no logra meterse en sus borceguíes.

El “Oso” Santana es correntino, le gustan el mate dulce y el chamamé. Lo que no le gusta a Santana es estar destinado en esa prisión.

El sargento primero recorre el pabellón y se hace el boludo en lo que puede. De vez en cuando sube el volumen de su radio para que los presos tengan música, o consigue revistas que desliza por debajo de la puerta de alguna celda para que el privilegiado pueda ver fotos de mujeres lindas, “guaynas”, como las llama el “Oso”.

Santana no se enoja casi nunca, pero tampoco tiene mucha paciencia.

Una tarde, en una de sus guardias, otro gendarme discute con Víctor López, preso político, quien le reclama que estuvo horas esperando que le abrieran la celda para poder ir al baño. Víctor está descompuesto, vomita desde hace horas y ni siquiera tiene una lata para hacer sus necesidades. Su colitis arrasa con su paciencia y borra todo temor al castigo. Insulta al gendarme, lo insulta con toda la fuerza que aún le queda. El gendarme jura venganza y vuelve a encerrarlo.

A las tres de la mañana López escucha girar la llave en el cerrojo de su celda y se prepara para lo peor.

Santana se apoya en el marco de acero de la puerta con una linterna en la mano y un larguísimo bastón de madera en la otra. “Tengo que darle una paliza –ruge el sargento–, así aprende a no insultar nunca más a un miembro de la Gendarmería.”

Víctor se para al borde de la cama y se cubre esperando la lluvia de golpes sobre su cuerpo, pero los palazos no van sobre él sino que todos caen sobre el parante de hierro de su camastro.

“Grite, carajo –ordena Santana–, grite fuerte para que crean que le estoy pegando”, ordena mientras descarga con furia sus bastonazos sobre cama y paredes de la celda.

López entiende rápido y más rápido aún se pone a gritar con todas sus fuerzas: “Ay, ay, ay”, grita, y para ponerle más realismo a su actuación decide insultar a Santana. “¡Hijo de puta, hijo de remil putas, verdugo, asesino!”, grita y vuelve a gritar Víctor, hasta que Santana le pega un bastonazo en la espalda que lo dobla en dos.

“¡Grite ay, nada más!”, exige Santana, ofendido por los insultos. “Grite ay, nada más”, repite docente el correntino, y con una sonrisa cómplice vuelve a descargar sus bastonazos sobre puerta y barrotes de la celda.

Oculista

El sargento ayudante Ramírez es petiso y barrigón, de cabeza chiquita y ojos achinados, parece un cuis. Ramírez es enterriano pero ya se olvidó, porque lleva treinta y cinco años en la Gendarmería. “Nunca en mi provincia, siempre por ahí. Donde anda alguna oveja, ahí anda Ramírez”, dice el sargento.

No tiene ninguna hazaña para contar, lo que tiene es una obsesión con las ovejas. “Me gustan esos bichos, como a otros los perros. Aunque a la hora de dormir todos cuentan ovejas y ninguno perros, por algo será”, dice el sargento haciéndose el gracioso.

Ramírez anduvo muchos destinos, pero lleva más de cinco años recorriendo los pabellones del penal de Magdalena. La Fuerza decidió alejarlo de las ovejas, dicen sus camaradas, y los presos políticos ya están acostumbrados a escuchar su nostalgia por ellas.

Pero esa tarde de diciembre Ramírez tiene otras tristezas. Está preocupado porque en semanas se decidirá su ascenso y, si no lo consigue, pasará a retiro. Va y viene por el pabellón donde los presos políticos pasan sus días. Para ellos es el “Oveja Ramírez”, así lo llaman y así lo siguen recordando.

El “Oveja” está muy preocupado, tanto que se larga a hablar y a compartir sus pesares. “No me pueden hacer esto ahora, no pueden, llevo una vida en la Gendarmería y no pueden pedirme ese examen. Soy un hombre de cincuenta años. Jamás un problema, jamás, y así me pagan. Me pueden decir que no soy apto, que estoy grande, que no aprobé los exámenes, pero no pueden dudar de que soy bien macho”, dice enojado, casi rabioso.

Los presos lo escuchan divertidos, y se acuerdan de las ovejas. Pero el sargento sigue: “No lo voy a hacer, no voy a ir de ninguna manera, yo no voy a dejarme revisar por ningún oculista”, concluye contundente el entrerriano, ante el desconcierto de todos los que lo escuchan.

“¿Al oculista, sargento? ¿Y qué problema hay con ir al oculista?”, le pregunta el “Quebracho” Gessaga, vocero de la curiosidad general.

“¡Cómo qué problema hay, cómo qué problema hay, Gessaga! –se indigna el petiso–. A esta altura, de mí no se puede dudar. ¡Me pasarán a retiro pero nadie, nadie, me va a venir ahora a revisar el culo, carajo!”

Ascenso

El teniente coronel Bruno Laborda quiere ascender pero no lo dejan. La Junta de Calificaciones del Ejército acaba de rechazar su pedido y tendrá que retirarse sin alcanzar las jinetas de coronel.

Bruno Laborda no puede creer semejante injusticia y, como también es abogado, decide escribir su propio recurso de apelación al teniente general Bendini, jefe de Estado Mayor del Ejército Argentino.

Laborda está convencido de que sus superiores desconocen los méritos que ha acumulado, cuando con el grado de subteniente y teniente estuvo en la primera fila de combate contra el enemigo subversivo.

No, seguro que no los conocen, piensa Laborda, y su prosa lo lleva a aquel día de 1978, cuando junto a otro oficial trans-

portó en una ambulancia a una mujer que el día anterior había dado a luz en el Hospital Militar de Córdoba. La mujer había sido “condenada a muerte debido a su probado accionar en actos de sabotaje en el desarrollo del Campeonato Mundial de Fútbol. Su traslado al campo de fusilamiento fue lo más traumático que me tocó sentir en mi vida. La desesperación, el llanto continuo, el hedor propio de la adrenalina que emana de aquellos que presienten su final, sus gritos desesperados implorando que si realmente éramos cristianos le juráramos que no la íbamos a matar fue lo más patético, angustiante y triste que sentí en la vida y que jamás pude olvidar”.

Laborda relee y ya se sueña coronel, pero sigue y sigue para asegurarse el ascenso: “A órdenes del jefe de la Unidad, el entonces teniente coronel Solari, también todos los oficiales designados procedimos a fusilar a esta terrorista que, arrodillada y con los ojos vendados, recibió el impacto de más de veinte balazos de distintos calibres. Su sangre, a pesar de la distancia, nos salpicó a todos. Luego siguió el rito de la quema del cadáver, el olor insoportable de la carne quemada y la sepultura disimulada propia de un animal infectado. Nunca supe el destino del niño o la niña”.

Los años y los organismos de derechos humanos se encargaron de identificar a la víctima. Era Rita Alés, de 33 años, secuestrada junto a su esposo Gerardo Espíndola, en Río de los Sauces, un pueblito de las sierras cordobesas donde tenían una farmacia.

La hija que Rita dio a luz el día antes de su asesinato pudo ser recuperada por su abuela, Susana Dillon, se llama María Victoria, tiene hoy 36 años y es directora de cine documental.

Laborda no consiguió su ascenso y murió en julio de 2013, mientras era juzgado por crímenes de lesa humanidad.

Martes 24 de marzo de 2015.

El inventor

Jorge Cúneo es cordobés y cabo de la Fuerza Aérea. Mecánico de aviones, para ser más precisos. Es, además, inventor. Cúneo inventa cosas, algunas sirven y otras no, en eso se parece a todos los inventores. Lo que lo diferencia es que él está preso. Ocupa una celda en el fondo del Pabellón 9 Bajo, en el Instituto Penal de las Fuerzas Armadas, más conocido como el penal de Magdalena.

Es una cárcel solo para militares. Junto a él, en el mismo pabellón, conviven un grupo de militantes populares de diferentes organizaciones que han sido detenidos mientras cumplían el servicio militar obligatorio, “la colimba”. También hay suboficiales y solo un oficial, cuyo único delito es ser peronista confeso.

El cabo Cúneo no sabe muy bien por qué lo detuvieron y menos sabe por qué lo torturaron. A él no le importa la política y jamás se comprometió en ninguna causa que pudiera llevarlo adonde está. Además, lo torturaron mucho porque no sabía nada y nada podía confesar.

Pero Cúneo se la banca con dignidad. Es uno más entre los presos políticos y de a poco se suma al grupo, que lo adopta y lo respeta. Jorge es simpático, generoso y corajudo. Ha tenido éxitos y fracasos con sus inventos, pero en su vida militar se ha hecho fama de “resolvedor” de problemas. Su capacidad de improvisar soluciones con pocos medios y mucho ingenio lo hizo popular entre sus superiores, que acudían a él tanto para que arreglara la hélice de los helicópteros y los motores de los aviones, como para solucionar cualquier desperfecto que necesitara alguien con mayor habilidad que sabiduría. Jorge Cúneo tenía pocas herramientas pero muchas ideas, además de tener siempre la mano tendida.

Pero ahora está preso y el 78 no es un buen año para los detenidos políticos que pasan a ser rehenes de la dictadura. La represión arrecia en todo el país, y en esa cárcel los presos son privados de las pocas comodidades con las que cuentan, entre ellas un pequeño calentador a querosene, con el que preparan el agua para el mate. Ya no hay calabazas, ni yerba, ni bombilla ni nada. Pero ese pabellón de Magdalena tiene a Jorge Cúneo, el inventor.

Y Jorge rápidamente adapta un tubo vacío de desodorante para usarlo de calabaza y una clásica birrome Bic como bombilla, con la sencilla idea de sacarle el tanque y hacerle con una aguja de coser pequeños agujeritos en su capuchón, que permiten el paso del agua pero no de la yerba. Cúneo ya cuenta con la calabaza “Odorono” y la bombilla “Bic”. La yerba se la acercará alguna mano solidaria y clandestina. Solo le falta calentar el agua para volver a tomarse unos buenos mates, como en su época de suboficial, cuando junto a la tropa se juntaba para sacarse el frío de los hangares, que calaba los huesos.

Jorge piensa y piensa mientras camina por su celda, hasta que en un rincón ve la lata de leche Nido que usa para hacer sus necesidades. Las celdas del penal no tienen inodoro y los celadores solo abren las puertas dos veces al día.

Cuando los horarios del cuerpo no coinciden, hay que resignarse a usarla.

Jorge le hace pequeños agujeritos a la tapa de la lata; lo que quiere averiguar es si la caca, luego de algunos días de guardada, emana butano, el gas que puede producir fuego, como aprendió en las clases de química de la escuela de suboficiales, y con eso reemplazar al calentador. Como perdió la libertad hace varios años, pero la cordura todavía no, Cúneo sabe que, más que un invento, lo que va a intentar es una travesura que le puede traer represalias en caso de que lo descubran, pero decide correr el riesgo. Si logra al menos una efímera llamita puede ser el principio de algo más trascendente, y hacia ello va el cabo.

Días tras día Jorge huele con la esperanza de que el butano aparezca, pero el gas se hace desear.

Varias veces le pregunta a Garber, compañero de penurias y químico de profesión, si el experimento es posible. Garber lo alienta, pero se niega a acercar su nariz a la lata, porque el olor que sale de ella no es precisamente agradable, y ni rastros del butano.

A la semana Cúneo pierde la paciencia y decide acelerar o abandonar definitivamente el experimento. Consigue una vela y fósforos que alguien le pasa y empieza a calentar la lata con la llama de la vela, como le aconsejó el químico para acelerar el proceso.

El butano no lo consigue, lo que consigue, nadie sabe bien por qué, es que salte la tapa de la lata y su contenido se desparame por el piso y las paredes de su pequeña celda.

Jorge se sorprende pero no se amarga. Llama al celador a los gritos desde su lugar en el fondo del Pabellón 9, y tanto grita que está descompuesto y que necesita ir al baño, que el guardia de turno se apiada y le abre la puerta. Ante la vista de Cúneo con su lata en la mano y la celda manchada en pisos y paredes, el celador retrocede y pregunta alarmado: “Pero Cúneo, ¿qué pasa acá, qué es lo que ha hecho, carajo?”.

Y Jorge, con su tonada y su tranquilidad cordobesa, le responde: “Nada, mi sargento, no me pude aguantar, yo le venía avisando que estaba descompuesto...”

Jorge Cúneo, el inventor, estuvo detenido ocho años y recién cuando salió se enteró el motivo. Un primo lo había afiliado al Partido Comunista sin consultarlo. Y, como todos saben, el personal de las Fuerzas Armadas no puede estar afiliado a ningún partido político, pero mucho menos al Partido Comunista.

Jueves 28 de enero de 2016.

Asignatura pendiente

Jorge García Orgales, “Flower”, rindió su último examen el 12 de junio de 1975 a las siete de la tarde y se recibió de abogado. Con su aspecto de hippie pacifista y melencólico, grandes anteojos, pantalones de bota ancha y andar desgarrado, era la imagen pura de los setenta. Por eso el apodo le caía pintado y a nadie se le hubiera ocurrido llamarlo de otra manera. Además de todo eso, también era un militante político querido y respetado en su facultad.

Ese día, luego de aprobar Práctico II y recibirse, “Flower” se fue a festejar a su casa junto a su mujer, Felicitas, y su hijo de meses, Matías.

A las once de la noche, mientras brindaba y le contaba a su compañera los pormenores del examen, una patota de la policía allanó su casa y se llevó presos a los tres. A Matías lo devolvieron a sus abuelos, pero “Flower” y Felicitas quedaron detenidos hasta junio del 78, cuando los autorizaron a dejar el

país. Él partió rumbo a Holanda; Felicitas y Matías, a España, para preparar el reencuentro familiar.

“Escuché la semifinal del Mundial en la cárcel, y vi la final en Ámsterdam. Fue gracioso porque todos los exiliados querían que gane Holanda para no darle aire a la Junta Militar, y yo que salía de la cárcel, por esas cosas que tiene el fútbol, era el único que hinchaba por Argentina, todo un contrasentido”, recuerda “Flower” y sonríe.

Cuando volvió por primera vez al país, en 1984, decidió ir a la Facultad de Derecho a reclamar el diploma que le debían. Su vida había tomado otros rumbos, pero ese título le pertenecía y era un regalo que les quería hacer a sus padres, que siempre soñaron con tener un hijo abogado.

Así que allá fue, al viejo edificio de Avenida Figueroa Alcorta, a caminar los pasillos en los que había militado y a golpear puertas y entrevistar funcionarios para reclamar su título. Tuvo que insistir varias veces hasta lograr que alguien lo escuchara: “Luego de contestar muchas preguntas, porque no encontraban ningún registro, me dicen que no me había recibido, que me faltaba una materia, Práctico II. Les digo que la rendí y aprobé el 12 de junio de 1975 (imposible que olvidara esa fecha), y me dicen que sí, que estaba anotado pero que el interventor militar había anulado el resultado porque yo estaba preso ese día. Les explico que la aprobé a las siete de la tarde y que me detuvieron cuatro horas después. Me contestan que para ese día figuro como detenido, y el interventor había decidido que estando preso no podía presentarme a un examen. Quedé frío, frustrado, sentía que los milicos me jodían de nuevo, que tantos años después seguía sin poder darles esa alegría a mis viejos”.

“Flower” se fue a Canadá, pero prometió volver y seguir reclamando. Lo hizo a mediados del 86, y como sus gestiones administrativas no prosperaban logró una entrevista con el jefe de cátedra de Práctico II, un viejo profesor que lo recibió y lo escuchó con atención, pero que tuvo una sola cosa para

ofrecerle: “Me dijo que al otro día había una mesa examinadora, la última del año, y que me presentara, que él me iba a dar una mano para sacar un cuatro y aprobar la materia. Tuve pánico de hacer un papelón, pero el hombre insistió y me agregó a la lista para rendir al día siguiente.

Volví caminando hasta la casa de mis viejos, en Catamarca y México, unas cuarenta cuadras. Cuando pasé por Once compré una corbata azul con dibujos chiquitos de herraduras blancas. Siempre confié en los amuletos, y éste no podía fallar.

Llegué a casa con dudas, pero cuando vi las caras ansiosas y expectantes de mis padres, me decidí.

A las nueve de la mañana del día siguiente éramos como treinta esperando para rendir examen. Primero había que pasar un escrito, si lo aprobabas ibas al oral, si no, estabas eliminado.

Lo que sabía de antes y la experiencia me ayudaron. De los treinta solo aprobaron seis y yo era uno de ellos. Me faltaba el oral. Pálido y tartamudo, entré al aula y el profesor con el que había hablado el día anterior no estaba. La mesa examinadora era con tres profesores a los que no había visto en mi vida. Aflojé el nudo de mi corbata amuleto y tragué saliva. Estaba jugado, tenía terror al bochorno pero no podía arrugar. Fui el segundo en rendir, el típico examen oral con bolillero para que el azar decida. Me daba igual cualquier bolilla. No sabía nada de nada y el profesor que prometió ayudarme seguía brillando por su ausencia.

No me acuerdo de qué hablé, pero lo hice sin parar. Los tipos me interrumpían con preguntas y yo seguía y seguía. Cuando se cansaron de escuchar tanta sanata, uno tomó la palabra: ‘Mire, García Orgales, nos tiene un poco confundidos. Usted habla tanto y de tantas cosas a la vez que no entendemos si sabe mucho o no sabe nada, así que le vamos a hacer una última pregunta y nos tiene que responder *Sí* o *No*. No lo queremos escuchar más. Conteste solo por *Sí* o por *No*, ¿entendió?’.

Yo tenía la garganta seca y la angustia bajaba por mis piernas, pero me di ánimos y pensé que luego de esa odisea tener

una chance a todo o nada no estaba mal, mientras tocaba el nudo de mi corbata.

Hizo la pregunta:

¡Sí!, contesté con firmeza y sin dudar.

Era *No.*”

“Flower” dejó en el aula la corbata con dibujos chiquitos de herraduras blancas, volvió a Canadá y nunca más confió en amuletos.

Jueves 25 de febrero de 2016.

40 años

Pablito

Cuando el guardia se lo llevó de la mano, Pablito habrá recordado los días en los que el papá lo llevaba al colegio, apretando su palma un poquito más fuerte al cruzar las calles de Palermo para llegar a la Escuela Armenia Argentina, donde cursó la primaria.

Tenía 14 años cuando lo secuestraron, y la misma edad cuando ese guardia lo guió con los ojos vendados por los pasillos de la ESMA mientras le decía al oído que se iba en libertad.

A Pablo Míguez lo detuvieron algunos meses antes junto a su mamá, Irma Beatriz Márquez, y al compañero de ella, Jorge Capello. Los tres fueron llevados al centro clandestino El Vesubio, en Ricchieri y General Paz. Allí Pablo fue torturado delante de su madre y ella violada frente a él para obligarla a firmar la escritura de su casa en favor de los secuestradores, según relata Lila Pastoriza, que convivió con

Pablito en la ESMA, cuando llegó desde El Vesubio. “No te preocupes, tanto no me dolió”, la consoló Pablo cuando Lila se desesperó con su relato.

“Era un chico vivaz, con su carita de pibe travieso, sus pecas junto a la nariz, sus ojos de chispazos, su cuerpo esmirriado, y lamentaba no haberse podido despedir de su madre cuando dejó El Vesubio. Alguna noche despertaba lloroso y yo trataba de consolarlo. ‘Soñé con mi mamá’, me decía, mientras esperaba que lo lleven con su padre, que no era militante político y que desde afuera hacía gestiones para salvarlo”, recuerda Lila.

“Pablo era bueno para el ajedrez. El mayor Durán Sáenz, jefe de El Vesubio y uno de sus peores verdugos, lo obligaba a jugar con él largas partidas. Repartía mate cocido y a veces llevaba los tachos con orín de otros prisioneros. A la noche le ponían cadenas, y a pesar de que era un niño, lo torturaron mucho”, cuenta Hugo Luciani, sobreviviente de El Vesubio.

Pablito estuvo más de un mes en la ESMA hasta que fue “trasladado”. Poco antes disfrutó una cucharada de dulce de leche con que alguien lo convidó por debajo de la capucha que cubría su cabeza. Con ese sabor y con la promesa del guardián que lo llevaba de la mano, Pablo Míguez dejó el centro clandestino creyendo que lo liberaban. Nunca nadie lo volvió a ver.

Navidad

Diana Iris García era psicóloga recibida en la Universidad de La Plata y militaba en Montoneros. Estaba de novia con Miguel Coronato Paz, hijo del recordado guionista de radio y TV que hizo reír al país durante la década del sesenta con personajes como “Felipe”, protagonizado por Luis Sandrini, o *La Revista de Dringue*, con Dringue Farías. A Miguel lo secuestraron en febrero de 1977 y a ella unos meses antes,

TRES
DESEOS NO



CON UNO
ME BASTA

el 15 de octubre de 1976, en la esquina porteña de Córdoba y San Martín. Diana pudo gritar su nombre y algunos testigos hicieron trascender el operativo, que fue reflejado por Radio Colonia y el diario *La Razón*.

Su hermana Cécica y sus padres comenzaron a buscarla en comisarías, cuarteles, hospicios y llegaron hasta las puertas de la propia Escuela de Mecánica de la Armada. Allí adentro estaba Diana y allí la mataron, pero de eso se enteraron años después, por el testimonio de algunos sobrevivientes.

Entre las tantas audiencias que pidieron, consiguieron una con monseñor Emilio Graselli, secretario castrense y capellán del Ejército, quien prometió ayudarlos. Y lo hizo a su modo.

La familia de Diana García recibió en diciembre del 77 una tarjeta navideña que decía: “El respeto a los derechos humanos es el camino más seguro hacia la paz. Sin ausencias, sin angustias, sin odios”. Y para terminar: “Es el anhelo de los argentinos para cristalizar el propósito enunciado por el presidente teniente general Jorge Rafael Videla”. La firmaba el cardenal Raúl Francisco Primatesta, presidente de la Conferencia Episcopal Argentina.

Cécica García llevó esa postal cuando declaró en el juicio ESMA, en mayo de 2013, y la mostró a los jueces. Un dibujo acompañaba al texto, era un pino navideño rodeado por fantasmales siluetas humanas. “Esto fue lo que mi madre recibió para que tengamos una Navidad feliz”, dijo Cécica, mientras sostenía la tarjeta en sus manos para que todos pudieran mirarla.

Adopción

En septiembre de 1976, en Mar del Plata, una patota policial irrumpió en la casa donde vivían G, su marido R y sus tres hijos pequeños. Rompieron todo, robaron todo y secuestraron a R.

Algunos se fueron con él a buscar al hermano de G y a su cuñada, mientras otros se quedaron de guardia en la casa espe-

rando la llegada de más militantes. La vigilia se hacía larga y los guardias se aburrían, así que decidieron violar a G para acortar las horas: la pusieron sobre la mesa de la cocina y mientras le apoyaban un arma en la cabeza, se turnaron para abusar de ella. “Durante horas hicieron lo que quisieron conmigo”, dijo G cuando le tocó declarar en el juicio, muchos años después.

Veinte días más tarde, golpeado y torturado, R volvió a su casa, y dos meses después se enteraron que G estaba embarazada. “No quiero ese bebé –dijo R–, es hijo de una violación, es hijo de torturadores, de asesinos, no lo quiero.” G, empecinada con la vida, decidió llevar adelante su embarazo, pero cuando nació el niño lo entregaron en adopción, lo que significó también el fin del matrimonio.

G nunca pudo resignarse a la ausencia de ese niño que, aunque fuera hijo del horror, había crecido en su vientre. Muchos años después, junto a sus tres hijos, que conocían la existencia de un hermano, comenzaron su búsqueda.

Él, desde la otra punta, y sabiendo que era adoptado, también caminaba hacia el encuentro. Facebook hizo el milagro de cruzarlos y treinta y cinco años después G se abrazó con su hijo.

El muchacho es tan parecido a R que ni siquiera hacía falta el ADN para confirmar que ese chico, ahora un hombre, criado en otra familia, no era hijo de la violación. Era hijo de ellos dos: de R y de G.

Treinta y cinco años después G recuperó a su hijo, en cambio nunca pudo recuperar a su hermano y su cuñada, que fueron ferozmente torturados y asesinados en el centro clandestino La Cueva, de Mar del Plata, según supo por testimonios de algunos sobrevivientes.

Albareda

Ricardo Albareda era subcomisario de la policía de Córdoba y era, también, miembro del aparato de inteligencia del ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) en la provincia.

Albareda se había recibido de ingeniero en Comunicaciones en la Universidad Nacional de Córdoba y el clima político de los años setenta lo marcó para siempre, sellando su compromiso militante por encima de su brillante carrera policial, a la que parecía predestinado por tradición familiar: su padre y sus dos hermanos también eran policías.

Con acceso directo a la frecuencia de la radio policial, Albareda salvó cientos de vidas desviando los operativos, distrayendo a las patrullas con objetivos falsos o avisando a sus compañeros del ERP cuáles eran los allanamientos programados, para que tuvieran tiempo de escapar antes de que llegaran las fuerzas represivas.

“Su condición de policía lo aislaba de cualquier actividad política que no fuera esa función esencial: salvar la mayor cantidad de vidas posibles. No tenía funcionamiento en células y no asistía a ninguna reunión para compartir ideas, discutir o abrazarse con quienes eran sus verdaderos compañeros de ruta. Él vivía rodeado de asesinos y torturadores a los que despreciaba, pero con los que debía compartir horas y uniforme. No fue sencilla su vida, en esa contradicción permanente entre militante y policía”, recuerda uno de los pocos compañeros que sobrevivieron y que lo trataron en aquel entonces.

Casi nadie supo en esos años de la existencia de Albareda, ni de su trascendente tarea de salvar vidas arriesgando la propia. Él no dormía con el enemigo, él vivía con el enemigo y no se despegaba nunca de su *handy*, porque cualquier distracción suya era una condena a muerte para sus compañeros. Así vivió Ricardo Fermín Albareda hasta el 26 de septiembre de 1979, cuando le faltaban días para ser ascendido a comisario y a jefe de Comunicaciones de la policía cordobesa.

Esa noche fue secuestrado por la patota del D2 (Informaciones de la policía cordobesa) y llevado al centro clandestino de detención Casa de Hidráulica, frente al lago San Roque, en un paisaje bucólico y tan sereno que podía escucharse el canto de los pájaros y el ruido del agua. Un infierno en el paraíso.

Allí fue asesinado Albareda, según confesó ante los jueces, el 28 de octubre de 2009, el ex policía Ramón Roque Calderón: “He visto cosas que la mente humana no puede creer. Pedro Telleldín (jefe de la D2) y los policías Hugo Cayetano Britos y Américo Pedro Romano llegaron con Albareda, que estaba de uniforme y esposado, lo ataron a una silla con alambres, le arrancaron las insignias, le dieron una golpiza salvaje y enseguida Telleldín sacó una navaja y le dijo a Albareda: ‘Usted camina por el peso de las bolas. Se las voy a cortar’. Y le cortó los testículos”. Luego le contaron los otros policías que “Telleldín le introdujo los testículos en la boca a la víctima y se la cosió, pero antes pusieron música muy fuerte para tapar los gritos desesperados de Albareda. Mientras el subcomisario se desangraba, los torturadores se sentaron a comer un asado. Antes de irse, cargaron el cuerpo en un auto como una bolsa de papas y nos ordenaron que limpiáramos la sangre con lavandina. Con los hermanos Alberto y Hugo Carabante, que eran mis compañeros de guardia, cumplimos la orden y nos fuimos a dormir”.

Jueves 24 de marzo de 2016.

El texto del apartado “Adopción” tiene como fuente el libro *Putas y guerrilleras*, de Miriam Lewin y Olga Wornat, publicado por editorial Planeta.

Monte Hermoso

Patricia y Pablo tenían poco en común. Ella venía de una familia de clase media alta, judía, con padres conservadores y respetuosos de todas las tradiciones. Creció en el barrio de Palermo y estudió con excelentes notas en el Nacional Buenos Aires. No faltaba nunca a clases; sus increíbles ojos celestes encandilaban a sus compañeros y mareaban de envidia a sus amigas. Era prolija, generosa y devoraba todos los libros que llegaban a sus manos con una avidez digna de aquella época: los setenta.

Él era de familia bohemia y padres comunistas. De clase alta y doble apellido pero venidos a menos. Sin un mango y sin la menor posibilidad de recuperar la alcurnia perdida, de la que solo conservaban un deshilachado recuerdo.

Pablo cambió de colegio tantas veces que tenía amigos por todos lados. Ya ni recordaba en cuál escuela había conocido a cada uno. Se atrasaba, dejaba, volvía a empezar. Hasta que abandonó sin recibirse.

Los dos, desde caminos distintos, llegaron a la política. La militancia los cruzó y se enamoraron.

“Nos dimos el primer beso luego de escapar juntos de la represión a una movilización estudiantil, en agosto del 72, cuando gobernaba Lanusse”, recuerda Patricia. “Teníamos 19 años y militábamos desde los 16, los dos empezamos en la secundaria y los dos soñábamos cambiar el mundo. Fue un flechazo para poema de Benedetti, ‘en la calle codo a codo, somos mucho más que dos’”, recita entre risas.

Los meses pasaron rápido, Pablo contaba con la aprobación de sus padres y no escondía su militancia. A ella, en cambio, se le hacía difícil sostenerla, por eso decidió dejar la casa paterna para irse a vivir con una amiga. El romance continuaba pese a todos los obstáculos.

En julio del 73 terminaba la primavera camporista y el país empezaba a ser amenazado por los crímenes de la Triple A. Patricia y Pablo ya no eran solo activistas estudiantiles. Ambos se habían enrolado en el Partido Revolucionario de los Trabajadores y su compromiso político ocupaba casi todas sus horas. Ella estudiaba Ciencias Exactas y Pablo trabajaba de tornero, porque la organización a la que pertenecían aconsejaba “proletarizarse”, para conocer de cerca las privaciones del pueblo y entender mejor sus necesidades y sufrimientos.

Hasta que no dio para más. O se casaban o se rompía la pareja. Enamorados como estaban, no dudaron. La decisión, además, traería otras ventajas. Los padres de Patricia, ilusionados con que el matrimonio y la posible llegada de hijos los alejaran de la política, no solo no dudaban en aprobar la unión (“se bancaban un ‘goy’ en la familia con tal de que dejara de militar”, dice Patricia) sino que además les ofrecieron un departamento y la luna de miel en alguna playa argentina.

“La ‘orga’ también dio el visto bueno. Se necesitaban casas ‘legales’ para hacer reuniones o guardar materiales, pero no se admitía luna de miel alguna. Había que militar *a full* y esa era una costumbre ‘pequeño burguesa’, impensable para gue-

rrilleros. De todos modos, decidimos con Pablo mentirles a nuestros viejos que nos íbamos a Monte Hermoso para evitarles otra frustración y, de paso, con el dinero que nos regalaban, cubrir necesidades del Partido.

Amigos que habían estado allí nos contaron cómo era ese balneario y el nombre del mejor hotel. Nos borramos y a los diez días ‘regresamos’. Fuimos a almorzar a casa de mis viejos, agradecidos por el regalo. Recuerdo que papá me miró y me dijo ‘pero están blancos como un papel, hija’, y Pablo, rápido, le respondió que habíamos tenido mal tiempo, pero que nos había venido bien para estar todo el día en la cama descansando y ‘disfrutando’ el matrimonio. Hicimos una descripción completa de la belleza del lugar y las comodidades del hotel, con los datos de nuestros amigos, y no quedó ninguna duda de que habíamos tenido el viaje que ellos deseaban.

Días después estrenamos el departamento haciendo una reunión de célula, felices de tener una nueva casa y ponerla al servicio del Partido. Pero duró poco. Antes del mes, una mañana temprano cayó la patota de la policía, allanó la casa, y nos llevó presos a Pablo y a mí.

Mientras la policía subía a nuestro piso, nos pusimos de acuerdo para decir que no militábamos más y que recién llegábamos de nuestra luna de miel en Monte Hermoso, usando los mismos datos que sabíamos de memoria.

Los dos repetimos eso como un mantra cuando nos interrogaban por separado, primero en nuestra misma casa y luego en Coordinación Federal, que así se llamaba la policía política de los setenta.

Ese fue nuestro ‘minuto’, es decir, la excusa que usamos frente a nuestros interrogadores para jurar inocencia. Repetimos una y otra vez todo lo inventado de ‘la luna de miel en Monte Hermoso’, y no abandonamos ese libreto ni por los golpes ni por las presiones.”

Pero no alcanzó.

Pablo y Patricia estuvieron presos casi siete años. Ella en Devoto y él girando entre Sierra Chica, La Plata y Rawson. Apenas si intercambiaron alguna carta en aquellos tiempos de soledad y aislamiento.

Hasta que un día llegó la libertad y el exilio. Ambos partieron a Barcelona, donde ella se graduó en Ciencias Informáticas y Pablo trabajó de profesor de náutica y canotaje, que era lo que había querido desde chico, cuando remaba junto a su padre por los canales del Delta.

A mediados de los noventa, con dos hijos, regresaron al país.

“Un domingo, comiendo un asado con una pareja de amigos recientes –recuerda Patricia–, buscábamos la forma de acortar distancias con esas coincidencias tontas que ayudan a romper el hielo frente a las relaciones nuevas. Hablamos de costumbres y de hijos; de gustos en música, en pintura y en libros, festejando con entusiasmo exagerado cada coincidencia que nos acercaba.

Así hasta que nuestros amigos hablaron de la hermosa luna de miel que habían pasado en ‘una playa inolvidable’. ‘¿Qué playa?’, preguntó Pablo.

‘Monte Hermoso’, respondieron ellos a dúo. Y yo exploté de alegría: ‘¡Monte Hermoso, ay, ay, no lo puedo creer, qué casualidad, nosotros también pasamos la nuestra allí!’, exclamé feliz y muy convencida, ante la mirada sorprendida de Pablo, que casi no podía aguantar la risa.”

Veinticinco años después, la ficción inventada en el marco de su militancia clandestina era para ella tan real como sus años de cárcel. “Nunca volveré a Monte Hermoso –dice Patricia–, prefiero viajar a lugares nuevos.”

Jueves 26 de mayo de 2016.

“Patricia” es Patricia Miriam Borensztejn quien, años después de haber sido liberada, escribió el hermoso libro *Hay que saberse alguna poesía de memoria*, editado por Capital Intelectual, en el que relata sus días como prisionera política de la dictadura militar.

Walter, de Lanús

Murió ayer a los 91 años en Lanús, su país más que su barrio.

Walter Gessaga tenía la chuequera, la pinta y hasta el nombre y apellido del *wing* derecho que fue, en el Lanús de sus amores.

Su otro amor fue “Yeye”, compañera de toda la vida, con quien tuvo dos hijos, Jorge y Silvia.

Con Jorge compartimos nueve años de cárcel, y fue en ese paisaje desolado que conocí a Walter y “Yeye”, porque es imposible separar en vida a uno de otro.

Los dos caminaron junto a mis padres todos los pasillos de las cárceles que compartí con Jorge. No fueron pocas. El penal militar de Magdalena, la temible Unidad 1 de Caseros, el célebre penal de Rawson y el clásico de Villa Devoto, para volver de nuevo a Rawson cuando casi terminaba la dictadura.

De ahí salimos en libertad la madrugada del 3 de diciembre de 1983.

Jorge llamó a su casa anunciando nuestra liberación, y como en la mía no había teléfono, Walter y “Yeye” decidieron subirse

a su auto esa misma madrugada para avisarles a mis padres la buena noticia. A pesar de que lo habían recorrido mil veces, ese camino de Lanús a Almagro se les hizo interminable. La emoción los perdía y paraban a cada rato para volver a orientarse. En esos años no existía la vocecita que ahora advierte “recalculando”.

Cuando llegaron, mis padres dormían ayudados por una pastilla y no oyeron el timbre que sonaba en la madrugada.

Mi papá se levantó a las seis y vio una nota que se había colado por debajo de la puerta junto a los diarios. La nota decía: “Salieron los muchachos, un abrazo fuerte, Walter y ‘Yeye’”. Esa nota, enmarcada, se luce todavía hoy en el living de la casa de mamá.

Walter nunca fue un militante político. Fue un laburante al que la dictadura le robó un hijo diez años, y eso lo convenció de todo lo que ya intuía. Su experiencia de barrio, de trabajador, de vecino solidario, de buena gente, lo puso siempre del lado de los que menos tienen.

No faltó a ninguna visita. Y cuando Jorge salió en libertad y se fue a vivir a la casa que Walter le había construido ladrillo a ladrillo, siguió visitando a los que quedaban adentro con la misma frecuencia de antes.

Su compromiso fue con todos: llevó ropa, libros, comida, abrazos y compañía. Los presos políticos lo veían llegar y lo recibían como el padre que de cada uno era.

Firmó petitorios, caminó mil marchas, discutió con generales de escritorio, enfrentó penitenciarios, soportó requisas vejatorias, visitó organismos de derechos humanos, ayudó a fundar otros y no dejó de reclamar nunca hasta que salió liberada la última presa política de la dictadura, Lili Nava de Cuesta.

Walter Gessaga, piernas chuecas y ojos de galán, *wing* derecho de Lanús, albañil aficionado, papá de todos, te doy mi último abrazo y te prometo gritar los goles del Granate como si fueran los de mi River. Al barrio no puede faltarle tu garganta.

Viernes 15 de julio de 2016.

Elogio a la locura

Hay que estar locas, sin dudas, hay que estar muy locas para hacer dos mil marchas en la Plaza de Mayo.

Hay que estar locas, sin dudas, para seguir pidiendo cárcel a los genocidas, para seguir exigiendo memoria, verdad y justicia, cuarenta años después de la tragedia.

Hay que estar locas para haber salido a enfrentar a la dictadura más asesina de la historia argentina armadas solamente con sus pañuelos blancos.

Hay que estar locas para haber ido a golpear la puerta de la mismísima ESMA, cuando adentro se torturaba y mataba a miles de argentinos con absoluta impunidad.

Hay que estar locas, sin dudas, para haber denunciado los crímenes frente a la prensa extranjera cuando a muchos de sus compatriotas solo les importaba que Argentina ganara ese Mundial del 78.

Hay que estar locas para haber recorrido todas las embajadas, las iglesias, los ministerios, los cuarteles, los juz-

gados y las comisarías del país buscando un rastro de sus hijos desaparecidos.

Hay que estar locas para haber presentado miles de hábeas corpus frente a una Justicia que los archivaba sin siquiera mirarlos.

Hay que estar locas para publicar solicitadas en los diarios que callaban los asesinatos, y firmarlas con nombre y apellido, sabiendo que ellas podían ser las próximas víctimas.

Hay que estar locas para insistir con sus marchas alrededor de la Pirámide rodeadas por los caballos de la policía de Videla.

Hay que estar locas, seguro que hay que estar locas, para haber ocupado la Catedral en enero de 2008 reclamando los fondos que el gobierno nacional les había asignado y que Macri, por entonces jefe de gobierno porteño, se negaba a depositar.

Hay que estar loquísimas para no haber ejercido nunca la justicia por mano propia, cuando los asesinos de sus hijos fueron indultados o tratados como patriotas.

Hay que estar locas para haber denunciado los vuelos de la muerte cuando éstos se estaban produciendo. La denuncia les costó la vida a tres de ellas: Azucena Villaflor, Esther Ballestrino de Careaga y María Ponce de Bianco, junto a las dos monjas francesas que las ayudaban, Alice Domon y Léonie Duquet.

Hay que estar locas, locas de remate, para haber redoblado sus denuncias, sus marchas, sus pedidos luego de esa masacre.

Hay que estar locas, pero muy locas, para haberse pasado días y noches sin moverse de la puerta de las oficinas de Walter Klein y de Mariano Grondona (hijo), para evitar que retiraran documentos sobre los desaparecidos.

Hay que estar muy locas para cubrir toda la Avenida de Mayo, desde el Congreso hasta la Casa Rosada, con miles de pañuelos blancos enviados desde diferentes países del mundo como señal de solidaridad con su lucha.





Hay que estar muy locas para convocar a un grupo de artistas y usar la Plaza de la República como taller, donde se pintaron miles de siluetas que luego fueron pegadas en las paredes del centro, evocando a sus hijos desaparecidos.

Hay que estar muy pero muy locas para fundar una universidad por la que han pasado miles de estudiantes. Y para haber organizado miles de talleres de música, de pintura, de historia, de fotografía luego de recuperada la ESMA, llenando de jóvenes y vida lo que fue un centro de torturas y muerte.

Hay que estar muy locas para haber creído que se podían construir viviendas en los barrios en los que no había más que ranchos y algunas casillas precarias.

Hay que ser tan locas como Hebe de Bonafini, para no presentarse ante la justicia, y cuando el juez la declaró en rebeldía contestarle: “Le aviso al juez que yo estoy en rebeldía desde febrero de 1977, cuando fue secuestrado mi primer hijo”.

Hay que ser locas como ellas para eludir el operativo policial montado para detenerlas, huyendo por la vereda en la camioneta blanca de las Madres, y llegar a Plaza de Mayo, rodeadas por el amor de quienes siempre están de su lado.

Hay que estar “desquiciada” para decirle al presidente “Macri, pará la mano”, y convertir inmediatamente la frase en una nueva consigna tomada por miles.

Para las Madres de Plaza de Mayo, para ellas, para Abuelas, para Hijos, y para todos los organismos de defensa de los derechos humanos parecen haberse escrito los versos de Silvio Rodríguez: “Hay locuras que imprimen dulces quemaduras/ hay locuras que hicieron el día/ hay locuras que están por venir/ hay locuras tan vivas/ tan sanas, tan puras/ que una de ellas será mi morir”.

Viernes 12 de agosto de 2016.

Esta nota fue publicada con el título “Hay que estar locas”.

La universidad de la cárcel

Llegué a la cita media hora antes. A las ocho de la mañana, en punto. Caminé solo por la calle Bermúdez y miré ese paisaje al que no había vuelto en los últimos treinta años.

No me gustó. El mismo muro de la cárcel de Villa Devoto, más feo que nunca, pintado de ningún color. Descascarado y sucio.

No me gustó la tristeza en las caras de los familiares que esperaban entrar a la visita semanal.

Me gustó la mirada de amor y los gestos de alegría, en esas mismas caras, cuando se abrió la puerta y entraron.

No me gustó levantar la vista y ver al guardia en la garita de seguridad, mirándome fijo y mal, porque había ido y vuelto tres veces por la misma cuadra y ya era, de nuevo, un sospechoso.

Me gustó cruzar la calle para caminar por el barrio. Entrar al bar de enfrente y recordar que ahí mismo me sentaba cuando volvía, luego de liberado, a visitar a mis compañeros que seguían presos durante los primeros años del gobierno de Raúl Alfonsín.

Me gustó doblar la esquina y cambiar el paisaje. Pasar por las puertas de esas casas bajas que espiaba desde la ventana de mi celda, en el pabellón que da sobre la calle Nogoyá. Mirar los árboles, los patios y los vecinos que baldeaban las veredas.

Me gustó ver en las paredes los grafitis por All Boys y Lamadrid, porque todo el barrio vibraba y vibra con los colores de esos clubes.

Me gustó mirar la hora y saber que faltaba poco. Que ya tenía que volver a la puerta para encontrarme con el grupo de docentes del Centro Universitario Devoto (CUD). Ellos me invitaron a dar una charla sobre Memoria Histórica, en los talleres de escritura para presos que dirigen Lucas Adur y Julia Satlari, y que fueron fundados por mis amigas María Elvira Woinilowicz y Luciana De Mello, docentes ahí durante años.

Me gustó el saludo cariñoso del grupo cuando llegué. Fui el penúltimo.

Me gustó distraerme en la charla y esperar ansioso la llegada del último para entrar juntos al penal.

Me gustó el reencuentro con Patricia Borensztein, ex presa política, y me gustó conocer a Nieves Kanje, sobreviviente de campos clandestinos de detención, también invitadas a la charla.

Me gustó la adrenalina que sentí cuando se abrió la puerta y entramos.

Me gustó no haber llevado el celular, para no tener que dejarlo en los armarios de la Guardia.

No me gustó el olor cuando llegamos a la puerta que nos llevaba a los pabellones.

Me gustó la charla con dos empleadas de guardapolvo blanco. Una era civil y psicóloga judicial; la otra suboficial del Servicio Penitenciario, con una semana de graduada.

Me gustó cuando me dijo que estaba un poco nerviosa. Me gustó decirle “estás a tiempo, andate, este es un laburo de mierda”.

No me gustó su respuesta: “Estudié tres meses para graduarme (sí, solo tres meses para recibirse de suboficial del SPF), ya me voy a acostumbrar”.

Me gustó cuando a esa charla se sumó una guardiana de botas y uniforme, parecida a Gladys la “Bomba Tucumana”. Muy teñida de rubio y labios anchos como sus caderas. Llegó cantando, amigable y sonriente. Un toque de color en medio de tanta monocromía.

No me gustó caminar un pasillo que no terminaba nunca. Me gustó llegar al CUD, porque ese espacio parecía un aula de la Facultad de Sociales. Posters del “Che”, del padre Mugica, frases y horarios de cursos pegados en las paredes. Clima de estudio y de trabajo.

Me gustó conocer el Sindicato de Presos, que no sabía que existía. Entrar a esa oficina y que los dirigentes que lo fundaron me contaran su tarea: luchar por condiciones dignas de trabajo y salarios justos para todos los detenidos que trabajan en el penal.

Me gustó que me guiaran por la Biblioteca, armada con libros donados y otros encuadernados por ellos mismos. Encontrar tomos de Historia, de Ciencias Sociales, de Geografía, de Matemáticas. Novelas y poesías.

Me gustó llegar al aula y mirar los pupitres, escritorios y computadoras, mientras los alumnos llegaban con cuadernos en la mano. Eran más de veinte.

Me gustó la introducción de Lucas y de Julia, que explicaron mi historia, la de Patricia y la de Nieves, y que no hubiera nada más que explicar para empezar la charla, el debate y la lectura de textos.

Me gustó el que leyó Patricia: “A través del tornillo”, de su libro *Hay que saberse una poesía de memoria*. El texto hablaba de las mil maneras que los presos políticos inventaron para comunicarse entre ellos, durante los años en que la dictadura imponía el silencio y el aislamiento.

Me gustó poder leer algunas de mis contratapas publicadas en este diario, porque hablaban de vivencias comunes con ellos.

Me gustaron las preguntas, las intervenciones, los comentarios que ese grupo de llamados presos comunes hicieron con exagerado respeto.

No me gustó sentir tantas ganas de irme rápido. De salir corriendo del CUD, de Devoto y de todo ese mundo.

No me gustó el ruido de las rejas al cerrarse. No me gustó el olor a tumba y a creolina.

No me gustó pasar de nuevo por la puerta de esa maldita Sala de Visitas, en la que tantas veces recibí a mis padres. Ni la ansiedad del preso que esperaba adentro, caminando de pared a pared, como yo lo hice durante tantos años.

No me gustó la luz de la cárcel. Y menos los sectores en penumbras.

Me gustó salir a la calle y respirar aire puro porque ya estaba asfixiado.

Me gustó sacarme la foto junto a todo el grupo cuando salimos, frente a la misma puerta del penal, en Bermúdez 2651, dirección que nunca se borró de mi memoria.

Me gustó llegar a mi casa y bañarme con agua caliente, porque en Devoto rara vez había. Me gustó cambiarme de ropa, porque en Devoto estuve años con el mismo uniforme.

Me gustó cruzar la avenida y entrar al café de siempre para ver la ciudad desde mi ventana favorita.

Y me gustó, frente a ese paisaje, pensar que hay docentes como Lucas, como Julia, como María Elvira, como Luciana, que enseñan en esos sitios. Y que hay presos que estudian y aprenden para salir enteros de esas soledades.

Miércoles 23 de noviembre de 2016.

Por quien merece amor

Las últimas apariciones lo mostraron sin su clásica camisa verde oliva. El buzo Adidas que la reemplazó fue comentario en todas las redes sociales, y la marca alemana anunció que multiplicó las ventas de ese modelo, que de llamarse “Original” (con acento en la primera i), pasó a ser para todos “el buzo de Fidel”.

Lejos estaba él de imaginarse que en los últimos años de su vida haría “tendencia”, y esa prenda clásica de color celeste con tres tiras blancas se luciría de nuevo en las vidrieras del mundo.

El 1 de enero de 1959, cuando Fidel Castro entró triunfante en La Habana, yo tenía 6 años.

Mi padre escuchaba con su radio Spika pegada a la oreja las noticias que llegaban desde Cuba, y festejó la caída del “Sargento Batista”, como lo llamaba con desprecio al dictador. Para un oficial de Infantería como era él, un suboficial no era digno de ningún respeto. “Cabo, palabra corta y

repugnante”, decía sonriendo el Capitán Soriani, frase que volví a escuchar de la boca de todos los oficiales con los que me crucé muchos años más tarde, cuando me tocó hacer el servicio militar obligatorio.

Días después del triunfo revolucionario, el 6 de enero, los Reyes Magos me trajeron una pequeña escopeta, “como la que usó Fidel para derrotar a Batista”, decía mi papá mientras apretaba divertido el gatillo, y el corcho que hacía de bala rebotaba contra la pared del patio de nuestra casa en Almagro.

Al poco tiempo esa primera alegría se transformaba en preocupación, y luego de la Segunda Declaración de La Habana en 1962, mi viejo pasó a la oposición absoluta porque Fidel había elegido el camino del socialismo.

Ya lo habían pasado a retiro de las Fuerzas Armadas por su militancia contra Perón, y esperaba desde el 55 una reincorporación que no le llegó nunca. Seguía escuchando la marcha de la Revolución Libertadora emocionado, y conspirando con sus antiguos camaradas todas las veces que podía, mientras aumentaban sus críticas a Fidel, “que se había vendido al oro de Moscú”.

Pero como buen militar no dejaba de admirar el coraje de esos barbudos, que habían vencido la invasión de Bahía de los Cochinos, financiada desde Estados Unidos por el presidente Kennedy. El triunfo en Playa Girón fue el bautismo de fuego de las Fuerzas Armadas de Cuba, que resistieron la invasión y se cubrieron de gloria y prestigio en menos de cuatro días.

Mi padre no escapaba a la contradicción de tantos militares argentinos, que tenían un discurso nacionalista en lo político, pero ideas ultraliberales en lo económico.

Diez años después, el ejemplo de Cuba, de Fidel y del “Che”, al que ya habían asesinado en Bolivia, calaba hondo en importantes sectores obreros y estudiantiles de nuestro país, hasta que en mayo del 69 esas consignas ganaron las calles y se hicieron molotov y barricadas en Córdoba, para voltear el gobierno del general Onganía.



Al influjo del “Cordobazo” nacieron las principales organizaciones guerrilleras, FAR, ERP y Montoneros. Las tres, más allá de sus diferencias políticas, reivindicaban la lucha armada con el objetivo táctico de derrotar a la dictadura del general Lanusse, pero sin renunciar al estratégico: lograr la Patria Socialista.

En ese ambiente político se forjó la militancia de buena parte de mi generación. Desencantados con la “democracia burguesa”, que además nos habían vetado por años, y peleados con las decisiones vacilantes del Partido Comunista Argentino, tomamos al “Che” como ejemplo de entrega revolucionaria, y a Fidel como el estadista capaz de enfrentar y vencer al imperialismo yanqui.

Pocos de nosotros éramos capaces de estudiar *El capital* de Marx, y solo un par de libros de Lenin nos resultaban digeribles. Pero todos habíamos leído *La Historia me absolverá*, el encendido alegato de Fidel, cuando fue juzgado por el asalto al Cuartel Moncada en 1955.

El Comandante nos hablaba en nuestro idioma, nos emocionaba y nos empujaba a “ser como el ‘Che’”. Le creíamos absolutamente todo. Su revolución triunfante estaba al alcance de nuestra mirada y a pocos kilómetros del “demonio imperialista”, como él lo definía. Seguíamos peleados con el PC argentino, pero Fidel nos enseñaba que la solidaridad de la Unión Soviética era un apoyo imprescindible y que el internacionalismo había que ejercerlo en plenitud.

Él, otra vez, nos daba el ejemplo. Miles de médicos cubanos emprendían campañas sanitarias en África, y educadores nacidos con la Revolución enseñaban a leer y escribir a quien lo necesitara, en los rincones más alejados del mundo. Otros combatían en Angola, acompañando a Agostinho Neto y a los patriotas africanos que luchaban por su liberación.

Cuando Videla aplastó nuestros sueños, los cubanos también sufrieron sus consecuencias. Dos de sus diplomáticos, funcionarios de la embajada, fueron secuestrados y desapa-

recidos en Buenos Aires en 1977. Y muchos otros fueron víctimas de las distintas dictaduras que asolaron América Latina en esa década sangrienta.

Para ese año el terrorismo de Estado había arrasado con las organizaciones armadas y con cualquier otra forma de resistencia popular. Miles de nosotros, sobrevivientes, estábamos en prisión.

Entre ellos, un compañero que tuvo la desgracia de llamarse Fidel Castro. Sus padres, cuando lo bautizaron, no habían previsto esa circunstancia y, junto a Juan Martín Guevara, el hermano del “Che”, tuvieron una cuota extra de palizas por portación de apellido.

Junto a mis compañeros de cautiverio, solíamos reconstruir los discursos de Fidel uniendo los fragmentos que cada uno sabía de memoria. Los escribíamos en finísimo papel de cigarrillos y los hacíamos circular clandestinamente entre los distintos pabellones. Sus palabras nos daban ánimos, reafirmaban nuestras convicciones y alumbraban nuestras esperanzas.

Una mañana muy fría en el penal de Rawson, durante la visita, mi padre, que nunca me abandonó en ese desamparo, me abrazó en la despedida y me recordó aquel regalo de Reyes. La escopeta que disparaba un corcho y “que era igual a la que había usado Fidel para derrocar al Sargento Batista”. De alguna manera él, como yo, lo seguía admirando.

Ayer, miles de cubanos despidieron al Comandante, y frente a cualquier duda sobre el futuro de la isla respondieron convencidos: “Yo soy Fidel”.

De una manera u otra, nosotros también lo somos.

Lunes 5 de diciembre de 2016.

“Pipo” y Angelita

El domingo por la mañana despedimos en el Parque de la Memoria a “Pipo” y Angelita, como siempre llamamos a José Federico Westerkamp y a Ángela Muruzábal de Westerkamp.

Ellos fueron los padres de Gustavo, a quien detuvieron en octubre de 1975, cuando se presentó a la revisión médica para cumplir con el servicio militar obligatorio.

La prisión de su hijo despertó en “Pipo” y Angelita una militancia política impensada. Ambos eran científicos de renombre; él físico y ella química, y hasta ese momento eran destacados por sus actividades de investigación académica.

Ángela Muruzábal se recibió en 1940 en la UBA con diploma de honor y medalla de oro, que no recibió por falta de presupuesto, según historió la licenciada María Ferraro en el boletín de la Fundación Síntesis que la homenajeó por su trayectoria hace algunos años.

Fue docente en las universidades de Columbia y Nueva York, conoció y trató a Albert Einstein en el Instituto de Estu-

dios Avanzados de Princeton, en Nueva Jersey. En nuestro país trabajó con los médicos Bernardo Houssay y Luis Federico Leloir en el Instituto de Fisiología de la UBA y participó de la fundación de la Universidad Tecnológica Nacional, donde hasta 1978 fue jefa del Departamento de Química Orgánica.

José Federico Westerkamp se doctoró en Química en 1942, también en la UBA, donde conoció a Angelita, una de las pocas mujeres que cursaba esa carrera en aquella época.

“La UBA me dio muchas satisfacciones –decía a menudo ‘Pipo’– pero sobre todo me dio a Angelita, mi amor de toda la vida.” José siguió estudiando y obtuvo un Master en Ciencias Físico Matemáticas, que lo llevó a trabajar en el diseño del primer láser junto a Charles Townes, premio Nobel de Física en 1964.

Todos estos logros de sus vidas académicas fueron soslayados en la despedida porque la humildad de ambos no lo hubiera permitido. Sí se recordó su militancia en la defensa de los derechos humanos, donde “Pipo” y Angelita volcaron sus esfuerzos luego de la detención del menor de sus dos hijos.

Ambos fueron miembros fundadores de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos y del CELS, y ofrecieron su casa para todas las reuniones. Su condición de prestigiosos investigadores les facilitaba las denuncias en ámbitos internacionales y “Pipo” confeccionó la primera lista completa de los científicos presos y desaparecidos en la dictadura, para que llegara a todos los parlamentos y personalidades del mundo que podían influir en la vida política argentina.

“Mi viejo ponía el cuerpo, no solo las ideas”, dijo Gustavo en la mañana del domingo, abriendo la lista de los amigos y compañeros que recordaron a la pareja antes de arrojar sus cenizas al Río de la Plata.

“Fue detenido en dos oportunidades –continuó– y cuando yo ya había sido liberado siguió luchando por las causas justas. En el año 88, en el Congreso de Viena por la Paz, fue golpeado y demorado por defender a un estudiante que se



Pipo

y

Angelita

peleaba en la calle con la policía. Papá no dudó en tomarlo del brazo al muchacho para arrancarlo de las manos policiales. A los dos les costó aceptar mis convicciones, pero no dejaron de reclamar mi libertad ni un solo día de los ocho años que estuve preso.”

Matías Westerkamp, hijo de Gustavo y guitarrista de la banda de rock La Condena de Caín, contó que sus primeras lecturas “serias” nacieron en la casa de sus abuelos, y que Angelita le pagó los estudios de guitarra con Esteban Morgado. El bajista del grupo, Marcelo Di Giovanni, completó la anécdota: “El problema era que la abuela creía que Matías estudiaba guitarra para tocar tango, porque ella amaba el 2 x 4. Pero un día fuimos a visitarla con toda la banda y cuando subíamos en el ascensor, todos melencidos, en bermudas, tatuados y transpirando rocanrol, Matías nos advirtió: ‘Ojo muchachos, recuerden que nosotros somos una banda que toca Tango’”.

María Adela Antokoletz, de Madres Línea Fundadora, recordó emocionada el prendedor que “Pipo” le trajo como regalo del Congreso por la Paz de Sevilla, al que conserva como un tesoro. “‘Pipo’ siempre fue un luchador por la Paz, pero no una paz de ‘ommmm’, sino una paz construida desde la justicia social.”

Nelly Turlione, ex detenida y obligada al exilio durante años, relató que a su regreso al país Angelita y “Pipo” le regalaron sus primeros muebles, “eran pesados pero los cargaron y los llevaron en su propia camioneta. Eran así, no estaban solamente para tareas grandes, sino también para las más pequeñas”.

Casi sobre el final, Mirta Sgro compartió el momento de su liberación, luego de nueve años detenida. “Fuimos con un grupo de compañeras a la casa de los Westerkamp para agradecerles su compromiso con nuestra libertad, y Angelita nos recibió con una vincha de flores para cada una, hechas con sus propias manos. Nosotras veníamos de muchos años de aislamiento, golpes y represión que habían blindado nuestras emociones. Y ella nos recibía con flores, un gesto de delica-

deza, calidez y ternura que nos conmovió a todas. Aún tengo esa guirnalda y la guardaré toda la vida”, terminó Mirta.

Remy Vicentini, otro luchador incansable y uno de los fundadores de Familiares de Detenidos por Razones Políticas, dijo las palabras finales. Solo quedaba arrojar las cenizas al río, frente a la estatua que recuerda a Pablito Míguez, un adolescente de 14 años secuestrado y asesinado por la dictadura. Gustavo tomó las urnas y esparció las cenizas para que las aguas las recibieran.

“Pipo” y Angelita están juntos de nuevo. Como toda la vida.

Miércoles 25 de enero de 2017.

Trabajo para todos

El cuerpo de requisa del Servicio Penitenciario Federal es famoso por su crueldad y su violencia. Irrumpe en los pabellones corriendo, gritando y rompiendo todo lo que se interpone en su camino. Los presos son obligados a tirarse cuerpo a tierra, o a apoyar sus brazos en la pared y abrir las piernas para el humillante “cacheo” al que deben someterse.

Ellos están acostumbrados, pero cada vez que el escuadrón aparece arrasando con todo lo que se les cruza, sienten temor, odio e impotencia.

Nadie esperaba esa mañana tranquila en la cárcel de Devoto que la patota entrara. Pero esa es otra de sus habilidades, aparecen cuando nadie los espera.

Son unos cincuenta energúmenos que pegan, gritan y destrozan fotos, ropa, cartas, libros, cabezas y todo lo que pueda provocar algún dolor en el cuerpo y en el alma de los presos. Cuando se van, nada es como era antes.

Pero es enero del 82 y la dictadura empieza su retirada, así que los militantes aprovechan los resquicios legales que comienzan a abrirse y deciden presentar un hábeas corpus colectivo, que todos firman, para denunciar en la Justicia las heridas y los destrozos cometidos por la requisita.

Un par de días después, a las cinco de la mañana el “gringo” Sebolde es llevado a una celda colectiva, la famosa “leonera”, donde deberá esperar unas horas para que el camión del Servicio Penitenciario cargue con él y otros “presos comunes” con destino a Tribunales.

Ulises es santafesino, del interior de la provincia, muy alto, muy flaco y muy rubio. Siempre le quedaron cortos los pantalones de los uniformes que en las diferentes cárceles le obligaron a usar. “Estoy condenado, además, a tener que andar siempre en bermudas”, decía Ulises con humor. Un verdadero “gringo” del interior, nieto de inmigrantes polacos y criado bajo un sol campesino que no alcanzó a curtir su piel blanca como las nubes. Sebolde conoce de arados y de siembra. De esperar la lluvia que alivie las sequías y de levantarse muy temprano para empezar la jornada cuando el calor no aprieta. Pero un día se cansó de esos paisajes y se fue a estudiar a la capital, entró a la Universidad del Litoral y los setenta lo contagiaron de fiebre militante.

Caminando los pasillos de la Facultad de Ciencias Agrarias, Ulises miró los carteles y leyó los volantes que los estudiantes repartían en las aulas, hasta que se decidió y entró al PCR, lo que le dio un raro privilegio: ser el único preso político que esa agrupación tenía en los ochenta. “Señor pequeño burgués no le erre, entre al PCR”, lo cargaban sus compañeros de las organizaciones armadas, y el “gringo” se enojaba hasta que su piel blanca se ponía roja.

Aquella mañana en la cárcel de Devoto, Ulises Sebolde fue elegido al azar por el juez de turno entre las casi cien firmas del hábeas corpus. Quería escuchar en persona algún testimonio que corroborara los términos del recurso presentado.

Cuando el “gringo” entra en la “leonera”, mira con recelo a los más de veinte “comunes” que lo reciben con frialdad. Es la primera vez que un prisionero político es mezclado con presos sociales, entre los cuales hay acusados de robos, violaciones, asaltos, homicidios y tantos otros delitos como artículos existen en el Código Penal.

Las largas horas de espera en esa celda colectiva van aflojando las desconfianzas, y los más de ocho años que Ulises lleva detenido le dan prestigio entre quienes lo rodean, todos respetuosos de los códigos carcelarios: cuanto más años en cana, más autoridad sobre el resto.

Sus compañeros de espera empiezan a preguntar, Ulises contesta y de a poco se va rompiendo el hielo. Los “comunes” quieren saber por qué combate la guerrilla, por qué “afanan para otros”, por qué arriesgan así sus vidas y qué es lo que se proponen. Él no es guerrillero, pero se asume como tal, Ulises se siente en su salsa y empieza un discurso.

Poco a poco va elevando su voz, para que todos lo escuchen en la “leonera”, y enhebra palabras como en su mejor época de asambleas universitarias. El “gringo” da cátedra y los demás presos escuchan en silencio a ese *lungo* que lleva ocho años adentro y que todavía tiene ganas de denunciar y pelear contra las injusticias.

“Compañeros, dice Sebolde, ustedes son hijos del pueblo que han tenido que delinquir porque el sistema capitalista no los ha dejado estudiar ni formarse, no han tenido para comer y salieron a robar, no habrán conseguido un trabajo ni una vivienda digna...” Ulises se emociona y sueña con la posibilidad de engrosar las filas militantes con esas almas en pena a las que el sistema condenó a la miseria y el delito, pero nota mientras habla que hay un flaco de bigotito fino que lo mira de reajo y le sonrío de costado, mientras arma un cigarrito tumbero.

El flaco parece un dibujo de Cognini, y a Sebolde no le gusta nada la sonrisa canchera que le dedica desde el fondo

de la celda. Pero decide continuar con más firmeza: “¿Qué queremos nosotros, compañeros? –dice en tono de arenga–. Queremos una patria justa, una patria con salud, con vivienda y con educación para todos. Una patria donde no haya que salir a robar para comer todos los días, queremos una patria socialista, queremos pan y trabajo, trabajo para todos...”. Pero no puede continuar su discurso porque desde el fondo lo interrumpen: “Disculpe jefe –dice el flaco pitando el cigarrito–, en esa patria socialista que a usted tanto le gusta, ¿va a haber trabajo para todos?”.

“Sí compañero –se alivia Ulises–, sí, sí, va a haber trabajo para todos...”

“Entonces paso con la patria socialista, a mí déjeme seguir ‘choreando’ nomás”, remata el flaco con tonada cordobesa, mientras larga el humo hacia el techo de la “leonera”.

Texto inédito.

UPA

La cárcel de Caseros es húmeda y muy oscura. Sus celdas son individuales y pequeñas, y en ella los presos políticos deben arreglarse para caminar tres pasos hasta la reja y tres pasos hasta la pared, en el angosto pasillo que hay entre el camastro y el pequeño armario con que cuentan, además de un inodoro del que emanan olores fétidos que perfuman sus días.

Tres pasos hasta la reja, media vuelta, tres pasos hasta la pared, media vuelta, tres pasos hasta la reja, media vuelta, tres pasos hasta la pared. Así “caminan” todos los días durante las horas que quieran, en eso tienen libertad para decidir cada uno de acuerdo a su paciencia o a su necesidad.

Lo que está prohibido es hacer cualquier tipo de gimnasia. Pero los presos se organizan para violar esa prohibición.

Todos los días se las arreglan para tirarse al suelo en ese angosto pasillo y hacer abdominales o flexiones de brazos; otros movimientos son imposibles por la estrechez de las celdas. Pero si son sorprendidos serán sancionados, así que alguno debe

vigilar y avisar a los demás si algún guardián aparece de improviso por el pasillo del pabellón, para que todos inmediatamente se pongan de pie y abandonen los movimientos.

Para eso se van rotando, y el compañero al que le toca el puesto de vigía debe sacar entre las rejas de su celda un pequeño espejo, con el que cuentan clandestinamente, y enfocarlo hacia la entrada del pabellón. En caso de que algún celador aparezca de improviso, debe gritar la palabra clave, “UPA”, en voz bien alta para que el resto de sus compañeros lo escuchen y suspendan rápido sus ejercicios.

Ese día le toca dar el alerta al “Tucu” Maza, un tucumano morochazo y regordete que tiene poca paciencia para sostener el espejito. A los cinco minutos, y confiado en que es domingo y los guardias están escuchando el clásico entre River y Boca, deja el espejito y se pone él también a hacer abdominales.

Pero como siempre ocurre, hay un guardián inoportuno al que no le gusta el fútbol y comienza a caminar por el pabellón. Maza ocupa la primera celda y cuando lo ve ya es demasiado tarde. El celador lo sorprende en su segunda serie de abdominales y el tucumano hace lo posible por evitar la sanción colectiva, que ya sabe ineludible para él.

“UPA, UPA, UPA” grita Maza con todas sus fuerzas para alertar al resto. “UPAAA, UPAAA, UPAAA” repite de nuevo por las dudas que haya algún compañero distraído.

Esa noche lo sacan de su celda y lo llevan al calabazo, pero antes lo obligan a firmar el parte de su sanción.

Le tocan catorce días de calabozo, “siete por hacer ejercicios físicos prohibidos por el reglamento, y siete por tomarle el pelo al celador pidiéndole a los gritos que lo ayude a levantarse”.

Texto inédito.



Gary

Hace frío en Rawson en el mes de agosto. Siempre hace frío, pero ese agosto de 1979 hace más. Los presos políticos atraviesan un período de castigos y de privaciones de todo tipo. Los golpes y las sanciones son cotidianas, los baños con agua helada, las palizas y el hambre arrecian los pabellones.

Pero esa mañana hay sol y un grupo de ellos camina por el patio de recreo. Caminan de a dos, porque está prohibido juntarse, pero como solo son tres pasos los que separan a las parejas, a veces puede disimularse una conversación entre cuatro. Los dos de adelante con los dos de atrás. Eso sí, hablan sin darse vuelta, porque saben que si los guardias descubren esa conversación grupal, el recreo se acabará ahí mismo, y los charlatanes serán duramente sancionados.

El “Pino” Cuesta camina al lado del “Tintina” González, y atrás de ellos van el “Quebracho” Gessaga y el “Gary” Garay, tan santiagueño como “Tintina” y de parecidas nostalgias.

Otras son compartidas por todos los presos políticos, sobre todo la nostalgia de los años que llevan sin hacer el amor.

“Yo cinco”, dice “Pino”, que fue detenido en 1974. “Yo ni sé cuántos, dice ‘Tintina’, porque en Santiago coger era difícil aún estando libre.” “Difícil para vos que sos feo”, lo carga “Gary”, aprovechando que el “Tinti” no puede discutir, porque si levanta la voz el recreo terminará para todos.

Siguen los cuatro, de a dos, en fila, unos detrás de otros, dando la vuelta a ese patio inmenso para ellos, tan acostumbrados a pasarse encerrados veintitrés horas por día en celdas tan pequeñas como sus placeres.

Caminan una vuelta, dos, hasta que al final “Quebracho” no puede contenerse más y lanza una exclamación que es un deseo: “¡¡Compañeros, qué ganas de cogeeerr que tengo!!”, grita, con todo el cielo de Rawson por testigo.

Pero el “Gary” Garay se conforma con menos. Sacude su pereza santiagueña y lo corrige muy rápido: “¡¡Aunque sea veeerrrrr coger...!!”, grita, y espanta las gaviotas que miran mansas desde el borde de los muros que rodean al patio.

Texto inédito.

Crónica de otra fuga

La película se llamó *Crónica de una fuga*, la dirigió Adrián Caetano, se estrenó en abril de 2006 y es la adaptación del libro *Pase Libre*, de Claudio Tamburrini, uno de los protagonistas del hecho. En ella se relataba la huida de Claudio y otros tres secuestrados de un centro clandestino de detención que funcionó en Morón y que se conoció con el nombre de La Mansión Seré. El film hizo famosa aquella fuga. Pero hubo otra.

En la esquina porteña de Venancio Flores y Lacarra, frente a las vías del ferrocarril Sarmiento y a dos cuadras de la estación Floresta, funcionó entre mayo y noviembre de 1976 un centro clandestino por donde pasaron más de 300 detenidos. Conocido como Automotores Orletti, fue la base de operaciones del llamado Plan Cóndor, una estrategia de represión global que coordinaban las dictaduras de Argentina, Paraguay, Chile, Bolivia, Uruguay y Brasil.

En ese lugar el general Otto Paladino, entonces jefe de la SIDE, junto a la banda de la triple A liderada por Aníbal

Gordon, Eduardo Ruffo y el general uruguayo Nino Gava-zzo, secuestraron, torturaron, mataron y robaron todo lo que pudieron, hasta que un descuido y la audacia de dos militan-tes los sorprendió una mañana de noviembre de 1976.

Norma y José militaban en las FAL (Fuerzas Armadas de Liberación), una de las organizaciones políticas de izquierda que se fundó a fines de 1968.

Eran una pareja que tenía casi todo en común, hasta el barrio donde habían crecido. Los dos eran de Avellaneda, pero ella hincha de Racing y él de Independiente, diferencia que los unía en la pasión futbolera y en las bromas después de cada partido, festejando triunfos y lamentando derrotas de sus colores queridos.

En una casa de Haedo, ya clandestinos, comienza el drama. Hasta allí llegan las fuerzas represivas luego de ubicar y secuestrar al hermano de José, a su cuñada embarazada y a su padre. A pesar de que ninguno de los tres tiene militancia política, los llevan a Orletti y los torturan salvajemente hasta que logran la dirección que necesitan.

Cuando llega la patota, en la casa están la mamá de Norma con sus dos nietas pequeñas, hijas de Norma y de José. Interrogan y golpean a la abuela, mientras esperan la llegada de la pareja.

La que llega primero es Norma, la reducen a golpes y algunos se van con ella a Orletti, mientras los otros se quedan esperando a José, que vuelve por la noche y se traba en una pelea con los asesinos hasta que, entre cuatro, logran domi-narlo y meterlo en el baúl de un auto.

Cuando José llega a Orletti ya están ahí su padre, su her-mano, su cuñada y su mujer, que cuelga de una viga del techo, en la planta alta de ese taller que es una sucursal del infierno. Alcanza a ver a su padre tirado en un rincón, destruido por las torturas, y oye los quejidos de su hermano en otra celda cercana de la misma planta.

Los torturadores se ensañan con Norma que, colgada y lastimada, ve también a sus familiares agonizar en Orletti. Hasta que se hace la hora de cenar y los asesinos, hambrientos, deciden hacer una pausa.

Tienden la mesa en otro cuarto, casi al lado suyo, comen, toman mucho vino y de vez en cuando alguno se acerca a castigarla. Escucha sus risas, sus voces, sus gritos de borrachos, hasta que no oye nada más, sólo los ronquidos de las bestias durmiendo su borrachera.

Norma siente las ataduras flojas en sus muñecas y se decide. Está jugada. Con sus últimas fuerzas tira, se desata y cae al suelo. Alcanza las llaves de las esposas que cuelgan de un gancho en la pared y busca a su marido. Lo encuentra, lo libera y los dos toman las armas que los borrachos dejaron apoyadas en una columna. Hay un fusil y una ametralladora que ella no sabe manejar pero José sí.

Tira a ciegas la primera ráfaga de FAL y sacude la cortina de arpillera que hace de puerta de la sala donde duermen sus captores. Tira dos, tres ráfagas y se le traba el fusil. No importa, hay que escapar, deja el FAL y sigue tirando con la ametralladora. Los guardias vuelcan una mesa y se protegen detrás de ella. No se atreven ni a asomarse. José se acerca a su padre, pero el hombre no puede moverse: “Vayansé ustedes chicos, por favor vayansé”, ruega, casi le ordena su papá. El hermano está inconsciente y a su cuñada no la encuentra. Mientras sigue disparando la metralleta libera a otro compañero que prefiere no sumarse a la acción. Norma se escuda en su marido, pero una bala le atraviesa el hombro. Los dos desnudos bajan por la escalera. Otra ráfaga y la huida desesperada de un guardián les muestra la puerta de salida que no podían ubicar. Con las fuerzas que les quedan salen a la calle. Enfrente están las vías del Sarmiento, las cruzan justo antes de que pase un tren que detiene al resto de la patota. El tren los separa y les da los segundos necesarios. Doblan por Emilio Lamarca y a mitad de cuadra encuentran un camión de una empresa de

entregas postales. Le sacan las llaves al chofer, que no opone resistencia frente a esos a dos fantasmas sangrantes, y se van. Se van. Se van.

Son las ocho de la mañana del 3 de noviembre de 1976 y acaban de escaparse del infierno.

José lleva a Norma a un refugio seguro donde curan sus heridas y luego prepara el regreso, junto a un grupo de compañeros, para copar Orletti y liberar a los que allí quedaron. Pero llegan tarde. La banda de Paladino y sus secuaces desmantelan el chupadero al día siguiente de la fuga.

Las marcas de las balas pueden verse hasta hoy en las paredes de Orletti. Los guías cuentan la historia de la fuga a quienes visitan ese centro clandestino de detención, convertido en Museo de la Memoria, y los vecinos de esa cuadra de Floresta también evocan aquella mañana de noviembre, cuando los despertaron los tiros y vieron a una pareja cruzar desnudos y heridos las vías del Sarmiento.

Norma sobrevivió y delegó en ellos el recuerdo de esta historia. José murió en 1978 en Nicaragua, luchando junto a las tropas sandinistas.

Viernes 24 de marzo de 2017.

BANDA DE SONIDO

León en rodeo ajeno

Luego de haber andado por todo el país, León Gieco llegó con su música a la Antártida. Ahí no lo esperaba su público de siempre, el que conoce sus canciones y aplaude sus palabras, sobre todo cuando son de condena a los genocidas y a las dictaduras. En la Antártida no estaban los aborígenes, ni los indígenas, ni los campesinos que lo acompañaron de Ushuaia a La Quiaca. Tampoco los padres con sus hijos en los hombros, que festejan emocionados cada uno de sus recitales porteños.

En la Antártida no había nada de eso. Solo un pequeño grupo de militares disciplinados y fríos como el clima que los rodea. León no estaba entre su gente. Estaba en un territorio desconocido y hostil, acompañado solo por un grupo de periodistas encargados de contar su actuación, pero no de adivinar sus dudas y sus angustias.

Nueve horas de viaje en un avión Hércules C-130. Duro, incómodo, con un ruido interior que hizo imposible intercam-

biar palabra. Un avión de guerra llevando a una base militar a un artista comprometido desde siempre con la paz y con la defensa de los derechos humanos. Todo un contrasentido.

Durante el viaje, León mostró su personalidad. Cargó con su bolso, viajó apretado por la incomodidad y por la responsabilidad que tenía sobre sus hombros. Gritó para hacerse oír entre el ruido, bromeó poniéndose sus anteojos negros cuando las cámaras de ATC tomaban las imágenes de ese avión, que poco a poco iba perdiendo su rígido aspecto militar. Compartió las almendras que había llevado y se levantó, caja en mano, a juntar los restos de unos fríos sandwiches de milanesa, única vianda en nueve interminables horas de viaje. Sin poses, con la naturalidad de los que han pensado en los demás toda la vida.

Una formal bienvenida lo recibió en la Base Marambio. Correcta y educada: “Bienvenido a nuestra casa, señor Gieco”, dijo el oficial jefe sin correrse una coma de un discurso militar con límites muy precisos. Gieco respondió marcando sus diferencias, con límites más precisos aún: “La Antártida es de todos los argentinos”, corrigió León.

Desde las siete de la mañana del martes estuvo dando notas. Posó para todas las fotos que le pidieron, aun en exteriores con cuarenta grados bajo cero de sensación térmica, poniéndose y sacándose cuantas veces hizo falta el incómodo traje de “astronauta” color naranja que habían repartido en el avión poco antes de llegar. Fotos para los medios, fotos para la Secretaría de Cultura que organizó el viaje, y fotos para los primeros militares que se acercaban al artista y que de a poco iban venciendo sus prejuicios y su vergüenza. Cientos de fotos, sin una sola negativa. Inventando muecas, poses, chistes. Sembrando ejemplo, humor y amor. De a poco se fue adueñando de todo. Su figura iba creciendo junto a sus definiciones. “Yo hago canción social y soy un representante de los derechos humanos. Clavo esa bandera en el lugar donde estoy.



Creo en la vida, y por eso no creo en esos tipos que mataron a 30.000 personas.” A lo León.

Por la tarde hizo la prueba de sonido. Cuidó los detalles: cambió las cuerdas de su guitarra y probó todas sus armónicas. Eligió con cuidado el repertorio rodeado de sus más íntimos y cantó estrofas de diferentes temas hasta encontrar junto a Camacho, su sonidista de años, el tono justo de los micrófonos, que apenas cabían en el pequeño escenario del comedor de la Base. Esa prueba de sonido fue a puertas abiertas. Sin misterio ni divismo.

A la noche salió al ruedo, con transmisión de TV y un compact que se grababa en vivo. “Las comunidades indígenas también están en la Antártida”, fueron sus primeras palabras y, con la garganta todavía fría, abrió el recital con una estremecedora versión *a capella* de “Cinco siglos igual”, su famoso himno contra la colonización. Para que quedara claro de entrada. A lo León.

Lo que siguió no fue menos emocionante. Una a una fueron cayendo sus canciones, sus dedicatorias y sus consignas. No dudó en cambiar el estribillo de “Los Salieris de Charly” y repetir dos o tres veces “cárcel a Pinochet”. Dedicó a Víctor Jara, “asesinado por la Junta Militar chilena”, la “Chacarera de Dragones”. Y no se olvidó de nadie, en las dedicatorias previas a su incomparable “Solo le pido a Dios”.

Terminada la transmisión siguió entonando sus canciones más queridas: “Esos ojos negros”, una maldición a Videla; “Hombres de hierro”, dedicada a las víctimas del Mendozazo. Lo demás serán anécdotas: el final de la noche, aún emocionado, mirando el cielo antártico junto a su asistente Gustavo y su manager de toda la vida, Pity Iñurriagarro. A las cuatro de la mañana y con treinta grados bajo cero, acordándose de Charly y llevándolo a la Antártida vía celular.

León Gieco demostró, una vez más, por qué está donde está. Por qué es capaz de hacer reír, bailar y llorar a miles y miles de argentinos de todas las edades. Sin una banda de

apoyo, solo con su guitarra, su armónica y sus convicciones, dio un show alucinante que derritió el hielo de adentro y de afuera. Dio una lección de música y de vida imposible de olvidar.

En épocas de tanto cinismo, de tanta hipocresía globalizada y de tanta vanidad, Gieco dio una lección de grandeza. A lo León.

Viernes 14 de abril de 2000.

Esta nota fue publicada con el título “A lo León”.

Forever Young

Solo hubo una persona que en los últimos diez días fue capaz de parar la lluvia. Sombrero de *cowboy*, botas texanas, jeans gastados, camisa leñadora y guitarra en bandolera, apareció una noche, por fin, en el escenario del Campo de Polo. Hasta ahora solo lo habíamos podido escuchar en CD o en los discos de vinilo que sobrevivieron a la catástrofe.

Ahí estaba Neil Young. Atrás, los míticos Crazy Horses, sus secuaces, los que hace años secundan al *cowboy* en sus andanzas de guitarras asesinas. El “Poncho” Sampedro, Billy Talbot y el batero Ralph Molina. Neil se colgó la viola, se dobló en dos, pisó el pedal y se largó con “Sedan Delivery”, en una versión furiosa que hizo llorar a los más viejos y les partió la cabeza a los más jóvenes.

Llovía sobre el Campo de Polo y ya habían huido los fans de Oasis. Quedaban los acólitos de Young y los pibes que querían comprobar cuánto de cierto había en todo lo publicado sobre él en los días previos al show.

Eran unas cuatro mil personas –sobre las trece mil del comienzo– rodeando un escenario montado en un lugar delirante, enorme, con pésima acústica y rodeado de kioscos que hacían recordar a viejas kermeses de barrio, con globos, guirnaldas y lucecitas de colores.

Olor a bosta en el Campo de Polo. Lluvia y olor a bosta. Momentos antes de la entrada de Young los plomos y sonidistas habían preparado el escenario como para una ceremonia religiosa: pequeña estatua de un cacique indio pintado para la guerra al lado del bombo de pie de la batería, los bajos y las guitarras, prolijos y rectos como velas encendidas. Y mucho incienso en las manos de un asistente que caminaba el escenario de punta a punta como un monaguillo que cumple el rito. “¡Tiran incienso porque viene Dios!”, gritó alguien que se animó a romper el silencio que rodeaba la ceremonia.

Y vino Dios. Con “Sedan Delivery” ordenó que la tormenta cambiara de lugar. Ya no se mojaría nadie de los de abajo. La única tormenta era arriba del escenario. “Hey hey, my my” fue el segundo tema, y hasta los más necios hinchas de Oasis se dieron cuenta de que no resistía comparación. La versión que los hermanos Gallagher habían hecho minutos antes parecía una vieja canción de cuna.

Neil que baila y vuelve a doblarse, que agita sus brazos, que distorsiona la guitarra. No canta, gime. Grita la letra con furia: “Es preferible quemarse antes que oxidarse...”. Y se está quemando, nos quemamos todos.

Un pibe le dice a su amigo: “A éste no lo tenía, pero me está gustando el chaboncito”. Se lo dice al segundo tema porque al quinto ya no puede; baila a dos metros del piso.

Alguna vez, hace mucho, fue Spinetta el que dijo: “Lo importante no es la técnica sino el amor que un músico le pone a su música”. Neil Young es un gran amante. Despliega una energía sobre su guitarra que cualquier técnica pasaría desapercibida. Hasta ahí es música desde las tripas y no desde el cerebro. Pero decide hacer “Cortez, the Killer”, y da una



lección de técnica que hubiera hecho empalidecer al mismísimo Clapton.

Cuando creemos que el show no ofrecerá variantes, el “gordo” Sampedro deja la guitarra y ayuda a empujar un piano. Entran dos vocalistas que se suman a los coros y arranca “Like a Hurricane”. Ya no hay asombro en nadie; tampoco hay palabras. Las vocalistas se escuchan mal, Neil vuelve a gemir, Talbot literalmente golpea su bajo, la batería parece mil baterías y la furia del rocanrol sacude a los cuatro mil tipos que se aguantaron el caos de la organización, la kermesse, la bosta y la lluvia pero que tienen el privilegio de estar ahí y salir para contarlo.

Una hora de música y se va. Pero la gente se queda, y él vuelve. Toca solo con su guitarra “The Needle and the Damage Done”, un melancólico tema en homenaje a sus amigos muertos por la heroína. Los más chicos ya no disimulan su admiración ni su alegría por haber descubierto al “chaboncito”. Noel Gallagher les había advertido: “Neil Young es una leyenda y no se vendió jamás”. Va terminando. Los más viejos parecen jóvenes y los jóvenes parecen haberlo conocido y amado siempre.

Neil Young, nuevo en sus 57 años, por siempre joven. Forever Young.

Domingo 27 de enero de 2001.

A tu salud, Gitano

Ya se nos pasó el susto. Estás en tu casa y prometiste que te ibas a cuidar en las poquitas palabras que te arrancaron los periodistas en el patio del sanatorio, antes del alta médica. Estabas con tu bata de seda roja, pero esta vez sin la copa de champagne en la mano. Los médicos lo prohibieron y les hiciste caso, mientras nos guiñabas el ojo cómplice a los que estábamos del otro lado de la pantalla.

Tuvimos que esperar veinte días para sacar la botella que habíamos puesto en la heladera el día que te internaron, así que estaba bien fría cuando la descorchamos, mientras sonaban los compases de la canción ganadora del Festival Buenos Aires de ya ni sé cuándo, porque prefiero no hacer la cuenta.

“Quiero llenarme de ti”, cantamos todos los que estuvimos seguros de tu salida triunfal del sanatorio. Porque un día decidiste que de rock ya nos habías enseñado demasiado, compusiste esa canción y te metiste en el bolsillo hasta a mi vieja, que de golpe te perdonó lo que no te entendía: tu ropa de cuero, tu

pinta de rocker, tu escena furiosa con la que deliramos todos los que conocimos a Elvis de tu mano.

Después llegaron los carnavales del 69, los del 70 y el 71, te íbamos a ver a San Lorenzo, al viejo gasómetro de Avenida La Plata, como diría la crónica deportiva. Nos juntábamos en la esquina de siempre, en Almagro, y de ahí salíamos las chicas y los chicos del barrio, nunca tan unidos en una misma pasión.

Bailábamos rock cuando ellas dejaban de mirarte, te enviábamos los pasos y la pelvis que nunca moveríamos con tu estilo. Era tanta la admiración que ni celos te teníamos. Luego vendrían los temas lentos; ellas soñaban con vos pero apretaban con nosotros, mientras les repetíamos las letras al oído y apoyábamos todo lo que nos dejaban.

En ese entonces aún eras grasa, y defenderte era una bandera. Teté Coustarot y tantas como ella fruncían la nariz al escuchar tu nombre. Al final, rendidas, también se entregaron a tu embrujo.

Después la vida nos llevó por otros caminos y ya no pudimos verte en vivo. Pero tus discos nos acompañaban, y les robábamos a las revistas esas fotos inolvidables de fondo rojo, donde cruzabas los brazos y mirabas desafiante. Fotos tumberas, fotos de exilio, siempre guardadas en algún rincón de la valija.

Nos reencontramos en el 88. Fue en el Luna Park, cuando festejabas tus veinticinco años de éxitos. Laura, mi mujer, optó por quedarse en casa para grabar el concierto que transmitía Radio Rivadavia, y aún guardamos el viejo *cassette* como un tesoro de nuestra pareja.

Fuimos con un colega, Alfredo Leuco, y con una banda de amigos con los que vibramos en la Popular junto a señoras de Banfield, que agitaban las tapas de tus discos como estampita milagrosa capaz de curarles todas las heridas, y chicas de mil barrios que deliraban viéndote bajar del cielo en una tarima, envuelto en humo blanco y con una capa que hubiera envidiado el mismísimo Presley.



Te tropezaste y sufrimos todos. Pero lo transformaste en un paso de rock que acompañó el inicio de “Mi amigo el Puma”, y tu carcajada ganadora nos devolvió la vida.

Fueron tres horas. Bailamos, recitamos y cantamos mientras vos deshacías el escenario.

Cuando al final te calzaste el smoking y actuaste “Penumbras”, a Tony Carrizo, que te había presentado, no le alcanzaba toda su experiencia y temblaba de emoción al costado del escenario. Esa noche llegué tarde al casamiento de un amigo porque el baile siguió después en la calle y no me lo quería perder. Abrazado a mis viejos amigos: “Ey... Si al final la vida sigue igual”.

La última vez que te vi fue en el Ópera, no hace tanto, cuando tuviste el íntimo gesto de recibir a Hebe Bonafini en el camarín antes del show. Ella te regaló un libro con la historia de las Madres de Plaza de Mayo, y vos una rosa roja que Hebe agitaba en sus manos mientras cantaba en la platea tus canciones sin equivocarse nunca la letra.

Gitano, ya estás otra vez con tu gente, el sanatorio es solo un mal recuerdo. Cuando subas de nuevo a un escenario, los que vamos a necesitar la carpa de oxígeno seremos nosotros. Mientras te esperamos, solo nos queda celebrar y decirte en un susurro, como vos nos enseñaste: “Tengo el vodka cerca de mis labios, y por ti y por mí he de brindar”.

Sábado 11 de enero de 2003.

Dar es dar

Caía la tarde del domingo y, en esa hora tan difícil, León Gieco, Fito Paéz y Juan Carlos Baglietto daban inicio al show que los tuvo como principales protagonistas y que, según palabras de Juan Carr, presidente de la Red Solidaria, logró reunir más de 34 mil litros de leche para los inundados de Santa Fe.

A las seis de la tarde en punto empezaron a sonar los acordes de “El fantasma de Canterville”, y la gente que los oía desde afuera apuraba el paso para conseguir un lugar en las graderías. Los que estaban adentro dejaban lugar y los recibían con ganas de estar juntos. Porque el domingo en Obras hubo necesidad de juntarse, de estar al lado del otro, aunque ese otro estuviera a kilómetros de distancia, húmedo de lágrimas, de agua y de impotencia.

Arriba del escenario tres artistas entregaban lo mejor de sí. Hubo que agregar una segunda función para cubrir las expectativas de una multitud para la que Obras resultó chico.

Por momentos parecía un show de los ochenta, con Baglietto impecable en su guitarra acústica de sonido limpio, y su voz a pleno en las estrofas de “Eclipse de mar”, de Joaquín Sabina, y de “Príncipe del manicomio”, de Adrián Abonizio. Luego, junto a Fito Páez, los dos recordaron los inicios de la trova rosarina e hicieron cantar a toda la gente con temas que están en la memoria colectiva. “Actuar para vivir”, “Mirta, de regreso”, “Las cosas tienen movimiento” fueron coreados por chicos que no habían nacido cuando esas canciones fueron compuestas.

Baglietto estaba feliz al encontrarse con un público diferente al que lo siguió durante sus presentaciones junto a Lito Vitale, y Páez se mostraba eufórico por volver a cantar aquello de “La vida es una moneda” repitiendo “gracias, gracias, gracias...” sobre los aplausos que tardaban en apagarse.

Luego Fito siguió con casi toda su banda y algunos invitados en diferentes canciones: Rubén Goldín y Fabiana Cantilo –con vestido folk onda Joni Mitchell–, que se dio el gusto de cantar “Nada es para siempre”, coreada por todo el estadio.

El rosarino no se quería ir y nadie quería que se fuera. Así desgranó “Dar es dar” y “A rodar la vida”, hasta que llamó al escenario a Liliana Herrero y juntos hicieron una versión bluseada de “Vengo a ofrecer mi corazón”, donde Guillermo Vadalá hizo hablar a su bajo mientras el silencio emocionado del público convertía Obras en un templo cálido y solidario.

Seguía la ovación que los despedía cuando apareció León junto a toda su banda. El Quijote de guitarra y armónica, amado por miles que ven en él el ejemplo de entrega, compromiso y honestidad que, de tenerlo algún político, se hubiera evitado el motivo del festival.

Largó con “La Memoria” y el silencio solemne de todos explotó en una ovación cuando sonaban los últimos acordes. Siguió con sus temas de *Bandidos rurales*, agregó “Los Salieris de Charly” y provocó el primer pogo de la tarde con “Pensar en nada”, donde casi no tuvo que cantar: el público lo hacía

por él a voz en cuello. Siguió con “Ojo con los Orozco” y ya sobre el final, y con todos en el escenario, se pudo escuchar de nuevo una impresionante versión de “La cigarra”, el tema de María Elena Walsh que León hacía mucho tiempo no tocaba en vivo.

Algunos recordaron aquel concierto junto a Pete Seeger, donde ambos versionaron esa canción inolvidable, y al músico norteamericano, otro abanderado de las causas nobles, le temblaba la voz al frasear: “Tantas veces me mataron, tantas desaparecí, sin embargo estoy aquí resucitando...”.

Moría la tarde del domingo y se venía la segunda función. Con “La mamá de Jimmy”, “Rutas argentinas” y “La rata Laly”, el final fue a todo rocanrol.

Como en las marchas por los derechos humanos estaban ahí los de 20 años o menos, también los de 40 o más. Estaban León, Fito y Juan. Como diría Pinti: “Pasan los años, pasan los gobiernos/ los radicales y los peronistas/ pasan veranos, pasan inviernos/ quedan los artistas...”.

Y mientras el Lole Reutemann, como el viejo Matías, solo murmura cosas incoherentes, la gente y los artistas tienden su ayuda solidaria hasta que retrocedan las aguas.

Martes 13 de mayo de 2003.

Uno para todos

La vista no alcanzaba para abarcar tantas caras conocidas. CAPIF (la cámara que reúne a los sellos discográficos) otorgó por primera vez el premio a la Personalidad del Año y el elegido fue León Gieco. El que crea que en este país no existe la justicia tiene un motivo para no abandonar del todo las esperanzas.

El festejo fue en el Piazzolla Tango y parecía un cumpleaños familiar. Lalo Mir captó rápido el clima y, cuando empezaba la cena, tomó el micrófono para llamar a León al escenario y recordarle que iba a ser premiado y que tenía que decir unas palabras.

Gieco sacó una hoja del bolsillo y se puso a enumerar los proyectos que tiene para este año. Mencionó tantas actuaciones a beneficio que parece Pete Seeger, uno de sus ídolos y padre del folk norteamericano, que desde hace años no cobra las entradas a sus shows. Va a tocar aquí, allá y en todas partes, en comedores populares, comunidades indígenas, escuelas, hospitales públicos y fábricas recuperadas. Allí donde haga falta plantar una bandera o poner el hombro sonará su armónica y su clásica guitarra fileteada.

También anunció un disco nuevo que seguirá este año a *Bandidos rurales*, “para dejar tranquilo a Alejandro Varela”, gerente de la EMI, como bromeó Gieco desde el escenario.

La cena avanzaba y los invitados intercambiaban lugares, hasta que llegó la primera sorpresa. Se corrió el telón y aparecieron Liliana Herrero, Andrés Giménez y Abel Pintos para hacer una versión de “Cinco siglos igual” que hizo enmudecer al salón. Siguió un video con la vida de Gieco; desde el bebé con rulitos a éste de hoy, pasando por el de pelo largo, jeans y botas texanas de la tapa de su primer vinilo. El de tapa amarilla editado en 1973, que traía temas, que fueron hits, “Hombres de hierro”, “En el país de la libertad” y algunas joyas menos conocidas como “Soles grises, mares rojos” y “La colina sobre el terciopelo”. El video, musicalizado con un tema suyo (“sin querer, la vida y yo llegamos hasta aquí”), es un prolijo repaso de su carrera.

Luego Gustavo Santaolalla se trepó al escenario para hacer a dúo con Gieco un tema de Leda Valladares que sonó como si lo hubieran ensayado toda la vida. Gustavo, además, recordó sus inicios como productor en el proyecto *De Ushuaia a La Quiaca*. Alejandra, su mujer y fotógrafa de aquella gira, mira con nostalgia y prepara su cámara para llevarse el recuerdo de esa noche fantástica.

Lalo Mir prepara el premio, una escultura de Pujía, y llama al ministro de Educación, Daniel Filmus –uno de los pocos políticos al que León nombra en sus recitales–, para que se lo entregue. Filmus sube, habla y trastabilla con las palabras porque está tan emocionado como los otros cuatrocientos que estamos ahí.

La escultura va de mano en mano porque todos quieren mirarla, hasta que vuelve a manos de León, quien baja la vista hasta la cabecera de la mesa principal buscando a Alicia Sherman, mujer blindada, su compañera de toda la vida, con quien se encontró en la Plaza un 25 de mayo camporista y está a su lado desde entonces. Treinta años donde pasó de todo. Éxitos, prohibiciones, persecuciones, exilio, regreso y ahora la estatuilla. Todo en manos de esa mujer de perfil bajo y convicciones firmes.

Las nietas de Gieco corretean por la sala mientras su mamá, Liza, las persigue sin alcanzarlas. León acaba de recordar a dos amigos que ya no están y que lo acompañaron hasta el último día. Su manager Pity Iñurriagarro y su guitarrista Eduardo Rogatti.

Ya había subido la Bersuit para hacer delirar a todos con una potente versión de “Pensar en nada”, cuando llegó Charly García. Solo y discreto, se fue a sentar a la mesa donde León tomaba unos vinos. Abrazo de Charly “al Maestro”, y cuando Alicia le preguntó si iba a tocar, no se lo hizo repetir: “Si León me lo pide...”.

Y ahora sí se termina porque están zapando todos juntos, un súper grupo que hubiera sido el sueño de cualquier productor. Todos esos monstruos tocando para el Rey León: Alejandro Lerner, Víctor Heredia, Gustavo Cordera, Gustavo Santaolalla, Aníbal Forcada y el gran Charly García en los teclados. Va “La colina de la vida” y amagan irse, pero no; vuelven. Y con “El fantasma de Canterville” ya todo es luces, aplausos y helados derretidos. Nadie quiere perderse detalle.

Gieco programa nuevas actuaciones solidarias con algunos de los presentes. Suma proyectos y despliega nuevas ideas como si fueran las doce del mediodía y se acabara de levantar. El tipo de Cañada Rosquín que un día vibró con Dylan y lloró como un chico cuando escuchó “Hombres de hierro” en la radio de un taxi que lo llevaba a su pensión, se va a su casa con el premio.

Gieco suele decir que no usa celular ni contesta mails. Sencillamente está. Cuando lo llaman está. Con su cuerpo, con su voz y con su música, como estará el 24 frente a la ESMA, cuando ese centro del horror sea convertido en Museo de la Memoria y 30.000 pares de oídos, desde quién sabe dónde, lo escucharán agradecidos.

Jueves 18 de marzo de 2004.

Belleza y felicidad

Al comenzar su último show en el Teatro Ateneo, Fito Páez anunció que convertirá ese espectáculo en disco. Una gran noticia para los que no hayan ido a verlo, así podrán escuchar la memorable actuación del rosarino.

Que Gerardo Gandini tiene ganado un lugar entre los grandes no es algo para descubrir ahora. Tampoco que Páez, a esta altura, es tan porteño como las veredas de la calle Corrientes, pero verlos a ambos interpretando “Los mareados” asombra, reconforta y divierte.

El show de Fito, aunque la gente pedía más, duró lo necesario para enterarse de que la orquesta de cuerdas de Gandini es una compañía ideal y que Fito solo, con guitarra o al piano, es igual de solvente.

Se dio el lujo de cantar un tango, pero antes y después recreó un repertorio de temas propios y ajenos que suenan tan eternos como nuevos en sus arreglos. Quienes están acostumbrados a escuchar “Al lado del camino” en su versión grabada,

lo vieron enfrentar el micrófono solo con su guitarrón, y se encontraron con una versión más dylaniana que nunca. Antes había hecho “Bello abril”, de su disco *Naturaleza sangre*. Con esa canción de fondo cualquiera podía soñar que el mes que viene será de maravillas.

No vale la pena detenerse en todos los temas, porque fueron una seguidilla que rozaba la perfección. Se sabe lo que suena “Mariposa tecknicolor”, o lo que dice, si uno le da bolilla a la letra y puede despegarse de la melodía, o la fuerza de “Dar es dar”, que cerró el concierto con Fito al piano.

También hizo “Un vestido y un amor”, “Carabelas nada”, “11 y 6”, “Parte del aire”. Un paseo por todos sus discos en versiones increíbles, por la fuerza con la que sonaron a pesar del formato acústico del show. “Tumbas de la gloria” y “Ciudad de pobres corazones” pusieron a la gente de pie, mientras Páez transpiraba y Vadálá pulsaba ese bajo que parece pegado a la garganta del cantante.

Hubo lugar además para los temas nuevos. Uno, “Te aliviará”, ya tiene destino de clásico, con Fito al piano. Luego rindió tributo a sus “maestros” e hizo “El otro cambio, los que se fueron”, de Litto Nebbia, al que llamó “inventor de todo esto, pero del rock en serio, y no toda esa onda latina”.

Parado ante el micrófono cantó “Muchacha” y también se acordó de Calamaro –“que por suerte anda otra vez por el barrio”, dijo, antes de arrancar con “Flaca”–. Luego “Canción para mi muerte”, un homenaje a Charly y a Nito Mestre.

La gente no se quería ir y Fito no volvía porque ya había hecho los bisés y estaba tirado en los camarines, borracho de música y de alegría. Fito entregó belleza y se llevó felicidad.

Sábado 26 de marzo de 2005.



Ayer nomás

Promediaba el concierto cuando Litto Nebbia y el repatriado Kay Galiffi quedaron solos en el escenario. Litto, que había dejado la guitarra para ponerse atrás del teclado, anuncia que harán un tema acústico, “como le dicen ahora, porque antes hubiéramos dicho solo que íbamos a hacer un tema”, y arrancan los acordes de “Los payasos no saben reír”, un clásico del segundo de sus discos de estudio, grabado a principios de 1968. En el teatro todos callan y la ovación final corona el apretón de manos de Galiffi y Nebbia. Entre esos dos brazos extendidos cruzan más de treinta años de ausencia y el ayer es hoy, porque ambos saben que están sonando de puta madre y que la versión del tema que acaban de hacer es notablemente superior a la que grabaron en el pasado.

En el comienzo del show, un Litto Nebbia muy sobrio había anunciado que Los Gatos, como tales, grabaron sesenta y seis temas, de los cuales ellos iban a tocar treinta esa noche. Primeros silbidos de los fans que querían escuchar los sesenta

y seis y, de yapa, algún estreno. Una sonrisa grande como su bajo se dibujó en la cara de Alfredo Toth, otro de Los Gatos originales y hoy productor y fundador del grupo GIT.

Los Gatos arrancaron el show con “Lágrimas de María”, un clásico de su cuarto disco, *Beat N° 1*, grabado entre el 69 y el 70. Galiffi había cambiado la banda por las caderas de una garota, se perdió en Brasil durante treinta y siete años y fue reemplazado por Pappo Napolitano en la guitarra eléctrica.

Muchos de los presentes habrán recordado a un Litto Nebbia de pelo largo, totalmente vestido de blanco, con un micrófono en cada mano (toda una innovación para la época) y su pose característica con un pie adelantado, moviéndose hacia adelante y hacia atrás y girando la cabeza a un lado y otro mientras fraseaba ese tema. Eran los carnavales del 70 y podía ser en el Club Gimnasia y Esgrima o en San Lorenzo, cuando peleaban cartel con el mismísimo Sandro.

Litto terminó el tema y presentó la banda: aplausos para cada uno y un clima respetuoso que se rompe porque Litto no nombra a Pappo y la gente se lo recuerda a gritos: “Luego, luego –dice Litto–, acuérdense de que esto va a durar más de dos horas”.

Los Gatos van recorriendo un repertorio que todos conocen pero que nadie se atreve a cantar con ellos. La platea está en silencio y algunos ojos están nublados, cabe decir que casi todos tienen más de 40 años, mucho traje y corbata, mucho clima de ir directamente de la oficina al teatro y una nostalgia que no es alimentada desde el escenario.

Litto se limita a dar breves explicaciones sobre algunas de las canciones y solo hace una intervención más larga para contar los futuros planes de la banda, mientras Toth afina su bajo. Gira por el interior, nuevo disco con nuevos temas hacia fin de año y la edición de un DVD con los shows en vivo que su hija Miranda (aquella a quien le dedicó el hermosísimo tema “Hija”, en su CD solista *Seguro*) se está encargando de filmar.



Su otra intervención se da para homenajear a Lalo de los Santos, músico y poeta de la trova rosarina, muerto en marzo de 2001 y compinche de tantas noches de bares y cervezas. Al homenaje se suma Fito Páez y el escenario es una canallada.

Los Gatos se tocan todo. Ciro pasa el concierto parado atrás de su Hammond. Su sonido es tan personal e inconfundible como la guitarra de Keith Richards. Uno de los pocos chicos de la platea, que debe tener 12 años, le dice a su papá: “Pá, ese órgano suena como el de una iglesia”. El pibe tiene un oído bárbaro porque es verdad, Ciro toca rock y en su órgano ésa es música sagrada.

Al fondo está Rodolfo García, ex Almendra, que reivindica a los melenudos. Su pelo es casi blanco y le llega hasta los hombros, a diferencia de las relucientes calvas de Nebbia y Galiffi.

Rodolfo reemplaza a Moro (junto a Daniel Colombres, ex Suéter), y tiene el privilegio de haber participado en dos reuniones históricas: volvió con Aquelarre hace unos años en el Astral, y ahora salta del banco de suplentes para reemplazar a Moro que aplaude desde arriba. O desde abajo.

Es tan bueno el sonido que García, desde atrás de todo, agita su pandereta y se escucha hasta en la última fila. Son dos bateros que no pifian un solo golpe ni se enciman. Cada uno cumple lo suyo con precisión abrumadora.

Colombres toca batería y García diferentes percusiones. En la versión de “Fuera de la ley” mete tumbadoras, y al tema “Escúchame, alúmbrame”, Rodolfo lo enriquece con dos “tontones”. Moro, en su momento, con esa misma canción se animó a usar dos bombos de pie en su batería, un invento del recordado grupo Steppenwolf.

El repertorio es exquisito y los arreglos respetan las versiones originales. Litto no comete ninguno de los tics que le critican sus detractores: su voz está nueva, su dicción es perfecta y sus intervenciones discretas, el protagonismo es de todos.

Pasan “Sueña y corre”, “Soy de cualquier lugar”, “Fuera de la ley”, “Los días de Actemio”, “Mujer de carbón”, “Rock de la mujer perdida” (ahora sí, Litto recuerda a Pappo y el Rex estalla con el aplauso), “Esperando a Dios”, “Yo vivía en las montañas” (un tema que suena más folk que nunca), “La chica del paraguas”, “Seremos amigos”, “Madre escúchame” y una bossita que se llama “Donde está esa promesa” y que termina de demostrar que estos músicos son sabios. Los años se notan en sus calvas y en sus abdómenes, pero más aún en la calidad de su música.

Se acerca el final, parte de la gente amaga con acercarse al escenario pero una seguridad demasiado estricta para mayores de 40, que muy lejos están del pogo, se lo impide. Vuelve Fito al escenario y hacen “La balsa”, ahora sí coreada por todos, igual que “Ayer nomás”, de Moris y Pipo Lernoud, que es otro de los que miran y aplauden en la platea.

León Gioco está parado cantando como uno más y Alicia, su mujer, baila a su lado. Ambos eligieron este show para festejar el cumpleaños de su hija Johana, que hizo un alto en sus actuaciones junto al grupo Rataplán, y recibe sus 25 años viendo por primera vez en vivo el grupo que papá León le hiciera escuchar tantas veces en los viejos discos de vinilo.

Termina el concierto y uno termina de entender por qué músicos veinte años más jóvenes, como Andrés Calamaro, homenajean a Nebbia y se pelean por grabar con él.

Hace cuarenta años y de la mano de estos Gatos, nació el rock en castellano. Hoy lo seguimos festejando.

Sábado 25 de agosto de 2007.

Dame el fuego

Ya estabas mal, casi agonizando, el jueves pasado, cuando pasé por Almagro para saludar a “Porota”, la vecina de mi infancia, madre de mis amigas Carmen y Gina, con quienes compartí bailes y salidas junto a una banda de chicas y chicos del barrio.

“Porota” tiene 85 años, algunas arrugas, más de un infarto, pero las ganas intactas de seguir amasando los raviolos en el patio de su casa de toda la vida. Esa noche festejaba la llegada del Año Nuevo junto a su familia y a todos los que fueran llegando para sumarse al brindis.

Cuando toqué el timbre, “Porota” se asomó por la ventana: “Ah, nene, sos vos, qué suerte que viniste, ¿cómo está Roberto?”, me preguntó antes de abrirme la puerta. Para ella, los que trabajan en los diarios lo saben todo, y yo sabía que el Roberto por el que preguntaba era el único Roberto del mundo: Sandro.

Porque siempre estuviste en ese patio de Yatay y Cangallo, en los bailes que Carmen y Gina organizaban y en los que

se bailaba rock con Sandro, pero también se apretaba con sus baladas mientras “Porota” vigilaba que no se nos fuera la mano, literalmente, con las chicas. Ella se sumaba en “los lentos” con Don Jorge, su marido, que le susurraba al oído las letras que vos cantabas desde el flamante Wincofón.

En esos carnavales del 69 todavía se jugaba con agua en la calle, y la guerra de baldazos terminaba a tiempo para cambiarnos la ropa y volver a reunirnos en la esquina y tomar el 15 para ir juntos a los bailes de San Lorenzo o a los de GEBA.

Entre mi colección de vinilos empezaban a mezclarse los tuyos con los de Almendra, Vox Dei, Moris, Los Gatos y Manal, y empezaba también la división entre los amigos: los que te defendimos siempre y los que se abrieron cuando cambiaste el traje de Elvis por el smoking y las baladas.

“Quiero llenarme de ti” fue el punto de inflexión donde la fracción ultra te estigmatizó. Igual te diste el lujo de editar en el 71 ese disco con tapa roja desplegable, ropa de cuero al cuerpo, brazos cruzados y esa mirada arrogante que te definía. Ahí quedó claro por qué se podía amar a Spinetta y a vos, a Litto y a vos, a Soulé y a vos, a Moris y a vos. Solo bastaba con pasar la púa de un surco a otro. “Dame el fuego”, “Es el amante”, “Cómo te diré”, “Yo soy Gitano” y otras que se sumaron a las que habías incluido en tu disco del 70, *Muchacho*: “Trigal”, “Te propongo”, “Se te nota”, “La vida sigue igual”.

Los ultras seguirían en la suya pero la discusión perdía sentido: estaban las canciones.

“Después crecimos y nos fuimos del barrio”, cantaba Moris. La banda de chicos se dispersó y tus discos los perdí en algún allanamiento porque los milicos también eran tus fans. Con el tiempo los fui recuperando. En el Parque Rivadavia o en alguna “cueva” de Corrientes los compré pensando que eran los míos, y los sigo escuchando como tales: rayados, picados, golpeados, como quedamos todos desde entonces.

Te vi por última vez en tus shows del Gran Rex. Nora Lafón me llamó para decirme que era tu invitado. Fui con Laura, mi

mujer, y al final del show nos recibiste en el camarín. Estabas exhausto pero feliz, aunque respirabas ayudado por el oxígeno que nunca escondiste. Nos abrazamos como viejos amigos, eso éramos. Por pudor no te pedí que te sacaras una foto conmigo; no sabés cuánto lo lamento. Y aunque la estética de esos shows ya era muy diferente, tu voz y tu carcajada conmovían como siempre.

No seguí tu enfermedad día a día y en los últimos tiempos te escuché a coro con Susana Giménez pidiendo mayores penas y mano dura. Preferí subir el volumen de la música para que tus canciones taparan tus declaraciones.

Aún no lo convencí a Joaquín, mi hijo, de que sos un fenómeno, pero al menos ya toca “Dame el fuego” en su guitarra y, cuando le insisto, me la concede.

Miércoles 6 de enero de 2010.

Pero un día se marchó

Mi mamá solía cantar en el patio de mi casa uno de sus temas “para grandes”. La canción se llamaba “Barco quieto” y trataba de impedir una separación con palabras tan hermosas que quien pensara en marcharse probablemente abandonara la idea: “No te vayas/ te lo pido/ de esta casa nuestra/ donde hemos vivido”. Con el tiempo fui aprendiendo de memoria cada una de sus canciones y cuando olvidaba alguna de sus letras, Paula y Jorge se encargaban de recordármelas.

Sus libros están ordenados en los estantes de la biblioteca de casa y Laura, mi mujer, siempre se negó a deshacerse de ellos, aunque fueran ediciones gastadas por el uso, el exilio y el paso del tiempo. Cuando nació Joaquín, nuestro tercer hijo, con diecisiete y veintiún años de diferencia con sus hermanos, tuvimos nuevamente una “excusa” para renovar el rito. Viejas y nuevas ediciones se juntaron entonces en nuestra casa, ese barco quieto que resistió muchas tempestades.

Entre los 4 y los 9 años de Joaquín los viajes de vacaciones a la Costa se hicieron disfrutando las canciones de María Elena. Nuestro hijo, estimulado por todos los que lo rodeaban, se copaba con ella y era imposible que escuchara otra cosa. Finalmente, inventamos que las canciones no podían ser pasadas más de tres veces porque se borraban del disco. Ante la duda, Joaquín prefirió no arriesgarse y se resignó a poner “solo” tres veces cada una. Pero ni una menos.

Hoy escucha con el mismo placer AC/DC, Beatles, Green Day, Babasónicos o León, pero siempre encuentra un lugarcito para que María Elena se cuele por los parlantes del auto o de casa.

Nunca nos pusimos de acuerdo sobre quién versiona mejor “La cigarra”, si Mercedes Sosa, la propia María Elena o León Gieco, pero al menos coincidimos en que ese tema eriza la piel y que es la canción más bella que se haya escrito sobre la resistencia a la dictadura.

Tuve el privilegio de tener a María Elena cerca los últimos quince años, cuando este diario empezó a publicar algunas de sus obras. La primera fue la enciclopedia *Veo Veo*, cinco tomos en el formato de fascículos que hicieron agotar las ediciones de *Página/12* de los días miércoles. Luego vinieron los discos con sus canciones y los famosos *Cuentopos*. A María Elena le encantaron los dibujos que acompañaban los CD y que fueron obra de la ilustradora Alina Cazes, y con ellos empezó su trabajo en el diario.

Nos vimos por última vez en la presentación que la editorial Alfaguara hizo de las reediciones de *Doña Disparate y Bambuco* y de sus *Canciones para mirar*. Fue en el Círculo Italiano y logré “colar” a Joaquín, para envidia de muchos, que prefirieron respetar la prohibición sobre la asistencia de niños. La editorial y la propia María Elena así lo habían decidido, para evitar que los mocosos hicieran imposible un acto que no estaba preparado para ellos.

El maestro de ceremonias fue Carlos Ulanovsky, y María Elena, sonriente y majestuosa, entró en su silla de ruedas



ayudada por Ida Suárez, su secretaria y asistente personal. Ulanovsky reseñó su trayectoria, y luego Jairo contó la historia del tema que cantaría después: “El valle y el volcán”. Yo, que creía saberlo todo de ella, tuve una pequeña decepción. Acababa de enterarme que esa canción, que tantas veces silbé sin darme cuenta, también era de su autoría.

Jairo contó que estaba en España recién llegado y que deambulaba por Madrid con la letra de una canción en el bolsillo a la que no terminaba de encontrarle una melodía. Finalmente se decidió y fue a tocar el timbre del departamento donde María Elena vivía su autoexilio. Subió, le dio la letra y ella le dijo que volviera en unas horas. Cuando regresó y ella entonó la música que había compuesto, supo que tenía un hit entre sus manos. “Para decirle al dolor/ que ya no vuelva más/ somos dos, somos dos”, dice el estribillo que recorrió el mundo y que le abrió a Jairo las puertas de España.

Luego vino el brindis y Joaquín obtuvo uno de sus trofeos más queridos: dos fotos con ella. Como en la primera María Elena tenía puestos los anteojos y no le gustó, pidió que les tomaran otra. Se sacó los anteojos, y su sonrisa junto a la de Joaco iluminan hoy la pared del cuarto de mi hijo.

“El país del no me acuerdo” no la olvidará jamás.

Martes 11 de enero de 2011.

El soplido de un duende

Ha tenido críticas que impresionan en los más importantes medios del mundo. *Libération* dijo de él que era “la única estrella interplanetaria de la gaita” y *The Times* que “es el más brillante ejecutante de instrumentos de viento que jamás haya existido”. Sin embargo, recién ahora y luego de cinco discos editados, comienza a ser conocido entre nosotros. Su bautismo en la Argentina fue de la mano de León Gieco, hace ya algunos años, cuando tocó junto a él una versión en vivo del tema “De igual a igual”. Aquella noche en el Luna Park, Núñez bordó alrededor de la canción una melodía con su flauta, para delicia del público y del propio León, que sonreía a su lado, entre incrédulo y maravillado.

Antes y después de eso Núñez vino varias veces, pero su presencia solo fue advertida por algunos cientos de iniciados en la música celta, que lo acompañaron en sus presentaciones junto a miembros de las comunidades gallega, escocesa o irlandesa afincados acá desde hace años. Pero la voz se fue corriendo

y cada vez son más los que lo siguen. El sábado pasado ofreció dos funciones en el auditorio de Belgrano y cuatro mil personas agotaron las entradas. Vino a presentar su último disco doble, *Discover*, donde grabó nuevas y viejas canciones y en el que participan muchos de sus amigos del mundo: Luz Casal, Ry Cooder, León Gieco, Carlinhos Brown, The Chieftains, Lenine, Rodger Hodson, Sinéad O'Connor, por nombrar solo algunos.

Carlos Núñez tiene 42 años, es menudo como un soplo, diría Serrat, pero el gran soplo que sale de sus pulmones es capaz de hacer vibrar el alma de cualquiera que ame la música en su sentido más amplio. No solo la música celta. La noche del sábado lo acompañó un trío con Pancho Álvarez en “viola caipira” (un instrumento de origen brasileño, parecido a la guitarra y con diez cuerdas metálicas), Xurxo Núñez, hermano de Carlos, en percusión, y Jon Pilatzke en violín y zapateo. Es una banda fenomenal y los cuatro en escena son una fiesta que tiene mucho que ver con el rocanrol.

Pancho es el de perfil más tranquilo. Su bouzouki suena con la delicadeza que hace falta para bajar los decibeles, y armoniza con su voz a este cuarteto explosivo. Xurxo es un percusionista raro. Se para al lado de Carlos en varias partes del espectáculo, y toca todo, todo, lo que puede hacer algún ruido: marimbas, vibráfono, bombos, tambores y también le pega con los palos de la batería a un “anvil” (los baúles que usan los músicos para transportar los instrumentos), y el baúl suena como timbales, como castañuelas, como bombo, como redoblante y como todo lo que necesite Xurxo, que además tiene una simpatía poco común en percusionistas.

Jon Pilatzke es el violinista de los Chieftains, una de las bandas más famosas de música celta del mundo. Un animal de escena: el tipo está loco, pero loco, loco. O sea que es un genio. ¿Cuántas veces vimos aquí zapatear a alguien que no sea gaucho o folklorista? Este es un violinista súper eléctrico y un zapateador que también parece enchufado a “dosveinte”. Es canadiense, un muñeco flaco, alto, desgarbado, con movi-

mientos espásticos y la suma de adrenalina que potencia la de Núñez. El que asociaba el violín solo con la música clásica se da cuenta de que vivió engañado.

La banda toca algunos clásicos (Aranjuez, el Bolero de Ravel), pero sobre todo música celta, folk irlandés, “flamenco country”, música tradicional de Galicia y fusión con sonos cubanos, guajiras mexicanas y bossa brasileña. Hacen de todo y lo hacen fantástico. Carlos Núñez no camina el escenario, se desliza. No pisa con toda la suela, pone primero el taco de su zapato, luego la planta y por último la punta. Parece un cisne frágil, elegante, casi un duende. Saca el aire no se sabe de dónde, porque es flaquito, y empuña la gaita como si fuera una guitarra eléctrica. De repente suena una flauta dulce, una travesa, o una ocarina. Mueve sus dedos a toda velocidad, mete mil acordes por segundo, tapa y destapa los agujeritos de su flauta con una habilidad y una rapidez que le dan la razón a la revista *Billboard*, que lo llamó “el Jimi Hendrix de la flauta”.

Al final los tres se paran al borde del escenario, mientras Xurxo, desde atrás, arremete con sus bombos, Jon se arrodilla sacudiendo su violín y su melena desordenada para que los fans de la primera fila saquen fotos, Pancho Álvarez con su guitarra es una fina estampa, y Núñez con su gaita como una Strato, son Ron Wood, Keith Richards y Mick Jagger. Sí, sí: son los Stones.

En el final, desde el fondo del teatro aparecen catorce gaiteros, hombres y mujeres de las comunidades que visten sus trajes típicos. Todo parece venirse abajo. Carlos invita a la gente a subir y el público lo rodea emocionado. Bailan alrededor de él, que sigue con su flauta, con su gaita, y si le dan un silbato seguro que también en sus labios suena armónico. El show se termina, y la posibilidad de un pronto retorno de la banda a algún teatro céntrico, o el bautismo en el Luna Park, queda ahí, como su flauta, soplando en el viento.

Miércoles 25 de septiembre de 2013.

Las siete vidas del gato

El sábado, Cat Stevens, ahora Yusuf Islam, cantó en el Luna Park. Su conversión al islamismo es relatada por él mismo en un DVD imperdible que se llama *Yusuf's Cafe*, editado en 2007, cuando decidió retornar a la música luego de más de veinticinco años de ausencia.

La gira que lo trajo se llama *Peace Train*, igual que su famoso tema incluido en el disco *Teaser and the Firecat*, de fines de los sesenta, cuando su voz se escuchaba en casi todas las radios londinenses y cientos de fans se juntaban en la puerta de la casa de sus padres, donde seguía viviendo a pesar de que ya era un músico muy famoso, para escuchar las melodías que componía en su cuarto, con la ventana abierta a la calle.

Años atrás lavaba platos en el restaurante que su padre tenía en el Soho londinense, donde trabajaba junto a sus hermanos. De la mano de uno de ellos, Cat (que debe su apodo a una novia: “Tus ojos son los de un gato”, le decía) hizo sus

primeros shows en pequeños bares, hasta que de golpe llegó la fama. Con ella, miles de discos vendidos, chicas, drogas, alcohol y una gira junto a Engelbert Humperdinck y Jimi Hendrix que lo dejó con tuberculosis y un año de cama, fuera de los escenarios.

Ya no podría subir más al altillo de la tienda donde compró sus primeras guitarras, su refugio de los primeros años para huir de los ruidos interiores y exteriores que lo rodeaban: “Desde ese altillo veía el cielo y era mi vía de escape hacia mundos más elevados”, suele recordar Stevens.

Cuando volvió de su enfermedad, era otro: en su look, en su mente, en las letras de sus canciones y en sus melodías, que se volvieron más dulzanas e intimistas. Grabó el álbum que compraron hasta sus detractores y cuyas canciones cantan hasta quienes ni saben de su existencia. Era el principio de los setenta y *Tea for the Tillerman* batió records de venta en todo el mundo. Cat no recuerda con alegría aquella época: “La paradoja es que, aunque me sentía muy cerca de mi público, luego de los conciertos salía rodeado de guardaespaldas. Yo quería estar con la gente, pero me separaban de ella y me quedaba solo”.

Hasta que en 1973 no pudo más con las presiones –y también con los impuestos, como él mismo reconoce–, y se fue a Brasil, donde vivió seis años con escasa exposición, presentándose en pequeños espacios, escuchando música y disfrutando de su admirada Nina Simone, con quien cantó en un par de oportunidades.

En uno de sus regresos a Estados Unidos, en 1979, ocurrió el episodio que lo marcó para siempre. Nadaba en Malibú, una playa solitaria de Los Angeles, cuando sintió que perdía fuerzas y se ahogaba: “Estaba en el mar y de repente perdí el control. Pero sentí que había alguien conmigo. Llamé a ese alguien, dije ‘Dios, si me salvás, trabajaré siempre para vos’”. En ese momento una ola gigante lo empujó a la playa y lo dejó en la arena.

Poco después, su hermano le acercó el Corán, que leyó durante un par de años, hasta que se sintió musulmán y decidió abandonar la música y todo lo que tuviera que ver con ella. El 22 de noviembre de 1979 dio su último show y se despidió: “Solo tenemos una vida y hemos de aprovecharla al máximo. Encontrarás tu camino y cuando lo encuentres, no dudes”. Cat Stevens ya era Yusuf Islam.

Dejó todo cuando estaba en lo más alto de su carrera y, si bien el Corán no prohíbe la música, prefirió alejarse “de la fama, de la vanidad, del dinero, del poder y de todo lo que puede enfermar el alma”. Se dedicó a estudiar los libros sagrados, a dar conferencias, a la educación. Se casó con una mujer musulmana, tuvo cinco hijos, cuatro mujeres y un varón. Invirtió regalías en la fundación de escuelas y recorrió el mundo con mensajes de paz dichos en foros internacionales.

Fue galardonado con el Premio Europeo por la Paz, seleccionado por todos los premios Nobel, y perseguido por la CIA, que en 2004 le negó la entrada a Estados Unidos y lo deportó luego de detenerlo durante dos días. Así pagaba Yusuf las consecuencias del 11 de septiembre.

Antes había luchado por la causa musulmana en la guerra de Bosnia y eso lo acercó de nuevo a la música, por su colaboración con una canción casi hablada (solo como fondo suenan tambores) mientras Yusuf recita: “Han matado a todos los niños/ mientras aún sonreían/ con las armas y la furia/ acababan con vidas jóvenes/ ya no reirán/ nunca más serán niños/ han matado a todos los niños/ mientras aún sonreían/ ahora los entierran/ en tumbas profundas/ para que el mundo no vea/ así esta noche podemos dormir tranquilos”.

Pasaron algunos años hasta que volvió a empuñar un instrumento: “Un día, mi hijo llegó con una guitarra a casa y la dejó sobre el sofá. Algo me llevó a agarrarla y al poner los dedos en las cuerdas me di cuenta de que recordaba los acordes de memoria. Me dieron ganas de cantar y lo hice; ahí, en ese sofá, solo, canté y canté aquellas viejas canciones mías”.

Esa historia y esas canciones llegaron el sábado al Luna Park. Con sus guitarras acústicas, su voz cálida, su decir limpio y su impecable banda. Ni exagera ni predica, solo cuenta, entre canción y canción, cómo fueron escritas y traduce alguna que otra letra.

Cantó las más conocidas y las que nadie sabía. Se sentó al piano, cambió varias veces de guitarra, se subió los pantalones que se le caían “porque me olvidé el cinturón”, saludó con los dedos en “V”, contó cómo compuso la música para la película de Steve Jobs, lamentó la ausencia de sus rulos de entonces, se fue y volvió dos veces al escenario. Cerró con “Wild World” y tuvo un coro de miles, entre ellos León Gieco, Nito Mestre y Kevin Johansen, que estaban en la platea.

Cuando en 2006 volvió a los escenarios, dijo: “Tal vez sea lo mejor que puedo hacer ahora, porque expresarme con música me resulta mucho más fácil que dar una conferencia. Podés discutir con un filósofo, pero no con una buena canción. Y yo tengo un puñado de buenas canciones”. Sin dudas, las tiene.

Jueves 28 de noviembre de 2013.

Los tiempos están cambiando

En los tempranos sesenta, el nombre de Bob Dylan no era muy conocido por acá. Ni siquiera era un referente para muchos de los músicos que en aquella época daban los primeros pasos del rock nacional. Ni los Beatniks de Moris, ni Los Gatos de Litto Nebbia y mucho menos grupos posteriores como Manal o Almendra lo tenían como inspirador. No era para ellos un desconocido, pero sus ritmos musicales iban para otro lado y preferían identificarse en el sonido Beatle, o de grupos menos conocidos pero notables, como el Spencer Davis Group de Steve Winwood.

Tuvieron que pasar algunos años para que a comienzos de los setenta León Gieco apareciera en los escenarios y encarnara la imagen del cantante solista que con guitarra y armónica cautivaba audiencias, melodías similares a las que Dylan venía curtiendo desde la década anterior.

“Cuando escuché por primera vez ‘Soplando en el viento’ supe definitivamente que yo quería ser como él, como Bob. Me

compré una armónica y compuse ‘Hombres de hierro’, que es un afano grosso de su melodía”, confiesa Gieco y se muere de risa. “Lo que vino después es cosecha propia, pero Dylan fue, es y será mi maestro”, completa.

Incluso algunas de las canciones más conocidas de Bob, como “Mr. Tambourine Man” o “Blowin’ In the Wind” fueron difundidas en nuestro país primero en versiones de otros grupos, como los Byrds o los Hollies, que las interpretaban de una forma más edulcorada y comercial.

Su fraseo tan extraño, su voz nasal y sus melodías por momentos tediosas para los no iniciados, eran indigeribles para los programas radiales de la época, que estaban muy lejos de asimilar la cultura y la poesía beatnik que venía esos años desde el Norte.

Era la época en que se entablaba la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos, cuando Dylan hacía su aparición pública más comprometida, junto a otros artistas como Joan Baez o el trío folk/country de Peter Paul and Mary, músicos que versionaron a Dylan, igual que lo harían tantos otros en todo el planeta a lo largo de los años. Si existiera el Nobel a los músicos más versionados, Bob, sin dudas, también lo hubiera ganado.

Robert Zimmerman, ése es su verdadero nombre, nunca se hizo cargo del lugar en que quisieron ponerlo sus fans, o incluso parte de la industria de la música.

Nunca hizo declaraciones políticas explícitas, nunca lideró movimientos sociales, aunque haya participado de la mencionada marcha o de algunos actos contra la guerra de Vietnam. Quizás su mayor compromiso público haya sido para lograr el indulto al boxeador Rubin Carter, acusado y condenado por un triple asesinato que no había cometido. Dylan le dedicó su tema “Hurricane”, así lo llamaban a Carter, y lo grabó en su álbum *Desire*. La canción acompañó todas las manifestaciones que se hicieron hasta que, en 1985, Rubin “Hurricane” Carter fue declarado inocente y liberado. Su historia fue llevada al cine en 1990 en una película, *Hurricane*, protagoni-



zada por el actor Denzel Washington, y el tema de Dylan es el estribillo que recorre el film.

Casi todas sus declaraciones públicas y sus reportajes fueron decepcionantes para los que querían convertirlo en un líder revolucionario. Dylan nunca les dio el gusto. Hosco, huraño, parco, silencioso, siempre alimentó el mito de su antipatía. Incluso en los escenarios. Jamás un discurso, algunas palabras para comentar un tema, un saludo o una muestra de gratitud o cariño hacia su público. Solo el hechizo de sus canciones, de sus bandas impecables, de su virtuosismo como violero o pianista.

Otros músicos contemporáneos enarbolaron las banderas que él no quiso tomar. Joan Baez o Pete Seeger –quien se peleó con Dylan cuando en 1965 Bob cometió el pecado de electrificar su música– fueron los que encabezaron marchas pacifistas, visitaron Vietnam o sufrieron cárcel, prohibiciones y persecuciones por su compromiso con las causas justas.

Bob Dylan hizo otras revoluciones. Él reflejó como nadie lo que estaba pasando en el mundo a principio de los sesenta. Y advirtió a los padres que conversaran con sus hijos y los comprendieran, o que se apartaran de su camino, porque “los tiempos están cambiando”.

Usó una métrica desigual en sus canciones, no cuidó las formas y cuando ya era un consagrado artista folk, cambió por la guitarra eléctrica, grabó el álbum *Highway 61 Revisited*, y metió uno de los temas más excitantes de la historia del rocanrol, “Like a Rolling Stone”: “Como se siente/ como se siente/ estar sin hogar/ como una completa desconocida/ como una piedra que rueda”.

Poco o nada de todo esto se sabía en la Argentina de los sesenta, y luego el Onganiato se encargaría de silenciar más las voces y las publicaciones que llevaban la música, la poesía y la literatura a los terrenos del compromiso.

Los setenta fueron otra cosa. La llegada de la democracia alimentó la avidez por la política y la voluntad transfor-

madora. El rock nacional encontró más canales de difusión y artistas de distintas corrientes empezaron a nombrar y reconocer a Dylan como uno de sus referentes. Hasta que la noche negra de la dictadura de Videla tiñó todo nuevamente de muerte y oscuridad.

Los ochenta fueron un paréntesis demasiado largo para la música folk en la Argentina, y en los noventa, Andrés Calamaro se mimetizó tanto con Bob, que en la foto de tapa de su CD *Alta suciedad* parece un clon de su ídolo.

Los discos de Dylan seguirán sin enamorar a los que tienen una aproximación lateral al rock. Ellos solo podrán disfrutar, a lo sumo, de alguna recopilación con “grandes éxitos”. La música de Dylan no es para consumo masivo, sus cánones no siguen los ritmos fáciles ni las melodías pegadizas. Él no está para eso.

Sus letras, en cambio, las que acaba de premiar la Academia Sueca, podrán disfrutarse masivamente. Nadie puede permanecer indiferente ante versos como éstos: “¿Cuántos caminos una persona debe caminar/ antes de que lo llames hombre?/ ¿Cuántos mares una paloma blanca debe navegar/ antes de que duerma en la arena?/ ¿Cuánto tiempo tienen que volar las balas del cañón/ antes de que sean prohibidas para siempre?/ La respuesta, mi amigo, está soplando en el viento,/ La respuesta está soplando en el viento”.

Y fueron escritos hace más de cincuenta años.

Viernes 14 de octubre de 2016.

UN MUNDO DE SENSACIONES

Como las tortugas

Quince años es mucho si se trata de permanecer en el mismo trabajo. Al menos para gente como uno y como los lectores de este diario, que se supone son parecidos a uno.

Gente acostumbrada a ir y venir, contraria a los anclajes, a los horarios, a las rutinas. Gente de ida, gente sin vueltas, gente creativa y gente para la cual la vida es un cambio, una revolución permanente, un siempre estar por empezar de nuevo. Gente hecha a los encuentros y desencuentros, a los exilios y desexilios.

Quince años es, para algunos de los que empezaron con el diario, un tercio de su vida, poco más, poco menos. Hay quienes venían de experiencias anteriores, otros eran del oficio y otros solo sabían de diarios que se hacían con papel, tinta, y en una máquina grandota que se llama rotativa.

Nos mirábamos sorprendidos, corríamos de un lado al otro porque en un diario todo tiene que ser rápido, e inven-

tábamos mil razones para apostar al éxito, mientras cruzábamos los dedos para que la utopía no terminara en otra derrota de esas a las que la gente como uno ya está acostumbrada.

Nos encontrábamos con amigos que nos miraban desencajados cuando les contábamos los puestos abandonados para ocupar éstos. Hace quince años, igual que ahora, abandonar lugares o fundar empresas era también una apuesta riesgosa. Un diario progre, pluralista, independiente era directamente suicida.

Como toda historia de vida, ésta no fue un lecho de rosas. Hubo discusiones, diferencias, peleas, amenazas. Hubo bombas, atentados desde sectores oscuros, y discriminación de otros no tan oscuros a los que molestaba el humor, la crítica o la resistencia a las presiones que hacía llegar el poder de turno.

El diario molestaba desde chiquito y, como un hijo no querido, molestaba más a medida que crecía. Primero llegó la salida de los lunes, luego los suplementos, las ediciones especiales, los libros, los fascículos, los CD, los videos, y la magia de todos los días para que los números no fueran rojos en un país que navegaba en la hiperinflación.

La gente como uno ama la política y, a pesar del “que se vayan todos”, piensa que la política es la única herramienta eficaz para hacer más vivible el lugar donde nacimos. La gente como uno vivió de un modo u otro el exilio, la persecución, la cárcel y el dolor de la dictadura, y todos los días pelea contra el desencanto y el cinismo.

Hay cumpleaños que valen la pena. Hace poco las Madres festejaron sus veinticinco años y en octubre lo harán las Abuelas. Este diario festejó con ellas y no hizo falta que las ayudáramos a apagar las velitas. El viento que ellas generan vuela tristezas y enciende esperanzas.

Hay cumpleaños que valen la pena, y no queremos disimular nuestro orgullo y nuestra alegría. Quince años que pasaron demasiado rápido. Las ganas no las perdimos y seguiremos



haciendo magia para que no haya inflaciones, amenazas o crisis capaces de detenernos.

Por única vez, aunque contradiga el ritmo de un diario, seamos lentos como las tortugas y capaces como ellas de festejar quince, treinta, cien, cuatrocientos años.

Domingo 26 de mayo de 2002.

Esta nota fue publicada con el título “Seamos lentos”.

Néstor y uno

Al principio fue difícil. Cuando él hablaba uno no sabía dónde mirarlo. Un ojo enfocaba a un lado y otro al opuesto. Era imposible mirarlo de frente. O se lo miraba a uno o se lo miraba a otro, ambos separados por esa narizota que complicaba aún más el enfoque correcto.

Fueron varios los almuerzos compartidos, cuando él soñaba con la posibilidad de ser candidato en 2007 o recién en 2011. A una de esas reuniones llegó luego de un acto en el Conurbano, y aún aturdido por el fervor que encontraba a su paso, sacó de sus bolsillos los papelitos que le habían dado mientras caminaba fundido con la gente. Los volcó sobre la mesa, eran muchísimos, y eligió uno para ponerlo como ejemplo. El papelito decía: “Néstor, no te mueras nunca”. A ese le fallaste; tal vez no.

Explicaba apasionadamente cómo iba a hacer para renegociar la deuda, para sumar a los movimientos sociales, para estatizar algunas empresas, para aumentar las jubilaciones, para reiniciar los juicios a los genocidas. Y uno pensaba cuántos candidatos ya habían dicho lo mismo para hacer exactamente lo contrario. Pero uno le creía. Un poco nomás, pero le creía.

El tipo se las arreglaba para que uno le arrimara alguna ficha. Quizás por esa forma atrevida con la que hacía sus planteos, quizás porque su estatura obligaba a tener que mirar para arriba hasta encontrarlo, quizás porque uno intuía una audacia superior a la de otros políticos. Este era distinto: más zarpado, más atrevido en los planteos. Desordenado pero coherente, feo pero entrador, irrespetuoso pero simpático.

Cuando se iba, te dejaba discutiendo. “Está medio pirado, pero hacen falta locos así”, rumiaba uno, mientras pensaba la paradoja de creer en la política, y al mismo tiempo desconfiar siempre de todos los políticos.

Es que uno viene de otro palo: de la militancia en organizaciones, no en partidos. De caminar los barrios, las villas, las fábricas, las universidades. Uno viene de la más pura izquierda setentista, y para esa izquierda el peronismo fue la maldición burguesa que impedía la llegada del paraíso socialista. Minga de proyecto nacional, “revolución socialista o caricatura de revolución”, como decía Guevara.

Luego vino la dictadura y barrió con todo y con todos: con el proyecto nacional, con los clásicos vietnamitas, con las canciones de protesta, con los libros de tapas duras y los de tapas blandas, con los compañeros y las compañeras, y con los hijos de tantos que aún buscan las Abuelas. Vino la dictadura y se acabó la vida. Nos mataron, nos secuestraron, nos torturaron, nos arrojaron de aviones, nos metieron en campos de concentración o en cárceles de las que nos sacaban para fusilarnos.

De ahí venimos.

Festejamos la llegada de Alfonsín, fuimos a la Plaza en Semana Santa, nos comimos las “Felices Pascuas”, la Obediencia Debida, el Punto Final. Hasta hubo algunos que creyeron que Menem traería soluciones. Bastaron meses para darse cuenta del desastre que duró diez años. En medio, el Indulto y los pocos asesinos que quedaban presos, a casa. A las pantuflas, el diario y el mate mañanero.



Pero como todo tiene un final, terminó y festejamos. Tibiamente, es cierto, porque De la Rúa no entusiasmaba a nadie. Pero se había ido el “Turco” y además estaba “Chacho”. Lo que vino fue peor. Cavallo, López Murphy, corralito, ajuste y la frutilla: represión y muerte antes del helicóptero que lo salvo a él y a todos nosotros de él. Antes de Duhalde, algunos otros. Luego Duhalde, hasta Kosteki y Santillán.

Y de pronto aparecía este flaco con pinta de *loser*, un pingüino desconocido que solamente ganaba elecciones en Santa Cruz. Aparecía y prometía por izquierda. Y uno un poco le creía. Y lo votó en esas elecciones que perdió pero ganó contra Menem. Sí, lo votó y creía decepcionarse de nuevo en cuanto asumiera.

Pero empezó bien: mandó al carajo al diario *La Nación* y al pliego de condiciones que le quiso imponer Claudio Escribano. No haré el recuento de sus logros, porque muchos lo han hecho en los últimos días. Pero sí de algunos muy especiales para los nacidos en el 53, años más, años menos.

Lo vuelvo a ver descolgando los cuadros de los genocidas en pleno Colegio Militar de la Nación. Declarándose hijo de las Madres de Plaza de Mayo. Abriendo la ESMA para que los sobrevivientes y los organismos de derechos humanos recuperen para la vida un espacio sembrado de muerte. Anulando las leyes del perdón para que los genocidas vuelvan a la cárcel, de donde nunca deberían haber salido.

Y, sobre todo, lo vuelvo a ver en un recuerdo muy íntimo, aquel miércoles 15 de noviembre de 2007, apretando el botón que terminó de destruir la terrible cárcel de Caseros. Aquella mañana Néstor Kirchner accionó el detonador y, luego de que el muro gigante se viniera abajo, nos saludó a uno por uno. Mientras me abrazaba muy fuerte y yo buscaba su mirada sin poder encontrarla, me dijo despacito al oído: “Viste, flaco, vos no me creías, pero voy cumpliendo. Se cayó el muro, tengo muy buena puntería”.

Domingo 31 de octubre de 2010.

River, pasión y tristeza

“Querido hijo:

Esta carta está consagrada a los festejos de River por la obtención del campeonato, así que empiezo a contarte.

El domingo jugaron River y San Lorenzo, un partido en el que desde un comienzo dominó River y ya en el segundo tiempo arrinconó a San Lorenzo en su arco, pero pasaban los minutos sin que llegara el gol que tanto necesitábamos, y a los veinticuatro minutos Alonso recibe un córner y de cabeza hace el gol. El estadio tembló como nunca, River siguió apretando y luego llegó el segundo y enseguida terminó el *match*, ante la enorme alegría y emoción de la gente, pues ya se saboreaba el campeonato.

El miércoles se jugó el partido con Argentinos Juniors con la cuarta división, por la huelga de jugadores, y con el triunfo de River la gente directamente enloqueció y fueron en manifestación hasta el Monumental, donde todos dieron rienda suelta a su alegría. Hubo manifestaciones hasta altas horas de

la noche en todos los barrios, hasta en Barrio Norte. Los autos hacían sonar las bocinas como un medio de identificación con la alegría que vive todo el pueblo.

Hoy sábado fui dos veces al estadio y por fin pude sacar una platea para el partido con Racing.

Retomo la escritura hoy lunes. Cuando iba al estadio la Avenida del Libertador presentaba un aspecto único; autos embanderados, familias enteras, desde la abuela hasta los nietos, todos con emblemas blancos y rojos: eran los padres que llevaban a sus hijos a ver un espectáculo único como era la coronación luego de dieciocho años.

Una vez en el estadio el espectáculo era indescriptible, único, como ni yo ni nadie habíamos visto antes, hasta los trenes se asociaban al júbilo tocando su silbato al pasar. Un gran globo de gas despegó del estadio y voló por la ciudad, y al salir los jugadores ya fue la locura, rodeados de miles de hinchas, la 'Gorda' Matosas adelante y eufórica. El partido fue lo de menos y se suspendió en el segundo tiempo, pero ya River ganaba dos a cero y estaba todo dicho.

Después siguieron las manifestaciones interminables, no solo acá, sino en todas las ciudades del interior.

Y cuando ya volvía caminando desde el estadio hasta las Barrancas de Belgrano, no pude menos que acordarme de cuando eras chico y los dos hacíamos el mismo camino, que a veces me decías que te daba una puntada en el estómago y teníamos que parar un rato a descansar.

¡Cuánto te extrañé ayer, en cuántas cosas he pensado y cuánto he recordado! Eran tiempos más felices que volvían a mi memoria, alegrías y emociones del ayer que ya está lejano.

Y termino este relato deseándote que estés cada día mejor y enviándote un fuerte abrazo.”

Esta es la carta que mi padre me escribió a la cárcel en agosto del 75, cuando River rompió con la racha de dieciocho años sin ganar un campeonato. Yo hacía un año que estaba

preso. Aislado en la cárcel de Magdalena y sin posibilidad de leer otra cosa que no fuera la correspondencia de mis familiares directos que, además, también era censurada.

La carta me llegó con quince días de atraso, y la noticia del campeonato la recibí de la boca de un guardián, gallina como yo, que violando todas las consignas compartió el júbilo conmigo aun a riesgo de ser sancionado. Hasta ese punto llegan las complicidades que genera el fútbol.

Recién ahora que soy padre, cuarenta años después, comprendo la soledad de mi viejo en el festejo.

Cuando nos separó la política y cada almuerzo familiar se convertía en una disputa, el fútbol nos seguía uniendo y volvíamos a él como el salvavidas que mantenía a flote nuestra relación, quebrada por las diferencias insalvables entre sus ideas y las mías. Entre su pensamiento rígido, forjado en su carrera militar, y el mío que empezaba a formarse en la militancia de izquierda.

Durante mis largos años en prisión, mi padre no faltó a una sola visita. Separados por el vidrio del locutorio, seguíamos peleando cada vez que discutíamos de política, hasta que ambos, dolidos, nos refugiábamos en River como punto de encuentro y coincidencia.

La despedida era sin abrazo, el vidrio que nos separaba lo hacía imposible, pero el adiós con la mano iba acompañado de la única consigna que podíamos compartir: ¡Viva River, carajo!, gritábamos los dos cuando sonaba el silbato que anunciaba el fin de la visita. Así fue en Magdalena, en Caseros, en Rawson, en Devoto: ¡Viva River, carajo!, gritamos siempre que nos despedimos durante aquellos años interminables.

Mi padre murió en el 89, pero antes tuvimos una revancha. Festejamos juntos la obtención de la Copa Libertadores del 86: yo había recuperado la libertad tres años antes y él compró las entradas que nos unieron aquella noche en un abrazo interminable en la tribuna San Martín alta, cuando el “Búfalo” Funes hizo el gol consagratorio.

Hoy regreso de la cancha con Joaquín y Jorge, mis hijos, caminando hacia Barrancas de Belgrano. Vamos tomados por los hombros, tristes, pero no solitarios. Nos acompañamos los tres y juntos afrontamos esta pesadilla. Recordando a mi padre, hacemos el mismo trayecto que cincuenta años atrás yo hacía de su mano.

Ya no hay otro partido. Ya sonó el silbato que no anuncia el fin de la visita, sino la derrota inapelable. Ya estamos en la “B”. Ya sabemos que ahora iremos a la cancha los sábados y que tendremos que cambiar nuestras rutinas. Ya no habrá más clásicos para palpar y tendremos que aprender hasta los nombres de nuestros nuevos rivales.

Pero los tres gritamos fuerte para que mi viejo nos escuche donde quiera que esté. Gritamos bien fuerte. ¡Viva River, carajo!

Lunes 27 de junio de 2011.

De vez en cuando la vida

Le agradezco a Susana Rinaldi, autora de la iniciativa, que con su sensibilidad de artista y su fino olfato político nos dio la posibilidad de estar acá, en este reconocimiento a alguien como José Pablo, que sin dudas no solamente es una personalidad destacada de la cultura, sino también un amigo de esos que la vida a veces nos regala, y que la hacen más interesante y divertida.

No voy a hablar de la categoría intelectual de José Pablo, porque creo que eso lo conocemos todos. Es un bronce sin ninguna duda, pero un bronce muy humano, como le gusta decir a él.

Con ese bronce muy humano trabajo en *Página/12* desde sus inicios, hace ya veintisiete años. Con él encaramos infinidad de proyectos, todos exitosos y todos imprevisibles porque él es imprevisible. Nada se puede planear con Feinmann. Nada.

Cuando empezamos con los suplementos dominicales en el diario, el primero fue “La filosofía y el barro de la historia”, dijimos que serían veinte los suplementos, y fueron cincuenta y cinco. Seguimos con el “Peronismo”, y como veníamos de

ese antecedente nos extendimos un poco más y dijimos cuarenta. Fueron ciento treinta. Y por último fue “Crítica de la razón imperial”, dijimos veinte, y ahí fueron treinta porque José se enfermó y hubo que interrumpir la colección.

Hicimos sus libros, muchos de ellos estaban en las librerías desde años antes, y sin embargo agotaron tiradas de veinticinco mil ejemplares. Uno de ellos fue *La sombra de Heidegger*. Cuando Alejandro Fantino lo entrevistó en su programa de TV y mencionó el libro como “A la sombra de Heidegger”, José, rápido, lo corrigió: “Pibe, ¿qué te creés?, ¿que Heidegger es un árbol?”.

Canchero, porteño con mucha calle y un carisma capaz de tenernos sentados media hora frente al televisor mientras nos da clases de Filosofía, de Historia o de Cine. Con él se habla claro y de cualquier tema: ama la literatura, la historia y la filosofía, pero también el fútbol, el cine, la música.

Hace un culto del humor. Una noche cenábamos en un restaurante con el presidente de una fundación española que venía a invitarlo a dar charlas en Madrid. Desde una mesa vecina, una mujer joven no dejaba de mirarlo; y al final, antes de irse, se acercó a la mesa. La chica estaba con sus padres y le contó que vivía en Canadá, que había ido a sus cursos y que desde allá leía siempre sus artículos en el diario y veía por You Tube sus programas de televisión. Acto seguido, le pidió sacarse una foto con él para llevarla de recuerdo.

Terminada la cena y camino a casa lo felicité por su popularidad. José me contestó: “Qué, ¿vos también te la creíste?, eran tres actores a los que contraté para impresionar al gallego”.

José sufrió el exilio interno durante la dictadura y lo relató en su libro *La crítica de las armas*. Se conocen muchos testimonios sobre la vida en las cárceles de la dictadura, también se conocen los de los sobrevivientes de los campos clandestinos. Hay testimonios de los exiliados, pero hay pocos sobre aquellos que sufrieron el exilio interno. José lo sufrió, y en ese





período donde además sufrió un cáncer resistió desde adentro, y lo contó en su libro con párrafos que si tuviéramos el tiempo suficiente sería bueno leerlos acá, todos juntos, como parte de este homenaje.

Cuando murió Videla recibí un mail de José Pablo que decía: “Hugo querido, es solo para mandarte un abrazo. Alguien partió de este mundo y ya sabemos que ninguna partida de ese tipo nos debe alegrar. Pero se puede decir que fue uno de los más grandes hijos de puta de nuestra historia y que dañó irreparablemente nuestras vidas, las de toda nuestra generación. Con el cariño de siempre. José”.

José Pablo, querido, ese asesino murió en la cárcel condenado por genocida, y hoy aquí nosotros, de la mano de Susana Rinaldi y de la democracia conquistada, celebramos que vos seas “Personalidad Destacada de la Cultura de la Ciudad de Buenos Aires”.

Como dice Joan Manuel Serrat, “de vez en cuando la vida nos besa en la boca”.

Sábado 17 de mayo de 2014.

Extracto de las palabras pronunciadas por el autor en ocasión del acto en el que José Pablo Feinmann fue nombrado Personalidad Destacada de la Cultura de la Ciudad de Buenos Aires, en la Legislatura Porteña.

El Capitán de River

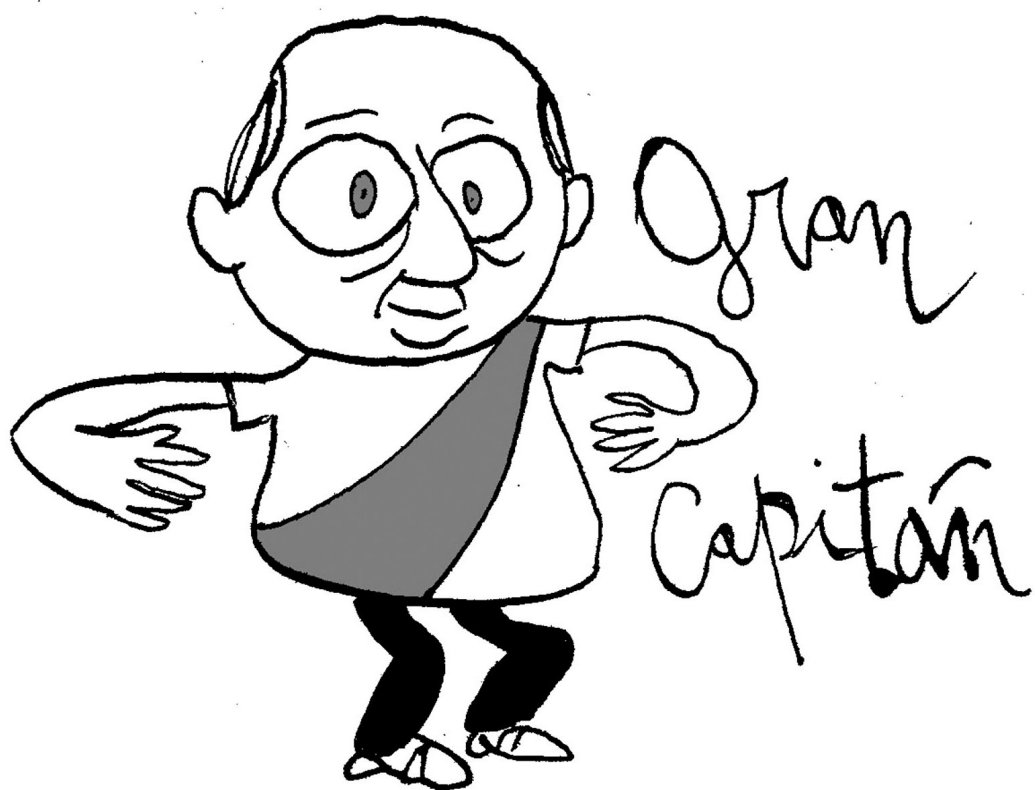
Carrizo, Ramos Delgado y Echegaray, Sainz, Cap y Varacka; Onega, Pando, Artime, Delem y Roberto. Es la primera formación de River que recuerdo, de mediados de los sesenta, cuando a los 8 años empecé a ir con mi padre a la cancha todos los domingos que jugábamos de locales.

Íbamos a la San Martín alta y en ese entonces no existían los “Borrachos del Tablón”, ni la “Banda del Oeste”, ni el porro, ni la merca. Existía sí la cerveza, que en ese entonces no era “la birra” y ni se notaba en esa tribuna roja y blanca, donde mi padre orgulloso me hacía agarrar la punta de la inmensa bandera que desplegaba la hinchada, ahí en medio de esa tribuna, en el corazón del gallinero. No tengo un solo recuerdo de violencia, más bien lo contrario, varias veces fui alzado en brazos de algún grandote para ver la salida del equipo, en esa fila india que siempre encabezaba el inolvidable Amadeo Carrizo, con su buzo violeta, o amarillo, de cuello con botones. Amadeo fue vanguardia hasta en la manera de vestirse; luego el “Loco” Gatti pretendió eclipsarlo.

A ese equipo se fueron sumando otros nombres: el “Indio” Solari, Daniel Onega (hermano del gran Ermino), Sarnari, “Pinino” Mas y hasta el uruguayo Matosas, el que fue comprado por la friolera de treinta y tres millones de pesos, todo un récord para la época. El uruguayo, que era un crack de fina estampa, culto y concertista de guitarra, tardó en amoldarse a ser el “seis” de la banda roja. Empezó mal, lento, a destiempo, flojo en la marca, hasta el punto que desde la San Martín, siempre tan exigente, llegaron a cantarle “Matosas/ Matosas/ andá a patear baldosas”. Con el tiempo tomó confianza y también llegó a ídolo por su categoría y no por la tan famosa “garra charrúa”. Roberto era incapaz de pegarle una patada a nada que no fuera la pelota.

El rito de ir a la cancha con mi viejo comenzaba a la mañana. Escuchábamos la previa en el patio de nuestra casa de Almagro con una radio Spika, ahora convertida en objeto de culto, y el almuerzo era temprano para llegar a ver también el partido de Reserva, que funcionaba como preliminar y nos servía para ubicarnos en algún sector bueno de las todavía despobladas tribunas. La multitud llegaba cuando promediaba ese partido y nosotros ya teníamos nuestros lugares en esas gradas de cemento que no tenían butacas, donde el culo se raspaba sin remedio y donde la esperanza era poder ver el partido sentados, y pararse solo para gritar los goles. Muchas tardes de grandes clásicos me conformé con espiarlo por los resquicios que dejaban las piernas o las espaldas de los otros, porque mi viejo no podía tenerme alzado todo el tiempo y no siempre había vecinos solidarios.

Pero nunca me quedé sin mis “Chuengas”, los masticables caseros que hacía un tipo de remera a rayas como la del capitán Piluso al que todos llamaban “Chuenga”, igual que sus caramelos. El tipo era una leyenda y se llegó a decir, cuando ya no se lo veía, que se había hecho millonario y vivía en un “palacete” de Belgrano R. La hinchada lo adoraba y manos generosas hacían cadena para hacerle llegar las monedas y



entregar los caramelos, una cantidad a discreción que Don Chuenga medía con el puño, según su humor y la cantidad de monedas recibidas. Jamás oí ninguna queja, su voluntad era inapelable.

“La Voz del Estadio” se escuchaba en profundo silencio, porque era la forma de confirmar las formaciones de los equipos, dato que a veces no tenían ni los relatores de radio, “la Voz” era la única capaz de develar el misterio.

Cuando mejoramos nuestra posición en la cancha y sacamos dos abonos en la Platea Colonia, en el entretiempo mirábamos el río, mientras los parlantes del estadio pasaban el comercial que aún suena en mis oídos: “Si su piloto no es Aguamar/ No es impermeable, le puedo asegurar...”.

Si no habíamos llevado la radio, averiguábamos los resultados de los otros partidos mirando el famoso tablero con letras y números que era “la Clave del Alumni”, revista que se compraba antes de entrar a la cancha, casi con ese único fin.

Cuando cambiamos la Spika por la Noblex Carina, cuerpo de cuero, más grande y con mejor sonido (la FM no existía), fuimos los reyes de la tribuna. Todos acercaban sus orejas a la radio que mi viejo llevaba orgulloso cuando había que aclarar quién era el autor de un gol o cualquier alternativa dudosa. Ya existía el “Gordo” Muñoz, que todavía no justificaba el genocidio, porque era la Argentina de Illia y luego la de Onganía, el general que había llegado “para quedarse veinte años”.

Mi padre, militar hasta la médula, criticaba que los jugadores saltaran a la cancha corriendo y haciendo piruetas. “Deberían salir en fila de a uno, casi marchando, con la frente bien alta y derechos como estacas”, decía con voz marcial, y nuestros compañeros de tribuna no se atrevían a discutirle. “Son soldados”, remataba el Capitán, a quien habían pasado a retiro temprano, por gorila. Él hubiera sido feliz viendo salir a los equipos en los actuales campeonatos mundiales: ambos equipos juntos, en fila india y “derechitos como estacas”.

El regreso era eufórico o en silencio, según hubiera sido el resultado del partido. Con la Noblex a todo volumen, si habíamos ganado, y apagada cuando perdíamos.

Nunca escuché a mi viejo elogiar a ningún jugador “bostero”, ni siquiera a Marzolini o al inolvidable “Rojitas”. Para él, vestir la camiseta de Boca era una vergüenza. “Son todos matungos”, decía.

Tanto nos divorció la política que al final faltamos diez años a la cancha. No fue por nuestras diferencias, sino porque yo fui detenido por mi militancia en diciembre del 74. En sus visitas a la cárcel discutíamos hasta la pelea por nuestras convicciones tan distintas, pero siempre terminábamos abrazados en el amor común a la banda roja.

Terminada la dictadura y ya liberado, volvimos a festejar juntos la Libertadores del 86, con ese famoso gol del “Búfalo” Funes. Mi papá murió tres años después.

Ayer hubiera elogiado a Ponzio, por su garra, hubiera creído de nuevo en Barovero, hubiera puteado a Rojas “es bueno pero amargo”, hubiera seguido con la duda sobre Funes Mori, hubiera gritado a morir el gol de Pisculich y se hubiera tratado de convencer que Teo Gutiérrez es un fenómeno, aunque “debería haber hecho la colimba para corregirse”.

Ayer festejé el triunfo junto a mis dos hijos, como en otro momento lloré con ellos el descenso. Nunca somos tres. El Capitán está siempre a nuestro lado.

Sábado 29 de noviembre de 2014.



Imperdibles

El cartel de bienvenida que escribieron Paula y Jorge, sus hermanos, para recibir a Joaquín, mi hijo.

El dibujo que en una servilleta del bar Gildo, de Corrientes y Medrano, hizo Adriana, una compañera a la que siempre amé y nunca nos amamos. Adriana desapareció en el 76.

El aro de Laura, mi mujer, que se desprendió en nuestro abrazo, cuando me dijo que estaba embarazada.

Un pedazo de vidrio de la cárcel de Caseros que rescaté entre los escombros, luego de que Néstor la terminara de demoler.

La pequeña libreta con tus palabras, que sacaste del bolsillo y me regalaste la otra noche, cuando cenábamos juntos.

Son las cosas que nunca voy a perder.

Martes 14 de abril de 2015.

Palabras escritas por la muerte de Eduardo Galeano.

Mozo

Hace años que nos conocemos, el mozo y yo. Pero hace mucho tiempo que no nos vemos. Desde que mi hijo terminó la escuela primaria, siete años.

Me siento de nuevo en ese bar donde junto a otros padres compartimos charlas que entonces pensamos importantes y que ahora perdieron cualquier trascendencia.

Fueron tan efímeras como la niñez de nuestros hijos, que ya son universitarios y no comparten aulas ni patio de recreo.

El bar es chico y tiene un solo mozo, que viene a saludarme apenas me siento. Es efusivo pero respetuoso, y me pregunta: “¿Mitad y mitad, como siempre?”.

Se acuerda que mis cortados eran siempre mitad y mitad. Pero se acuerda también del grupo de padres completo y va preguntando de a uno por todos. Por todos pregunta el mozo y los nombra sin equivocarse.

También pregunta por los que fueron niños. Y entonces le cuento que uno enfermó y murió. Es discreto y no quiere detalles, pero acusa el golpe.

Cuando trae mi cortado, baja la voz y me cuenta: “Yo también perdí una sobrina. Quince años tenía. No, ni por enfermedad ni por accidente. Se suicidó. En la familia dicen que fue una pena de amor. Mi señora era, además de su tía, su madrina. Quedó destrozada. Yo hice lo que pude hasta que pude. Pero un día no pude más”.

Y me mira.

No le pregunto nada. Pero él sigue:

—¿Sabe por qué no pude más?, porque hay cosas que no se hacen. Mi señora tenía pesadillas, la veía a la nena colgada de la viga y se despertaba gritando. Y yo ahí, al lado de ella para consolarla, siempre la consolé, todas las noches la consolé. Hasta que una mañana mi señora se despertó en paz y me dijo: “Estuve con ella, vino, me agarró la mano. Estaba linda Camila, sin la marca de la sogá, solo su tatuaje cerca del cuello, estuvimos juntas toda la noche”.

Me lo contaba con una sonrisa que no le conocía, y hace más de veinte que estamos juntos —me dice el mozo, con la mirada perdida tras las ventanas del bar, mientras vuelve a repetir—, hay cosas que no se hacen.

Y me mira de reojo esperando que reaccione.

Me animo: “¿Qué cosas no se hacen?”.

—¿En serio quiere saber, en serio? —se entusiasma y se pone un poco colorado—. Es que, pobre piba, se colgó y se murió pero le arruinó la vida a unos cuantos. A mí también, a mí también.

—Claro, su señora no pudo reponerse nunca.

—Y yo tampoco desde esa noche en que se le apareció.

—¿Y por qué desde esa noche? —mi ansiedad lo excita, se inclina, y ya no para—.



–Es que le pregunté a mi señora si la nena le había hablado y me dijo que no. Me juró que no. Una y otra vez le pregunté y me dijo que no, que no, que no le había dicho una palabra.

No entiendo su angustia pero estoy tenso porque la cara del mozo se transforma.

–La tragedia empezó cuando Camila se suicidó, pero sigue todos los días para mí –se lamenta en voz más alta–. Mi señora soñó con la nena, ella se le apareció pero no hablaron nada –resume y sigue–. Fui y le jugué al 47, ¿sabe qué es el 47 en la quiniela?

–No.

–“El muerto”, es –y casi gritando– ¡el muertooo! Me jugué el sueldo. Si ganaba, cobraba una fortuna.

–¿Y?

–Salió el 48, ¿puede creer? El 48 salió, la puta madre. El 48 es “il morto che parla”. Seguro que la muertita le habló y la bruja no la escuchó. Es un poco sorda la bruja y Camila lo sabía. ¿Por qué no le habló más fuerte?

“Hay cosas que no se hacen”, dice moviendo la cabeza. Y se va porque lo llaman desde otra mesa.

Miércoles 6 de mayo de 2015.

Madre hay una sola

Llegan juntas a un restaurante de Palermo. A primera vista no se sabe bien qué vínculo las une. Se llevarán veinte años y las dos son lindas, pero hay tensión entre ellas.

Se sientan, miran el menú en silencio, eligen las dos lo mismo y suena el primer disparo.

“Mamá, vos sos re inoportuna, re. ¿Te parece que es momento para entrar a las diez de la noche a mi cuarto y decirme que tenés una idea lindísima y que esa idea sea empezar una dieta? ¿Sos boluda? Acabo de pelearme con Diego, mamá, no pasaron ni diez días, estoy hecha mierda, ¿y vos me proponés hacer dieta? Me dejó, mamá, entendés, me dejó, se fue con Julieta. Con Ju-lie-ta, mamá, ¡Ju-lie-ta! Sabés quién es, ¿no? La conocés, ¿no? Mi hermana, mamá. Tu hija. Con ella se fue Diego, con Julieta.

La pendeja se fue con mi novio, y además en una semana se fueron a vivir juntos. En una semana se la llevó a vivir a su departamento. Yo en tres años no llegué a pasar ni tres días ahí. Me echaba, ‘no me invadas, respetá mis espacios’, y yo,

qué boluda, me iba. Ni el cepillo de dientes ponía en su baño. Lo usaba y pum, a la mochila, para no ‘invadirlo’.

El hijo de puta ni fetichista era, así que la bombacha la lavaba y, húmeda, *pum*, a la mochila, porque Diego no la quería ver colgando de alguna de las canillas del baño. Eso sí, como vos me enseñaste, en una bolsita de nylon para que no se mojen los apuntes de la facu, ‘que bastante caros me salen, nena, bastante caros’, repetías como un mantra todo el tiempo, con otros que hacen a tu repertorio: ‘el hijo de puta de tu padre no me pasa un mango desde hace meses’, ‘apagá las luces de tu cuarto, no sabés cuánto vino este mes de electricidad’, ‘quedate con Julietita porque hoy vuelvo tarde’. Y yo me quedaba y le leía cuentitos, la puta madre, hasta le enseñaba canciones en la guitarra, y eso que Julieta tenía dedos de plomo y desafinaba con ganas. Pero no van a tener problemas, porque a Diego mucho la música no lo copa. Se ponía re mal cada vez que yo cantaba en las reuniones con amigos. Le sacaba protagonismo y eso lo desquicia. Debe estar feliz el turro, ahora sí que es protagonista, me dejó y se fue con mi hermana. ¡Con mi hermana...! Y vos me decís que tengo que empezar con la dieta... Es para matarte mamá, para matarte. ¿Cómo podés ser tan desubicada...? Me dejó por Julieta, que es más flaca y tiene mejor culo, sin dudas, pero si era por eso se podría haber elegido otra, hay miles de flacas por ahí que hacen ‘dieta’, mamá... Miles. Y sabés, mirá si seré boluda, yo no tenía celos de Julieta, a pesar de que veía que entre ellos había onda, al contrario, estaba feliz de que mi hermanita se llevara bien con mi novio. De la que tenía celos era de vos, mamá, de vos. ¿O te creés que no me daba cuenta de que vos lo seducías? Que Diego de acá, que Diego de allá, que hice la comida que te gusta, que por qué no se quedan y vemos una peli juntos...”

—No, no, no, pará, eso sí que no te lo voy a permitir, Camila, de ninguna manera. Acepto que no fue una buena idea proponerte empezar una dieta, pero de ahí a tener que escuchar ese reproche, no, de ninguna manera. Lo único que me falta a mí es tener que escuchar a mi hija decirme que quería sedu-

cir a su novio... Si lo ignoraba me hubieras dicho que era una madre mala onda, y como lo traté bien al chico me acusás de que me lo quería curtir, así es con ustedes, los hijos, todas son facturas. Y ¿sabés qué?, me rompí el culo sola, sola, ¿entendés?, porque tu padre me dejó y *chau pichi*, si te he visto no me acuerdo. Y se rajó a Salta con la excusa del consultorio, pero fue para tenerme más lejos. A mí y a ustedes dos.

—Sí, ya sé, mamá, ya sé, y vos te pusiste la casa al hombro y saliste adelante a pesar de nosotras dos que te jodíamos las salidas. “Vuelvo temprano, chicas, ustedes vean tele y a las doce se duermen.” Y te ibas. Volvías temprano, pero siempre con alguno de tus novios volvías. Las dos, con Juli, escuchábamos las risitas y los jadeos que venían de tu cuarto. No te lo reprocho pero no te pongas en víctima, porque la víctima soy yo. Mi novio se fue con mi hermana, y vos para consolarme me ofrecés empezar una dieta. Sos re desubicada, mamá. Aceptalo y no me jodas más. Ponete las calzas que te quedan bárbaras y el taco aguja, te la rebancás y te envidio. Diego no dejaba de mirarte el culo en casa. Al pibe se le iban los ojitos, pero ya tampoco te lo reprocho. Al final se fue con Julieta, no con vos.

—Bueno, mirá, Cami, ya te pedí perdón y reconocí que estuve pésimo con lo de la dieta. Pienso que tenés que hacerla, pero éste no es el mejor momento, *okey*. Olvidate de la dieta y aceptá otra invitación.

—¿Cuál, mamá, cuál?, ¿a ver con qué brillante idea te venís ahora?

—Esta te va a gustar. Compré dos entradas para ver a Martha Argerich en el Colón. Y no me digas que no te encanta, porque cuando la escuchaste por primera vez quisiste cambiar la guitarra por el piano. Así que nos vamos juntas el domingo al Colón, y después a cenar a Edelweiss. Y además, otra buena, aproveché una promoción y te saqué un abono por seis meses. Desde el lunes podés empezar Pilates en Alto Palermo.

Miércoles 29 de julio de 2015.

Piel de gallina

Llovía como hace veintinueve años en el Monumental, en aquella final en que River fue Campeón de América por primera vez en su historia. Yo tenía 32 años y hacía dos que había salido de la cárcel, luego de casi diez en que los resultados del fútbol solo llegaban a través de los comentarios de los familiares, siempre con retraso, o de la boca de algún guardián comprensivo.

Mi viejo venía a las visitas y me contaba. En sus relatos revivía los partidos y, a través del vidrio del locutorio que nos separaba, me relataba las jugadas con lujo de detalles. A veces, en su entusiasmo, dejaba el incómodo taburete para mostrarme los movimientos con los que el “Puma” Morete había cabeceado al gol, o la pierna fuerte del “Mariscal” Perfumo para cortar el avance de algún irrespetuoso, o la clase con la que el “Beto” Alonso había metido un pase de cuarenta metros. Mi viejo hablaba de aquel River del 75 y se le iluminaban los ojos. Lo dirigía otro de sus ídolos, Angelito Labruna, que ganó el Metropolitano de ese año y cortó dieciocho de mufa.

Pero aquella noche del 86, mi viejo y yo, bajo la lluvia y sin ninguna reja de por medio, enterramos en un abrazo interminable los años de cárcel y las diferencias políticas que siempre nos habían separado.

Mi papá tenía 72 años y había hecho largas horas de fila para llegar a la ventanilla y conseguir dos lugares. Con la disciplina militar que conservó siempre, aguantó empujones y peleas para salir con las entradas en la mano como si hubiera ganado una batalla. Cuando se lo reproché, porque su salud ya no era buena, me dijo muy serenamente: “No me la iba a perder ni loco, esperé diez años a que vos salieras para vivir juntos un momento como éste”. El solo recordarlo me pone, nunca mejor empleado el término, la piel de gallina.

Y ahí fuimos el Capitán y yo a mojarnos a lo alto de la tribuna San Martín, donde gritamos juntos el gol del “Búfalo” Funes y una avalancha dio con los dos en el piso. Abrazados, fundidos en el amor a la banda roja que fue nuestro salvavidas cuando la relación entre ambos naufragaba por la política, festejamos ese golazo que nos hacía campeones de América por primera vez.

De aquel equipo, como de todos, quedan nombres inolvidables. Pumpido, el “Cabezón” Ruggeri, Enrique (que le puso la pelota a Funes para el gol), el “Tolo” Gallego, el “Beto” Alonso, Pedrito Troglio, que todavía hacía banco, o el uruguayo Alzamendi, que no mojó en esas finales pero sí en tantas otras. La mano del “Bambino” Veira, fiel a sus convicciones de jugador, se notaba en el andar del equipo y lo recuerdo arrodillado en la mitad de la cancha, festejando con sus ojos al cielo el gol del “Búfalo”, y luego hablando con Gallego, capitán del equipo, para explicarle cómo aguantar el resultado con gestos desmesurados por la alegría.

Hay otros nombres, en cambio, que se han perdido. Montenegro, marcador de punta, el uruguayo Nelson Gutiérrez, un “dos” de categoría, o Daniel Sperandío, volante por derecha. Quizás anden por ahí, en algún club de barrio enseñando a los pibes, lejos del ruido y de la fama.

Mi padre murió en el 89, y en sus últimos días de hospital recordamos aquella noche en muchas de nuestras conversaciones. Se quitaba la máscara de oxígeno para besarme mientras yo, al borde de su cama, le hablaba de aquellas horas felices.

La Copa del 96 la viví de un modo más íntimo. La noche consagratoria estaba internado con un problema de salud que literalmente me sacó de la cancha. Así que solo pude sufrir con la televisión del sanatorio, luego de convencer a mi médico de que me dejara ver el partido, porque la angustia de privarme esa posibilidad me haría más daño que las “emociones fuertes” que querían evitarme.

De ese encuentro recuerdo los dos goles de Crespo, el segundo de cabeza luego de un grosero error de Córdoba, el arquero del América de Cali que luego atajó en Boca. Y también los nombres del “Mono” Burgos, de Hernán Díaz, del “Burrito” Ortega, del “Jefe” Astrada y, por supuesto, del ídolo inolvidable y actual referente del club, Enzo Francescoli. Hay otros, como los de ese equipo del 86, que también se han perdido: Rivarola o Pablito Lavallén.

El “Muñeco” Gallardo también ganó esa copa como jugador, pero en esos partidos entró como suplente y jugó solo medio tiempo.

Pasaron diecinueve años, la edad que tiene hoy mi hijo Joaquín, para que el festejo retomara la tradición familiar.

El miércoles fuimos juntos a la cancha. Jorge, su hermano más grande, se quedó afuera porque la magia de Internet hace que las entradas se agoten aún antes de clickear la página. De poder hacer la cola para comprar las entradas, como hizo mi padre hace veintinueve años, ayer hubiéramos sido tres en el abrazo.

Sufrimos hasta los 44 minutos del primer tiempo, cuando Alario se agachó desde su altura y metió el cabezazo letal que fue un sedante para pasar el entretiempo.

Luego del penal/gol de Sánchez nadie vio más nada. El cabezazo de Funes Mori, con caño al arquero, quedará para la

estadística, pero el festejo era ya tan increíble que muchos debieron mirarlo luego por televisión, tan ocupados estaban en llevarse grabadas en sus celulares las imágenes del delirio colectivo. Mientras un vendedor gritaba “qué suerte que gana River, muchachos, qué suerte, así yo no me meto las garrapiñadas en el culo”, la hinchada eufórica le ponía pimienta al festejo, recordando el gas del “Panadero” de Boca, que los dejó afuera de la historia.

Llovía a mares cuando terminó el partido. Llovía a mares cuando mi hijo y yo festejamos abrazados, igual que llovía aquella noche del 86, cuando celebré abrazado a mi padre nuestra primera Libertadores.

Alrededor nuestro una multitud rugía de felicidad. Algunas filas más abajo de nuestra platea, me pareció entonces ver a uno de los directivos del diario *La Nación*, Claudio Escribano, el mismo que le presentó un pliego de condiciones a Néstor Kirchner apenas éste ganó las elecciones y que acuñó la célebre frase “Argentina decidió darse gobierno solo por un año” cuando el flamante presidente no las aceptó. Miré mejor. Era. Allí, en la Belgrano media, prolijo y atildado, casi sin mojarse, también estaba Escribano.

La felicidad completa no existe.

Viernes 7 de agosto de 2015.

Esta nota fue publicada con el título “Libertadores de América”.

Cataratas

Entro al bar y me siento cerca de la ventana. Sin que yo lo pida, Osvaldo, el mozo, trae mi cortado mitad y mitad. Pero su cara no es buena y apenas deja el café en la mesa empieza su monólogo:

–Vio lo que son las inundaciones, pobre gente, de un día para otro se quedan sin nada.

Y rápido gira a un discurso tan antipolítico que me obliga a cambiarle el tema bruscamente. Para peor, lo consigo.

Le pregunto por su mujer. El día de mi primer regreso al bar, luego de años de ausencia, Osvaldo me contó que ella estaba muy afectada por el suicidio de una sobrina, casi una nena, por una pena de amor que la llevó a la tragedia.

–¿Mi mujer? –dice Osvaldo–. Ni me hable de la bruja. Desde que me hizo perder a la quiniela por aquel dato equivocado que me dio, las cosas están peor entre nosotros.

No lo interrumpo, un poco porque me da pena y otro porque soy curioso y quiero saber. Además, cuando se larga a hablar, es imparabile.

—Mi pibe, que no es boludo y gana buena plata, porque el dueño del taller mecánico donde labura le habilitó un porcentaje, se dio cuenta que veníamos barranca abajo y nos hizo un regalo sorpresa.

El mes pasado vino para el vermú del domingo. El pibe se fue a vivir con su minita a Lanús, cerca del taller donde trabaja, pero los domingos al mediodía lo tenemos siempre en casa. La madre lo mimaba y a él le gusta; le prepara el quesito, la aceituna, el salami y el ferné, porque ahora a los pibes si no les ponés ferné te putean. Quién lo iba a decir, ferné, bebida de viejos. A veces viene con la minita, pero ese día vino solo.

Nos sentamos a pinchar los salamines y mientras hablabamos del “Patón” Bauza, porque el “Beto” creció en Boedo y es más cuervo que yo, abrió el “morral”, como lo llama él, y peló un sobre que nos mostraba contento. Pinchaba el queso, tomaba un traguito de ferné y nos decía: “Ni se imaginan lo que tengo para ustedes”. Pero se hacía desear el guacho, le brillaban los ojos y se hacía desear. Yo sabía que plata no era porque nunca le aceptamos; cuando empezó a ganar más que nosotros varias veces nos quiso ayudar, es un titán el “Beto”, un titán, pero entendió que nos ofendía. “Ahorrá vos —le decíamos con la madre—, ahorrá, que a nosotros no nos falta nada.” Pero él lo hacía de bueno, de agradecido. “Ustedes se rompieron el culo por mí”, nos dice siempre. Lo cuento y me emociono, la puta madre. La cuestión es que dale y dale con el sobre, lo mostraba y lo escondía. Se reía y repetía “ni se imaginan, ni se imaginan”. Al final no aguanté y le pegué el manotazo, abrí el sobre y no entendí nada. Entonces el “Beto” nos explicó.

“En quince días se van una semana a las Cataratas, agarré una promoción en Internet, dieciocho cuotas y el veinte por ciento de descuento. Les contraté todo. Avión y un hotelazo

cinco estrellas del lado brasileño, así que *você va a tener que falar portugués*”, decía, y se cagaba de risa el hijo de puta.

“Para qué, para qué –empezó a quejarse la bruja–; tu padre y yo nunca fuimos solos ni hasta la esquina.” Era cierto, solos no, pero de chico al “Beto” lo llevamos por toda la costa: Mar de Ajó, San Clemente, hasta Necochea llegamos, y nos bancamos ese viento de mierda que ni te deja jugar a la pelota en la playa. No me olvido más porque nos pasamos una semana puteando. “Fue idea tuya, fue idea tuya”, decía mi señora; “vos siempre querés cambiar, para esto me quedaba en Boedo”. Todavía la escucho, y mire que pasó tiempo, ¿eh?

Pero se la hago corta: nos fuimos a las Cataratas. Con miedo, porque el avión es un bicho jodido, pero no íbamos a arrugar. Mi señora es corajuda y además jamás le íbamos a confesar al “Beto” el cagazo que teníamos. El pibe se dio cuenta solo y nos cargaba en el viaje, porque hasta Aeroparque nos llevó él. Nada de taxi, él en persona nos llevó y también nos ayudó con los trámites. Campeón del mundo mi pibe, cuervo de ley.

Llegamos al hotel, no lo puedo describir, mire, no puedo. Nos temblaban las piernas mientras nos registramos. Mármol por todos lados, lámparas gigantes, alfombras, ceniceros que parecían fuentes, y el *brasuca* con moñito que nos ofrecía frutas y bombones, de entrada nomás.

Subimos a la habitación. Obama me sentía, jefe, Obama. El baño tenía espejos hasta en la ducha, mi señora se hacía la graciosa y decía que el baño “era un espejismo”. La cama gigante y unas sábanas con olor a perfume, tan blancas y tan suaves que no daban ganas de usarlas. Mi mujer revisaba todo y nos reíamos felices. Nos abrazamos como chicos, parecíamos novios. Había una heladera con champagne, lo abrimos y brindamos por el “Beto”. Lo llamamos por el *celu* y le mandamos fotos para que supiera lo felices que estábamos con su regalo. Creo que esa noche hasta cogimos, con eso le digo todo.

A la mañana bajamos a desayunar: frutas tropicales enormes, fiambres, yogures, jugos de cuatro colores distintos, ser-

villetas blancas como las sábanas, jarras por todos lados, y un hornito plateado, redondito, brillante y reluciente. Lo abro y veo que hay huevos, jamón, salchichitas y alguna cosa más. Agarro la cuchara y me sirvo un platazo. Encaro para la mesa y ya le veo la cara a la bruja. Ni esperó a que me sentara.

“¿Qué te serviste Osvaldo, para qué querés comer eso? Eso es de gringo. De gringo, y nosotros somos de Boedo, ¿o te vas a hacer el alemán ahora? Lo ponen para ellos, no para nosotros.”

Yo la escuchaba y seguía comiendo mis huevos con salchichas. Más me puteaba, más le daba.

“Te va a caer mal, Osvaldo, dejá eso te digo.”

Y yo, que lo había terminado, me levanto y voy a servirme de nuevo. Demasiado para ella, que empezó a levantar la voz.

“Me lo hacés a propósito, huevos con salchichas a las nueve de la mañana, ¿qué te creés, que sos Beckenbauer? Sos de Boedo, Osvaldo, toda tu vida desayunaste mate y bizcochitos, ya bastante con las frutas, los quesos y los yogures. Te va a caer como el orto.”

“Está todo incluido” le digo, mientras le sigo entrando al “guiso”.

“¡Y qué carajo me importa! No es por eso, es porque te va a hacer mal” ya casi gritaba Olga, y los gringos empezaban a mirarnos mal.

Por suerte era la hora y nos esperaba el micro para la excursión, que también estaba incluida, así que nos levantamos y nos fuimos.

No hablamos en todo el viaje. Ni una palabra nos dijimos.

Llegamos y yo no podía más, me ardía todo y tenía una diarrea infernal. Perdimos dos trencitos de esos que parecen de juguete y te llevan hasta las pasarelas donde mirás caer el agua, porque yo no podía salir del baño. Al final la bruja se tomó el tercero y se fue sola. La Garganta del Diablo era la mía, la puta que lo parió, cómo me quemaba...

La pasamos como el orto. Todo lo hicimos separados menos dormir, y porque no podíamos pagar otra de esas habi-

taciones de lujo, que si no también me piraba y tenía toda esa catrera para mí solito.

No bajé más a desayunar, me tomaba unos mates en la habitación mientras Olga desayunaba por los dos, ¡qué odio me daba! Eso sí, con una yerba misionera buenísima y casi sin polvillo. Los mejores mates de mi vida mientras miraba los loros y la selva desde el balcón de la suite. Hasta una calabaza de lujo me compré, y no esa latita de mierda que habíamos llevado de Buenos Aires. Seguíamos sin hablar, la cosa se había puesto pesada y no daba para más. Cada uno por su lado. Sin hablar y sin mirarnos. Como el orto, todo como el orto.

Cuando llegamos, mi mujer se fue a la casa de su hermana. A la tarde vino mi pibe y no me animé a contarle. Le dije que la pasamos fenómeno y que la madre había tenido que ir a cuidar a la tía, que no se repone del suicidio de la hija.

Pobre el “Beto”, con la guita que se gastó no le podía decir la verdad. Pero yo creo que igual se dio cuenta porque los pibes se dan cuenta de todo, ¿vío? Y más el “Beto”, que no es ningún boludo.

Igual ya están en casa las dos, mi señora y mi cuñada, porque ella es de Luján y ahí se inundó y a nadie le importa una mierda de nada y los políticos no hacen un carajo. Siempre le digo al “Beto” que no se meta en nada y que labure, que es la única forma de sacar el país adelante.

Pero él no me da bola y anda haciendo campaña. Siempre fue muy solidario mi pibe, siempre de ayudar a todos, pero una cosa es ser solidario y otra meterse en política. Para mí que fue la minita ésa que tiene la que le llenó la cabeza, antes de ella la única campaña que le interesaba al “Beto” era la de San Lorenzo, bien azulgrana mi pibe. Cuervo de ley.

Martes 25 de agosto de 2015.

De oído

Becho

Es lunes a la mañana y el vagón del subte B va lleno de gente con cara de eso. De lunes. En la estación Carlos Gardel sube un gordito de unos 50 años con un violín y una remera verde loro que hace cerrar los ojos a los pocos que viajan despiertos. Se para en el medio, apoya el violín en su hombro, lo acaricia con la pera un par de veces y, con voz finita, anuncia que tocará dos piezas clásicas cuyos nombres no menciona. Lo hace con maestría y se gana un aplauso cerrado y unánime. Cuando pasa la gorra, ocho o nueve personas le ponen algunas monedas.

Antes de bajarse en la estación Uruguay, dice: “Aunque no toco el violín en la orquesta, mi nombre es Becho, en homenaje al maestro Alfredo Zitarrosa. Les agradezco a los que colaboraron con monedas y a los que solamente aplaudieron, porque de aplausos también me alimento”.

Incendio

“En caso de incendio, use las escaleras”, advierte el cartel de un edificio en Florida al 600, pleno centro de Buenos Aires.

“¿No sería mejor usar el matafuegos?”, escribió alguien abajo con marcador negro.

Tarifa

El trapito es el dueño de un sector de la Ciudad Universitaria los días en que River juega de local. Su tarifa varía de acuerdo con la importancia del partido, pero hay que saber pelearle el precio. El padre llega con su hijo, como todos los domingos, y estaciona su auto. El trapito se acerca y el padre, ya resignado, le pregunta.

—¿Cuánto vale hoy?

—Cien pesitos, jefe —dice el hombre—.

—¡¿Cien...?! Nooo —se resiste el hincha de River—. Cien es para un clásico y hoy jugamos contra Rosario Central. Con cincuenta está bien.

—Cincuenta es muy poco, deme setenta, dele —insiste el acomodador—.

—No, cincuenta está bien —se planta el hincha—.

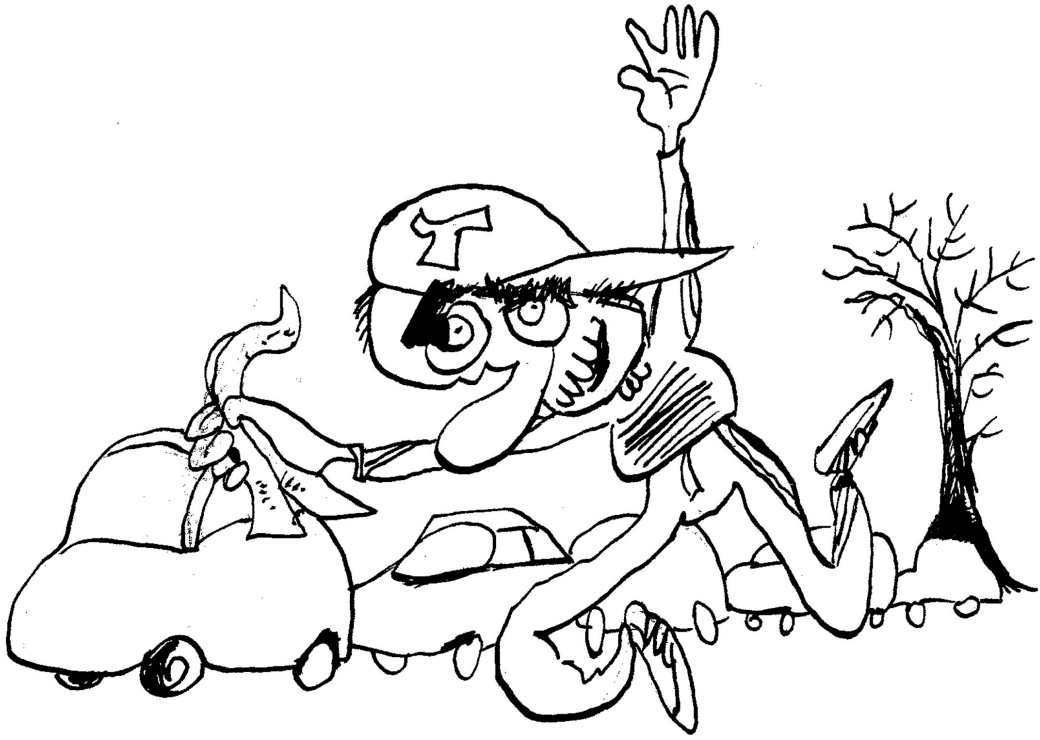
—No puedo, no puedo. Son setenta. Con menos de eso no me cierran los números —contesta el trapito, todo un hombre de negocios—.

Lágrimas

El chico tendrá unos 5 años y se refugia de la lluvia junto a su abuela bajo el toldo de un kiosco, en Corrientes y Medrano.

Ella le dice que hay que esperar a que pare, y el chico se suelta de su mano para extenderla y dejar que las gotas le mojen el brazo.

Luego saca la lengua y las prueba. “Abu —le dice—, es mentira eso que vos decís, que cuando llueve es porque Dios está llorando.”



1/12

–¿Por qué mentira? –pregunta la señora, que se siente descubierta–.

–Porque las lágrimas son saladas y las gotas de lluvia dulces –responde el nene, volviendo a probarlas–.

Hamburguesa

En la esquina de Paraná y Santa Fe, un chico le pide a los gritos a su mamá que lo lleve a McDonald's.

La madre se resiste pero el pibe no se rinde. La mamá, casi vencida, ensaya su último argumento: “No hay ningún McDonald's para nosotros por acá”, le dice con firmeza para cortar la discusión.

Pero una señora que escucha al pasar, interviene: “Sí hay, señora, sí hay. Hay un McDonald's en la esquina de Santa Fe y Callao”.

–Gracias –dice la mamá con mala cara–, pero nosotros necesitamos uno que sea para judíos –explica–.

–No hay problemas, en ése que le digo dejan entrar a cualquiera –remata la comedia–.

Definiciones

La madre joven sale del Museo Malvinas con sus dos hijos.

“¿Les gustó?”

“Sí, sí”, dicen los chicos entusiasmados, y el mayor, de unos 7 años, le pregunta: “Mami, ¿qué es un museo?”

“Lo que acaban de ver”, dice la mamá pensando la respuesta, y agrega: “Un museo es eso. Como la palabra lo dice, un museo es un museo”, explica muy docente.

Sábado 26 de septiembre de 2015.

Hurón

Llego al bar temprano, recién son las siete de la mañana y quiero tomar mi cortado antes de ir a correr un rato. Pero no hay quien me atienda. Osvaldo, el mozo, está terminando de lavar la vereda. Cuando me ve sentado a mi mesa de siempre, al lado de la ventana, se apura a tirar los últimos baldazos y entra. No está del mejor humor, se le nota en la cara, pero igual viene rápido. Ni siquiera alcanzo a pedirle el desayuno, tiene bronca y necesita descargarse:

–¿Qué le pasó, se cayó de la cama o lo echó la bruja?

Ve mi ropa deportiva y arremete.

–No me diga que usted también entró en esa variante de entrenar para las maratones, ¿no? “Runin”, como le dicen ahora... Mi nuera hace rato que entrena, y el “Beto”, mi pibe, atrás de ella. Pensaba en ellos mientras baldeaba la vereda, que cada vez está más llena de cagadas de perros. En este

barrio la van de “finolis”, y me retan si en la mesa en que se sientan encuentran alguna miga. Diga que yo no les doy bola; es más, si veo alguna miga antes que ellos, la agarro con dos dedos, se las muestro y les digo “les presento una miga”, y se mueren de risa. Pero volviendo, cada vez hay más caca de perro en las veredas. Ojo usted que anda corriendo, porque si la pisa después es un lío limpiar las zapatillas. Hay que darle con una aguja o con un cuchillo en las líneas de la suela, y siempre algo le va a quedar. Olga, mi señora, no sabe cómo rezonga con eso.

–Y claro, cómo no va a rezongar; es, justamente, un trabajo de mierda –le digo con la esperanza de que el chiste malo le baje el enojo–.

–Ahora todo el mundo quiere una mascota –sigue sin tomar nota–, pero no quieren levantar la caca y meterla en una bolsita, como hacen en Europa. Allá sí que no es joda, si no lo hacen los multan y hay que *garpar*. Si acá hicieran lo mismo iba a ver cómo las veredas estarían relucientes, porque los che-tos de este barrio prefieren tocar caca a poner la mano en el bolsillo, ya ni propina me dejan.

–Bueno no es para tanto –lo consuelo–, yo veo cada vez más vecinos con la bolsita, ya se van a acostumbrar...

Pero no hay forma de pararlo, Osvaldo encontró el tema y no admite pausa.

–No, no, con las mascotas yo no la voy, y por suerte mi mujer tampoco. El “Beto”, de chico, se moría por tener un perrito, y nosotros, que siempre le dimos todos los gustos, en esa no aflojamos. Por eso se desquita ahora que Luciana, su pareja, es “bichera” igual que él. Hasta estudió Veterinaria un par de años antes de cambiar por Historia.

Osvaldo no da respiro, y yo empiezo a sufrir porque veo naufragar mi “running”, pero no encuentro la manera de levantarme sin que se ofenda.

–La cuestión es que ahora, en su casa de Lanús, el “Beto” se sacó las ganas, tienen dos perros y un conejo. ¿Y sabe lo que le regaló Luciana para el cumpleaños?

–No, no, ni idea, ¿qué le regaló? –le pregunto, sabiendo que lo que más le gusta al mozo es prolongar el silencio para generar misterio–.

–Un hurón, le regaló. ¡Un hurón!

–Qué bueno –le digo–, son hermosos los hurones, leí que son cariñosos, muy domésticos, y además están de moda.

–No, no, ni me hable, pobre “Beto”, él se calla la boca pero yo que lo conozco sé que todavía debe estar sufriendo.

–¿Se le murió?

–Peor, si tiene dos minutos le cuento.

No los tengo, me quiero ir a correr, pero la curiosidad me gana y tengo que saber qué le pasó al hurón. “Dele, dele”, lo apuro.

–El hurón es un bicho juguetón y mansito. Era macho, así que si conseguían una hembra, hasta podían aparearlos y tener cría, venderlos y hacerse unos manguitos. Esos bichos valen más de dos lucas, y como usted dice, están de moda. Mi pibe y Luciana hasta lo metían en la cama con ellos, porque a los hurones hay que tenerlos sueltos, es como tener un gatito.

–Sí –le digo para apurarlo–, ya leí cómo son en algún lado, vaya al punto porque quiero ir a correr y se me está haciendo tarde.

–Tranqui, tranqui –me dice Osvaldo sin darse por enterado–. Hasta ahí todo fenómeno, pero se acuerda que le conté que el “Beto” labura en un taller mecánico cerca de su casa, allá en Lanús, ¿no? Bueno, el taller estaba lleno de ratas. Una plaga. Les pusieron tramperas, veneno, fumigaron y no había caso, cada vez que a la mañana subían las cortinas se las veía rajar para todos lados. Y además dejaban el taller lleno de caca, como los perros con las veredas, un asco. Entonces al “Beto”, que es

re buen pibe, y además se quería lucir con el animalito, se le ocurrió la maldita idea. Le dijo al *trompa* que él tenía un hurón, que los hurones son especialistas en cazar ratas, y que de solo verlo los bichos desaparecen en segundos y se mudan a otro lado. Don Roberto, el dueño del taller, agarró viaje corriendo. Luciana no quería, pero al final mi pibe la convenció. No le daban de comer durante el día, así estaba hambriento, y todas las noches lo dejaban suelto adentro del taller para que se morfara las ratas. Así una semana, dos, tres, pero no pasaba nada. Las ratas seguían ahí. Todo el mundo extrañado y al “Beto” lo empezaron a cargar con que ese hurón era un inútil. La jodita le dolía, así que le planteó al dueño que le diera la llave del taller para ir a la noche y ver en vivo lo que estaba pasando. A Don Roberto la idea no le gustó, porque es desconfiado y no le da la llave a nadie. Ni al “Beto”, que es cuervo igual que él y al que conoce de chico, porque era nuestro vecino en Boedo. Pero como estaba podrido de las ratas le dijo que sí y se ofreció a acompañarlo. Así que una noche fueron juntos, con dos linternas para no tener que prender ninguna luz que las ahuyentara. El tema era ver si el hurón se dormía y por eso no las cazaba. El “Beto”, además, sospechaba que la Luciana durante el día le daba de comer a escondidas, y que entonces Fredo, que así se llama el hurón porque al bicho le gustaban los helados, llegaba a la noche sin hambre. Ojalá hubiera sido eso.

Y otra vez el mozo hace silencio porque nota que consiguió lo que quería, tenerme en vilo.

—¿Y qué era lo que pasaba? ¿Descubrieron algo?

—Claro que descubrieron, claro que descubrieron. Entraron al taller por otra puerta para no tener que hacer ruido levantando la cortina y prendieron las linternas. Algunas ratitas rajaron, pero de adentro de la fosa venían ruidos y algunos aullidos agudos y cortitos, así que se asomaron y con las dos linternas barrieron el pozo hasta encontrarlos. Allí estaba

el hurón, feliz el hijo de puta, con una rata encima, grande como un gato, ¡que se lo estaba re culeando! Dale que dale a la matraca. Tan bien la estaban pasando que no se avivaron de nada. El “Beto” dice que parecía el escenario de un *cabaruti*, con los rayos de luz que los enfocaban, al mejor estilo de un show porno. Pobre “Beto”, qué vergüenza, encima el *trompa* sacó el celular y les hizo un videíto. Para separarlos hubo que pegarle un palazo a la rata y el hurón salió corriendo detrás de ella. Casi que lloraba de amor, dice mi pibe que, buenazo como siempre, dejó a Fredo en el taller porque pensó que la pasaría mejor que en su casa. Justo el “Beto”, que tiene más huevos que Ortigoza...

Me paro para irme, todavía estoy a tiempo de correr media horita, pero Osvaldo me detiene.

–Cómo, ¿ya se va?, antes tiene que ver el videíto –me dice, mientras va sacando el celular del bolsillo con su primera sonrisa de la mañana–.

Jueves 15 de octubre de 2015.

El día y la noche del vinilo

En mi casa de la calle Yatay, en Almagro, cuando quedaba solo por las tardes, mi padre se sentaba a escuchar música clásica en un “comedor” en penumbras (en esa casa no existía el “living”, había comedor, zaguán y vestíbulo). A veces lo sorprendía mi llegada cuando él, copado, hacía los clásicos gestos del director de orquesta, mientras escuchaba pesados discos de pasta que guardaba con la prolijidad del militar que llevaba adentro. Para esos años ya estaba retirado del Ejército, que lo dio de baja en el 52 por su complicidad con todo movimiento que se armara para derrocar a Perón.

De vez en cuando, escuchaba la marcha de la Revolución Libertadora y le brillaban los ojos: “...En lo alto la mirada/ luchemos por la patria redimida...”, repetía y se emocionaba el Capitán, mientras lustraba el sable que conservaba esperando una reincorporación que nunca le llegó.

A veces, lo ayudaba a limpiar esos discos con un cepillito de madera con base de terciopelo bordó, al que había que

pasar siguiendo la dirección del surco, para arrastrar la pelusa y que no se dañara la púa.

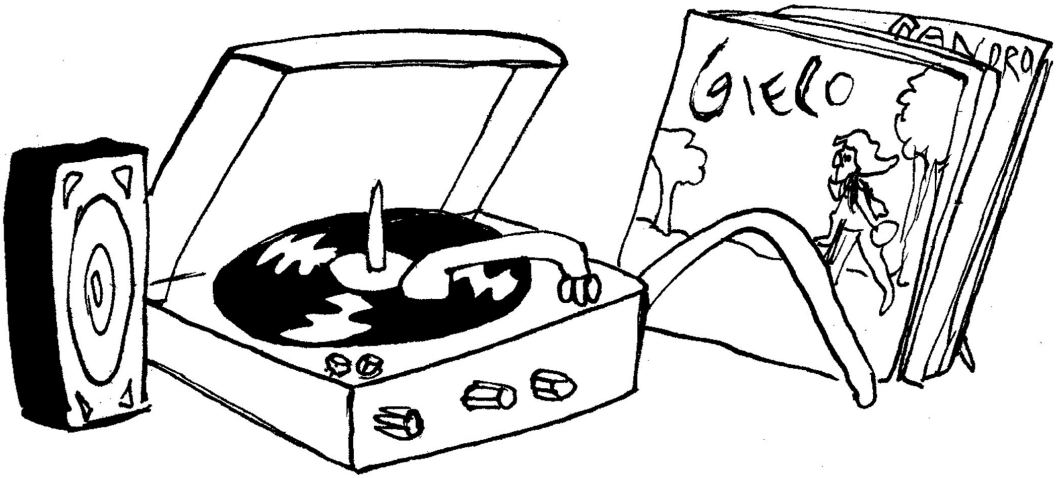
Un día se decidió y le cambió la bandeja giradiscos al “combinado”. Así se llamaba un mueble grande, de buena madera, que ocupaba gran espacio del comedor de casa, con una tapa que se abría hacia arriba dejando ver una radio a válvula a la que había que esperar un rato, luego de encenderla, para que comenzara a funcionar. El dial tenía una luz interna y una aguja que recorría de lado a lado las frecuencias: un concierto de ruidos. La radio quedó y el tocadiscos que incorporó mi papá pasó a ser el clásico Winco de color beige, que le dio un toque nuevo a ese viejo armatoste. La púa tenía dos posiciones, una para escuchar en 33 o 45 rpm, y otra para 78, y había que girar la cápsula para elegir una u otra variante.

Los primeros discos propios que recuerdo eran unos “simples”, lado A y B, de un tipo que se llamaba Tatín. Tenía un bigote finito y cantaba: “Yo soy Tatín, muy chiquitín, muy regalón...”.

La televisión era en blanco y negro y no existía el control remoto. Había que levantarse para cambiar el canal, o subir al techo a mover la antena cuando la imagen hacía “fantasmas” o se veía con “rayas” o “llovido”. Ahí subía mi padre, que no bajaba hasta que yo no le avisaba a los gritos, desde el patio de mi casa, que la pantalla estaba perfecta.

Era la época del Yo-Yo Russel, que Coca-Cola hizo famoso, la del Subiría, un jueguito que consistía en una bolita de acero que debía subir una pequeña loma, todo dentro de una pequeña cápsula transparente. También de las sandalias Skippy, un engendro de plástico que nuestros padres nos obligaban a usar porque eran baratas e indestructibles. Había de varios colores y en verano hacían transpirar tanto los pies que era imposible correr con ellas puestas.

Llenar el álbum de figuritas era una hazaña, sobre todo una colección de la marca Starosta, donde las “difíciles” eran tres ignotos jugadores que se llamaban Resucchi, Puntorero y Oster, de Vélez, Atlanta y Ferrocarril Oeste, si no me equivoco,



porque escribo desde la memoria del barrio y no de Google. Después de todo, como dijo Gabriel García Márquez alguna vez, “la vida no es lo que uno vivió sino la que uno recuerda, y cómo la recuerda para contarla”.

Las chicas usaban “colorete” en sus mejillas y se inflaban los peinados con Spray Net. Mi viejo se compraba algún traje en Braudo, que venían con dos pantalones, y los muebles más buscados eran los de Eugenio Diez. El gofio era un polvito mágico, pero no cocaína sino color marrón claro, que de chicos comíamos para tener las fuerzas de Martín Karadagián. Su *troupe* de Titanes en el Ring eran las calcomanías que acompañaban a los sobres de gofio.

Cuando tuve la edad suficiente para ir a comprar los discos solo, caminaba hasta Frávega de Corrientes y Medrano, donde había cabinas individuales a las que podía entrar para escucharlos y elegir entre varios. Siempre pedía el doble de los que finalmente compraba, así podía enterarme de las novedades. Era capaz de quedarme un par de horas adentro de esa cabina, escuchando mis ídolos de entonces que se reunían en El Club del Clan, donde empezaban a brillar Palito Ortega, Johny Tedesco con sus pulóveres de todos los colores y Nicky Jones, de ojos rasgados, que curtía una onda hawaiana con camisas de grandes flores estampadas. La otra tienda favorita era El Centro Cultural del Disco, de Santa Fe y Riobamba, donde sí era socio, con carnet y todo, y obtenía buenos descuentos. Además, ahí tenían discos importados que no se conseguían en ninguna otra parte.

Era el país de Onganía y es el de inicio de mi memoria política, porque antes solo recuerdo la pasión con que mi padre escuchó, con su radio Spika pegada a la oreja, la entrada de Fidel Castro en La Habana, en enero del 59, cuando nadie pensaba que Fidel encabezaría la revolución socialista que marcó para siempre a gran parte de mi generación.

Ya con oreja propia, no solo seguí con los Beatles y Elvis, sino que fui sumando otros grupos hasta que Pete Seeger, el

trío de Peter, Paul and Mary y luego Bob Dylan y Joan Baez, todos ellos comprometidos con la lucha de Martin Luther King por los derechos civiles, irrumpieron en mi vida y la cambiaron para siempre.

Hacia finales de los sesenta el rock nacional surgió con fuerza. Los Gatos de Litto Nebbia y los Beatniks de Moris daban paso a las nuevas bandas que se formaron bajo su influencia. Mi militancia en el colegio secundario se alternaba con los recitales en el Auditorio Kraft o en el Instituto Di Tella, donde Almendra estrenaba su primer disco y nos volaba la cabeza a todos.

Creo que empecé a trabajar como vendedor de libros a domicilio solo para aportar fondos a mi organización política y, sobre todo, para comprar los vinilos de Manal, Vox Dei, Arco Iris, Billy Bond o La Cofradía de la Flor Solar. Luego se sumaría Raúl Porchetto, con su *Cristo Rock*, y León Gieco, que llegó a fines del 72 con un álbum de folk rock inolvidable. El disco se llamó *León Gieco*, pero se hizo famoso como *El país de la libertad*. Su tema “Hombres de hierro” era un homenaje al Mendozazo y todos celebramos la llegada del Bob Dylan argentino. Pescado Rabioso, Invisible, Aquelarre, Sui Generis, Pedro y Pablo y tantos otros fueron completando un panorama que abarcaba todos los géneros musicales y testimoniales.

Mi colección de vinilos crecía y con mi viejo, que hacía esfuerzos por apartarme de mi compromiso político, compartíamos la pasión por River y por algunos temas de rock que él escuchaba a mi lado en ese combinado que aún en el 74 seguía presidiendo el comedor de nuestra casa de Yatay. El Capitán Soriani dejaba de leer *La Nación* apenas escuchaba los primeros acordes del “Oso” de Moris, al que había rebautizado “El Animal”, y juntos entonábamos aquello de “Yo vivía en el bosque muy contento”.

En el 74, mi colección de discos sumaba casi doscientos. Más de la mitad fueron requisados por la patota que allanó

mi casa en diciembre de ese año, cuando fui detenido. También se llevaron algunas colecciones de revistas como *Cristianismo y Revolución*, *Satiricón*, *Chaupinela* y *Crisis*. Reinaba el terror de López Rega y las Tres A, y se avecinaba la masacre.

Pasaron casi diez años hasta que salí en libertad. Volví a la casa de mis padres, que ya no era la de Yatay sino un departamento más pequeño en el mismo barrio de Almagro. Recuperé algunos discos que se habían salvado y otros los sigo buscando hasta hoy por diferentes plazas, ferias o “cuevas” de Buenos Aires.

“¿Tenés vinilos de Los Gatos?”, fue la frase con que machaqué mil veces la paciencia de mi hijo Joaquín, cuando de mi mano él cambiaba sus figuritas en el Parque Rivadavia mientras yo buscaba alguno de los discos que me habían robado, o las Starosta con las caras de Resuchi, Puntorero y Oster, que me seguían faltando para llenar aquel álbum de la infancia.

A veces encuentro algún disco que tuve y pienso que es el mío que vuelve a mis manos para que lo acaricie como en aquellos días. Otros tienen dedicatorias que asombran o estremecen. “Con amor, porque en la calle codo a codo somos mucho más que dos”, le dice un tal Ramón a alguien en la contratapa de *Canciones para el Hombre Nuevo*, de Daniel Viglietti. Jaime Dávalos, de puño y letra, le dedica uno suyo que compré por ahí a un tal Gedalio Tarazón, “que empuja en la recuperación de la conciencia nacional”, y pone la fecha: 24 de junio de 1966, cuatro días antes del golpe de Onganía a Illia. Nunca pude averiguar quién era el tal Gedalio.

“A nuestra hija Victoria, para que se duerma escuchando ‘las Nanas’, y sueñe con un mundo nuevo, con amor, paz y justicia para todos”, le dicen sus padres a la niña, en la lámina interior del disco donde Serrat canta a Miguel Hernández.

Lejos de las ediciones nuevas que los grandes sellos han resucitado ahora a precios insólitos, de las láminas lujosas en papel satinado y de los nuevos inventos marketineros como

“la noche o el día del vinilo”, sigo persiguiendo aquellos viejos discos con la misma pasión que en mis días de adolescencia.

Siempre hay alguno por recuperar o sumar a la colección, esquivando a los mercaderes que subidos a la ola son capaces de pedir diez mil pesos por el *Artaud* de Spinetta, ese de la tapa rara, o por otro inconseguible como *Pidamos peras a Mandioca*, con temas de Manal, Pappo, Tanguito y Alma y Vida.

Poco importa si los nuevos formatos suenan mejor o si son más fáciles de llevar de un lado al otro. Para algunos, los vinilos son incomparables. Abrirlos, mirar sus láminas, leer sin lupa las letras de las canciones, gozar el arte de tapa, tocar ese cartón ajado por los años, limpiarlos solo con agua de la canilla y no fallar con el pulso para apoyar la púa en cada surco, son parte de una ceremonia casi mística. Aunque suenen gastados, golpeados o rayados. Después de todo, así quedamos todos desde entonces.

Miércoles 18 de noviembre de 2015.

Visto y oído

La foto

Carlos González siempre llevaba la foto en su billetera como una rareza que enseñaba a sus amigos. Había sido el monaguillo del casamiento de uno de sus ídolos: el “Coco” Basile.

En la foto en blanco y negro se veía a la pareja dando el “sí” ante el sacerdote. Ella de radiante vestido blanco y él de impecable smoking negro. Todo blanco y negro, menos la sonrisa del monaguillo, un arco iris paradito frente al ídolo y su novia.

Para Carlos esa foto era un tesoro que no tenía precio y la contraseña para alegrar la cena con sus amigos del barrio que, más de treinta años después, siempre querían verla de nuevo. Con ella volvían a su infancia, el lugar al que todos quieren regresar. La iglesia era San Cayetano, en Liniers, donde Carlos creció jugando a la pelota en la calle y ayudando

misas para sacar las propinas que gastaba en golosinas o en sus primeros cigarrillos.

Pero un día lo asaltaron y, a pesar de sus ruegos, junto con la billetera los chorros le llevaron la foto que más quería y de la que no tenía copia. Fueron meses de lamentarlo hasta que un día, durante una de esas cenas con sus viejos amigos de Liniers, la casualidad lo pone frente al “Coco” Basile que, sentado a pocas mesas, festeja en el mismo restaurante un logro deportivo junto al plantel de Vélez completo.

Carlos espera con discreción que el “Coco” termine, no quiere interrumpir los brindis ni los cantos junto a sus jugadores, pero ya lo tiene decidido: cuando se vaya lo va a encarar.

Sus amigos van partiendo y él inventa una excusa para quedarse. Espera y desespera de ansiedad pero no puede equivocarse; hay que buscar el momento justo para abordarlo.

Y llega.

Cuando Basile se desprende del último abrazo de sus dirigidos y camina hacia la puerta, Carlos lo cruza con decisión:

–“Coco”, usted se casó en el 70 en la parroquia de San Cayetano, ¿no? –pregunta tímido y sin tutearlo–.

–Creo que sí –duda Basile–.

–Bueno, yo fui el monaguillo que ayudó al cura en su ceremonia, y la foto de ese momento era para mí una reliquia hasta que me la afanaron. Lo que quería preguntarle era si, por casualidad, usted no tendría esa foto en su casa para que yo le pueda sacar una copia y recuperar un recuerdo muy valioso para mí –le dice Carlos de un tirón tratando de conmoverlo–.

El “Coco” lo mide con la mirada y, moviendo la cabeza de un lado al otro, le responde con voz cascada y sonrisa ganadora:

–Flaco, ya no me acuerdo ni quién era esa mina con la que me casé... ¿y vos querés que me acuerde dónde está la foto?

El padre

El padre “Tito” hace años que camina las villas del país. Lleva más de veinte con el Evangelio en una mano y la otra siempre libre para empuñar una pala, un pincel, un serrucho o lo que haga falta para ayudar a los vecinos. Juega al fútbol en los campeonatos de la villa, da misas y consejos, intermedia en los conflictos, bautiza a los recién nacidos y da la primera comunión todos los 8 de diciembre. El cura reza pero no espera que el hambre, el abandono y la miseria se resuelvan en el paraíso. “Tito” es impaciente y quiere soluciones aquí en la tierra o en el barro, por donde siempre camina. Por eso encabeza las marchas cuando los vecinos se deciden a reclamar por algunos de sus derechos. Es su vocero frente a los medios, sabe que las autoridades siempre respetan más a una sotana que a una ropa raída, y redacta los petitorios que tantas veces terminan en algún cajón de la burocracia. El padre “Tito” se prende en todas. Algunas cosas consigue y otras, no. Ya hizo un curso de enfermería, así que por las madrugadas pone inyecciones o da calmantes a quienes los necesiten. Las ambulancias siempre tardan en llegar a ese barrio del Dock Sud, en el medio de la nada, y por eso aprendió primeros auxilios.

Pero el cura es incansable y un día decide anotarse en la Universidad Católica. Será abogado. Sí, él mismo será el abogado del barrio y defenderá con el Código en la mano los derechos de los vecinos. Está cansado de que la Justicia no resuelva nada, y no quiere ni tiene para pagar los honorarios de nadie que pueda defenderlos en esas instancias tan ajenas. El cura todavía es joven, aguerrido, tiene memoria, inteligencia y amor propio, así que roba horas al sueño (“robar horas no es pecado ni delito”, dice), cursa por las mañanas y por las noches estudia Derecho en esa pequeña casilla donde vive. “Tito” recita leyes, artículos y rinde exámenes en la Universidad durante casi cuatro años hasta que se recibe.

Hay fiesta ese día en la villa. El padre “Tito”, el enfermero, ahora también es abogado y los vecinos saben que el cura es uno de ellos y no los va a traicionar. Bailan, brindan y festejan hasta la madrugada. Cuando la fiesta está en su apogeo, un miembro de la comisión vecinal pide la palabra y anuncia que tienen un regalo para darle en nombre de todos. “Tito” pasa al frente, donde improvisaron una pequeña tarima y el representante barrial lee unas palabras que tiene preparadas. Se emociona mucho así que apura el final: “Ahora, Dr. ‘Tito’, todo el barrio te hace entrega de este presente”, le dice extendiendo una cajita pequeña de cartón artesanal, color marrón. El cura la abre, toma una tarjeta de la cajita y lo que lee en voz alta dice:

“Padre Alberto Casco, Sacerdote y Abogado. El sábado te casa, el miércoles te divorcia”, y tiene dibujada una pequeña cruz que se apoya en los platillos de la clásica balanza de la Justicia.

La receta

La farmacia está en una esquina de Almagro desde hace muchos años, como cuarenta. Y el farmacéutico, Don Ramos, siempre detrás del mostrador. Nunca tuvo ningún empleado. Su señora, Doña Inés, lo acompaña a veces, pero solo se dedica a cebarle mate a su marido y a los clientes que llegan con la receta en la mano, buscando la palabra sabia de Don Ramos, en quien todos confían más que en su médico. Esa tarde el que llega a la farmacia es un jubilado que ha crecido en la cuadra y que cada día necesita un pastillero más grande. Despliega las recetas en el mostrador, y Don Ramos busca las medicinas en los cajones. Nadie se apura en esa farmacia, y además los mates de Doña Inés son los mejores del barrio.

“Éste para la artrosis, éste para la presión, éste para dormir, éste para el corazón”, va enumerando el farmacéutico hasta llegar al último.

El jubilado mira con tristeza el vidrio del mostrador, teñido por los colores de las pastillas que su amigo acaba de desparramar, y pregunta muy confundido:

–Pero... ¿cómo tengo que tomar todo esto?

Mientras va poniendo las cajas de remedios en una bolsita con el nombre de su farmacia, Don Ramos medita la respuesta.

–Con calma, tómelo con calma –le dice al fin el farmacéutico más sabio del mundo–.

Jueves 31 de diciembre de 2015.

Multa

Entro a la Sede Comunal N° 1 de Uruguay 740. Días antes pedí un turno telefónico y fui reprendido severamente porque según el criterio de la señorita con la que hablaba “es más cómodo y más seguro vía web”.

Cuando llego, me dan un talón con una letra y un número con el que seré llamado para pagar o protestar la multa que acabo de recibir por correo. Hay mucha gente en la sala de espera, así que saco de mi mochila el último libro de Eduardo Galeano y me pongo a leer.

Los relatos me llevan a otros universos, muy lejos de esa sala de espera gris y de todo el gris que me rodea en esa mañana de lluvia del lunes 4 de abril pasado. La mañana en que se empezaron a ventilar los Panamá Papers.

Mientras leo, espío con un costado del ojo el tablero que anuncia los llamados. Cuando miro el reloj, caigo en la cuenta de que llevo casi una hora ahí sin que nunca figurara en la pantalla la letra con la que me deberían llamar.

Me levanto y veo un cartel que dice “Infracciones”. Me acerco a dos empleados que charlan sobre Messi con pasión, casi tirados sobre sus escritorios y con cara de aburridos. Les explico a qué vengo y se miran uno a otro para decidir quién me atiende. Ninguno quiere. Pierde el que no le gusta Messi.

Le muestro el acta de la falta y le digo que no quiero hacer el pago voluntario porque fue mal hecha. Se fija en la computadora y me dice que además de esa tengo otra. Me la explica y le digo que esa sí la voy a pagar.

“Le conviene evitarse problemas y pagar las dos acá, que es la ventanilla de pagos voluntarios y tendrá un descuento”, aconseja. Le digo que no, que no se trata de descuentos sino de no pagar lo que no corresponde. Insiste: “Yo se lo digo de onda, va a ir al segundo piso, que es donde se escuchan los descargos, y ahí lo van a cagar. Lo van a cagar seguro, no hay excusa que valga, acá todos *garpan*. Además le harán pagar sin el descuento. Yo se lo digo de onda, se va a ahorrar tiempo y plata. El tipo de arriba es muy jodido”, insiste. Le agradezco pero rechazo la propuesta.

“Es bravo el que está allá arriba, se va a arrepentir”, vuelve a advertirme. Subo la escalera muy confiado en mis razones.

En la oficina del segundo piso no hay nadie esperando y me alegro. Solo tres empleados. Dos mujeres, sumergidas en las computadoras, y un hombre que con gestos y modos de guardián penitenciario me ve y no me pide, me ordena que me siente. “Este es el jodido”, pienso. Estamos frente a frente, me mira fijo y en silencio. Mira el acta que le extiendo y me vuelve a mirar. El silencio se prolonga, dudo si estoy frente a un psicólogo lacaniano o un comisario de la bonaerense. Tiene la mirada lavada. Torva. Peina canas a la gomina, bien estiradas.

“¿Va a pagar?”, pregunta en tono severo, amenazante. Se disipan mis dudas, no es un lacaniano.

Le digo que no, que estoy ahí para protestar el acta.

Me pregunta si giré o no giré a la izquierda en esa avenida, ya elevando el tono.

Pretendo explicar la circunstancia en que lo hice. Me interrumpe: “¿Giró o no giró?”, repite casi gritando.

Empiezo de nuevo, me corta.

“¿Giró o no giró? Conteste. Sí o no”, grita y golpea el escritorio que nos separa.

La escena un poco me asusta y otro poco me divierte. No me hace perder la calma.

Le digo que no estoy en una comisaría, que no voy a responder a ningún interrogatorio policial, que quiero explicar la falta porque para eso estoy ahí.

“No hay nada que explicar. ¿Giró o no giró?”, grita furioso el energúmeno. Pienso en Kafka.

Le pregunto si sabe que ese lugar es una oficina pública, que soy un ciudadano que cumple con una obligación y ejerce a la vez un derecho, que no estoy acusado de ningún delito, que él no es mi inquisidor y que de ninguna manera voy a dejarme atropellar así. Mi tranquilidad lo exaspera.

“¿No sabe que la dictadura se acabó en el 83. Usted trabajó para Videla?”, le pregunto. Las empleadas se mueven incómodas en sus sillas. Se asustan.

El tipo baja el tono, y dice que me escucha.

Le doy mis razones para negarme al pago, son contundentes.

Me pregunta de qué trabajo, cuando le digo, su tono cambia. Ahora es el “interrogador bueno”. Quiere ser amable pero no le sale. Su tono es paternalista, cínico.

“Por esta vez lo perdono”, dice Dios. Pienso que zafé de la multa pero me equivoco.

“Haga el pago voluntario que tiene descuento. No corresponde, pero voy a hacer una excepción. Firme acá y listo.”

Me voy, pero antes le pregunto el nombre. “Carlos Giménez”, dice a desgano y con sonrisa gastadora. Recuerdo a Darín, el “Bombita” de *Relatos salvajes*.

Bajo la escalera y me cruzo con mi consejero en planta baja: “Jodido el de arriba, no? Yo le avisé”, dice cómplice.

Salgo a la mañana lluviosa, entro en el café de la esquina, vuelvo al libro para serenarme. El libro se llama *El cazador de historias*. Qué hubiera hecho Galeano con ésta, me pregunto mientras revuelvo mi café y en la mesa de al lado discuten sobre las *offshore* de Macri.

Miércoles 27 de abril de 2016.

Visto y oído

El pibe, de unos 5 años, va hacia la orilla del mar con un amigo y un balde de plástico en la mano. El balde tiene un pececito flotando, muerto.

“Vamos a buscar un pez que sepa nadar, éste que pescamos se murió porque no sabía”, le dice a su amigo, mientras hunde el baldecito en la ola.

...

Fabiana se separó hace algunos años, y desde entonces no volvió a formar pareja. Ya anda por los 50 y no es tan fácil enamorarse: “En cada beso, en cada abrazo, se impone siempre un pedazo de razón”. Siempre recuerda esos versos de Pablo Milanés cuando algo muere tan rápido como llegó.

Pero esta vez es distinto. El tipo le mueve el piso. Le gusta su manera de mirar; sus ideas y su forma de defenderlas. Le gusta su profesión, sus hábitos y su sentido del humor. Le gusta lo que lee y lo que piensa. Todo el tipo le gusta.

Salen juntos una, dos, tres veces y una noche, casi al borde del desaliento, él se decide y la lleva a su casa. Van a dormir juntos y siente el cosquilleo típico que no sentía desde hace años. Está feliz y casi enamorada.

Se desvisten con pudor, de a poco y en penumbras. Se acarician, se besan y de pronto los dos están desnudos, uno frente al otro, por primera vez.

Fabiana lo mira hipnotizada, lo recorre de punta a punta, lo devora con los ojos; hasta que llega ahí. El tipo casi perfecto tiene un miembro tan chiquito que ella que todo lo ve, no lo ve. Es chiquito, pero chiquito chiquito.

“Lo esencial es invisible a los ojos”, piensa Fabiana, que no puede disimular su desazón.

Él se da cuenta que acaba de surgir entre ellos el primer inconveniente, y que debe sortearlo para que la noche y la magia no se rompan para siempre.

“Bueno Fabi, hasta hoy nos entendimos en todo, no nos vamos a poner ahora a discutir por pequeñeces”, le dice despacito al oído mientras la tumba en la cama.

•••

El restaurante es un clásico de Buenos Aires, queda casi al final de la Costanera Norte, muy cerca de la Ciudad Universitaria. Está siempre abierto y a toda hora los clientes se sientan en sus mesas, cómodas y prolijas. El salón es amplio, ideal para grandes grupos o familias numerosas. El ambiente es distendido y los mozos profesionales, que nunca olvidan o confunden el pedido.

De madrugada, su famosa barra es el lugar ideal para los hambrientos tardíos: el choripán y las papas fritas son el menú preferido por bohemios, artistas, y algunas parejas tramposas que estiran su romance clandestino, mirando el reflejo nocturno de la luna sobre el río. También algún desvelado estudiante de Exactas, o grupos de amigos que terminan



tarde su fulbito semanal y van juntos a reponer energías. Las combis llegan cargadas de turistas, y el bife de chorizo especial de “Los Platitos”, que así se llama el lugar, tiene entre ellos el éxito asegurado.

Pero los dueños quieren estar seguros de que sus clientes volverán y que no serán tentados ni confundidos por restaurantes cercanos, así que a cada visitante le entregan, antes de retirarse, un folleto explicativo con el mapa para llegar. Es un pliego de cuatro páginas que tiene como tapa, sobre fondo amarillo, la foto del local y la leyenda: “Un lugar de jerarquía en el mejor sector de la Costanera Norte”.

Adentro despliega un gran mapa del Parque de la Memoria, en verde intenso, rodeado por las prolijas fotos de los monumentos que, en su interior, recuerdan a todas las víctimas del terrorismo de Estado.

El folleto dice “Hace 25 años que los recordamos”. Y titula en letras más grandes: “Parque de la Memoria, ¡Justo enfrente!, *Memorice*, Los Platitos, un clásico de prestigio...” y la respectiva flecha que indica la entrada del restaurante.

•••

Un cortocircuito en el buffet provocó el incendio del Estrellas del Sur, un club que es el orgullo de Wilde. Las pérdidas son cuantiosas y si no se reconstruye los chicos no tendrán el espacio de contención que los saca de la calle y los prepara en el deporte y en la vida. Hay tristeza entre los vecinos, que se organizan para vencer el desaliento.

Deben conseguir lo que haga falta para reconstruir el club: ladrillos, cemento, arena, pintura, madera, muebles. Todo será bien recibido y mejor utilizado.

Golpean puertas, hacen rifas y recolectan fondos entre los comerciantes del barrio, pero no alcanza. Alguien, entonces, propone llamar a los medios para que la noticia trascienda las fronteras de Wilde.

Luego de algunas gestiones logran que el presidente del club salga por varios canales de televisión para pedir el apoyo de la comunidad. El hombre explica la tragedia hasta que la emoción lo quiebra y no puede contener el llanto.

Mientras el presidente llora, aparece su nombre al pie de la pantalla. “Chiquito” Dapena, se llama el directivo.

•••

“Afilamos todo lo que tenga filo”, anuncia un cartel con grandes letras rojas sobre fondo blanco en una ferretería de Villa Crespo.

–Jefe, si tiene filo, ¿para qué necesito afilarlo? –le pregunta un hombre al ferretero, que lo mira desconcertado–.

Domingo 3 de julio de 2016.

Visto y oído

En los recientes Juegos Olímpicos de Río de Janeiro el alemán Christoph Harting arrojó el disco a 68,05 metros, mejorando su propia marca y superando al campeón mundial, Piotr Malachowski, que venía liderando el torneo.

Luego de su sorprendente triunfo, el atleta contó que se había preparado muy duro para coronarse, y que en los últimos años entrenaba con el disco más de diez horas diarias.

Sin embargo, en Alemania recibió mas críticas que elogios porque Harting no tuvo mejor idea que festejar su logro bailando en el podio mientras pasaban el himno de su país, un gesto demasiado transgresor para las disciplinadas costumbres alemanas.

“Era la primera vez que sonaba el himno nacional en mi honor: estaba tan nervioso que me dieron ganas de bailar y no pude contenerme”, aclaró luego de la ceremonia, ya con la medalla dorada colgando de su cuello.

La explicación, quizás, no hacía falta. ¿De qué otra manera podía festejar, que no fuera bailando, alguien que pasó tantos años entrenando con un disco debajo del brazo?

...

Germán Chiaraviglio vivió a los saltos desde niño. Él y sus dos hermanos, Guillermo y Viviana, nacieron con una garrocha debajo del brazo. Los tres participaron en competencias internacionales y ganaron trofeos y medallas de todos las formas, tamaños y colores. Quizás por eso a Germán le fue más fácil, en Río de Janeiro, saltar 5,70 metros con su garrocha que volver al piso luego del tremendo esfuerzo.

“Todavía no caí”, le respondió el atleta a la prensa cuando le preguntaron, al día siguiente, qué sentía frente a semejante logro.

...

La tragedia se desató en el barrio Fonavi de Necochea, una fría mañana de julio.

Roberto Vecino mató a toda su familia. A su mujer, a sus tres hijos y a un vecino que quiso evitar la masacre.

Al hijo varón, que había logrado escapar del infierno, lo corrió cincuenta metros y lo degolló de un machetazo.

“Para vos también tengo”, le dijo Roberto Vecino a su vecino, valga la redundancia, y le cortó la cabeza.

Luego entró a un galpón y se suicidó, colgándose con una soga.

Ricardo Canaletti, especialista en estos temas, describe por TV la matanza y no ahorra detalles del morbo que la rodea. Cuando busca cerrar la nota se queda mudo. Pasan segundos que parecen horas hasta que balbucea una frase inolvidable: “Roberto Vecino mató a cinco personas en diez minutos y se suicidó. Esta historia no tiene remate”.

...

El cliente siempre se siente muy cuidado en ese clásico restaurante de Pinamar. También cuando deja la mesa y enfila para los baños.

Tanto en el de damas como en el de caballeros, hay sendos letreros grandes y muy visibles que advierten:

“Agua potable: no apta para el consumo humano”.

...

El puesto que vende flores en la esquina de Santa Fe y Callao está abierto las veinticuatro horas. El florista que lo atiende por las noches tiene unos 25 años y va a la escuela para adultos. Cuando sale, toma su guardia en el puesto hasta la mañana siguiente. En invierno, el frío le corta las manos y se hace más difícil sostener el libro, por eso lo apoya en la mesita de madera que le hace de mostrador y lo lee inclinado hacia adelante, sentado en una banqueta, con las manos en los bolsillos. Cuando viene algún noctámbulo, lo cierra y entonces se puede ver la tapa negra y las grandes letras rojas: *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano. El libro, se nota, ya lleva muchos años girando de mano en mano: “ajadito, gastadito”, como le gustaba decir a su autor.

Uno de sus clientes, ya casi amigo, le pregunta cómo llegó ese ejemplar hasta ahí, y el florista cuenta: “Yo voy a la escuela para adultos y cuando Cristina expropió YPF discutimos en clase con el profesor de Historia si había que pagarles una indemnización a los españoles para quedarnos con la empresa.

Él decía que no y yo que sí. Me parecía injusto no darles ni un mango como reparación ante la quita.

La clase estaba dividida en dos, casi que mitad y mitad. Como nadie convenció a nadie, el profesor nos aconsejó leer este libro a todos los que decíamos que había que pagarles.

Yo no tenía plata para ir a comprarlo y en la biblioteca de la escuela había un solo ejemplar, así que hicimos un sorteo para ver quien se lo llevaba primero. Salí anteúltimo, recién me tocó ahora, un poco tarde, pero valió la pena”.

—¿Por qué? —quiere saber, curioso, su cliente amigo, que confiesa no haberlo leído nunca—.

—Es que me hizo entender que mi profesor tenía razón. No había que pagarles, porque los españoles ya se llevaron mucho de acá. Da bronca leer todo lo que nos robaron durante siglos. Mire —continúa embalado y docente el florista—, es como si a mí un tipo me afanara todas las noches un ramo de flores y, con ellos, tiempo después, abriera un kiosco en la otra esquina. Si ante mi reclamo para que me las devuelva pretendiera que le pague por ellas, no solamente no lo haría, sino que si pudiera lo cagaría bien a trompadas. Este libro me avivó, me abrió los ojos. ¡Léalo! —aconseja con énfasis mientras le pone moño al ramo de claveles rojos que acaba de vender—.

Sábado 10 de septiembre de 2016.

Inmortal

Todos creímos que era inmortal. Él también.

Cuando se festejaba en Cuba el 25 aniversario de la Revolución, la isla se vistió de fiesta para recibir delegaciones de todo el mundo, que más allá de sus diferentes definiciones políticas, se acercaban a saludar la gesta de ese pueblo sufrido, pero de un heroísmo que reconocían hasta sus enemigos más poderosos.

El presidente de un país amigo se acercó a Fidel con un regalo algo extraño. Una tortuga gigante, típica de la región que representaba.

Él, sorprendido, miró el obsequio. Lo miró y miró durante un rato largo. Acarició su caparazón y se rió cuando el enorme animal escondió la cabeza, asustado, entre sus pliegues.

De pronto, observando al presidente que había traído el regalo, le preguntó:

—¿Dime, cuánto tiempo viven estos bichos?

–No se preocupe Comandante, respondió el invitado, son muy longevas, suelen vivir cerca de ciento veinte años.

–Me lo imaginaba –respondió Fidel–, y no te ofendas pero llevátela, porque ese es justamente el problema. Uno se encariña, y ellas después se mueren.

Todos creímos que era inmortal. Él también.

Sábado 26 de noviembre de 2016.

Mannequin Challenge

Cuando mi padre me llevaba al colegio, en la década del sesenta, compartíamos un juego que él decía haber inventado. Íbamos tomados de la mano –yo tenía 7 años– y de pronto papá decía “Alto”, y ahí nos quedábamos, inmóviles los dos, en la posición en que nos sorprendía su grito. El que se movía primero, perdía. Lo jugábamos solo dos veces por semana, “para no aburrirnos”, decía el Capitán Soriani, que no cambiaba su decisión a pesar de mis ruegos para que lo hiciéramos más seguido.

A veces, mi padre llevaba a esa escuela de Almagro a otros chicos del barrio, y el juego se hacía más entretenido. Todos querían ir con nosotros, porque caminar esas cuadras atentos a su voz de “Alto” era una fiesta que nos divertía y excitaba.

Sus fallos eran inapelables y el que acumulaba más prendas durante esas cinco cuadras, perdía. Con el paso de las semanas perfeccionamos la técnica y era cada vez mayor el tiempo que durábamos quietos. Las caminatas a la escuela

se hicieron más largas, porque los minutos transcurrían con nosotros inmóviles y vigilando el mínimo movimiento que hicieran los demás, aunque siempre la última palabra era la de mi viejo, que repartía sus fallos de manera pareja, para hacer la cosa más competitiva.

Era una época de juegos en la calle, en ese barrio de clase media donde las simpatías se dividían casi por igual entre radicales y peronistas. Yatay era una calle sin semáforos y en su esquina con Cangallo había un buzón que era el punto donde nos reuníamos para ir a jugar “a la pelota” al Parque Centenario, del que nos separaban pocas cuadras.

Caminábamos por Cangallo hacia Río de Janeiro y pasábamos por la puerta del departamento donde vivía Silvio Frondizi. El “Profesor Frondizi”, como se lo conocía en el barrio, era querido y respetado por los vecinos, que lo veían hacer las compras junto a Doña Pura, su mujer. Sus hijos, Silvia y Julio, compartían con nosotros los juegos y los días.

Silvia, un par de años mayor, nos hacía suspirar con su belleza inalcanzable, y envidiábamos sus novios, a los que siempre elegía fuera de las fronteras del barrio.

Silvio, hermano del presidente Arturo, fue militante de izquierda, profesor universitario y abogado defensor de presos políticos. Sus ideas y su compromiso provocaron su asesinato por la Triple A de López Rega. En septiembre de 1974 una patota lo arrancó de su casa en pleno día y lo asesinó a balazos en los bosques de Ezeiza. Su yerno, Luis Mendiburu, esposo de Silvia y militante de la Juventud Peronista, quiso evitar el secuestro y también fue asesinado. Todavía no hay una placa que los recuerde, es una deuda pendiente, pero ese crimen quedaría para siempre en la memoria del barrio.

El “juego de las estatuas” era uno más entre muchos. “El patrón de la vereda” cotizaba alto, porque podían compartirlo varones y mujeres. Se sorteaba quien sería el “patrón” y el elegido se paraba en el medio de la vereda para tratar de agarrar

a los demás, que lo desafiaban corriendo por el cordón o por la calle, donde los fines de semana no pasaba ningún auto. Al que tocaba, caía “prisionero” e iba a parar contra la pared, a espaldas del “patrón”, que a su vez debía evitar que los “prisioneros” fueran liberados por los que seguían jugando. Cuando caían al menos tres participantes se cambiaba de “patrón”, y los presos estaban obligados a cumplir las prendas que decidieran los demás jugadores.

También se jugaba al “quemado”, que no hace falta explicarlo porque aún hoy está vigente, y al “hoyo pelota”, levantando las tapas de las bocas de agua que existían en las veredas para usarlas como hueco, donde había que embocar la pelota de goma a rayitas marrones y amarillas, la clásica “Pulpo”. Los domingos a la tarde eran para las carreras de carritos de madera, armados por nosotros mismos, con cuatro listones cruzados, dos ejes y cuatro rulemanes. Eran de “tracción a sangre”, así que uno empujaba y otro manejaba el carrito, turnándose en los dos puestos. Las carreras eran ruidosas y nunca empezaban antes de las cuatro, cuando los vecinos terminaban su siesta.

Los partidos en la calle solían suspenderse con la llegada de algún patrullero de la “Once”, que era la comisaría de la zona, en la avenida Díaz Vélez, a metros del Hospital Durand y a pocas cuadras del Instituto Pasteur, de donde salían los famosos camiones de la “Perrera”, impensables hoy, pero frecuentes en aquella Buenos Aires. Esos camiones eran el terror del barrio. Se dedicaban a “cazar” perros callejeros y llevarlos al Pasteur donde, si no eran reclamados a tiempo por el dueño, se los mataba sin más.

Recuerdo un domingo que se llevaron a nuestro “Colita” y tuvimos que correr con mi padre las ocho cuadras que nos separaban del Instituto para rescatarlo con vida. Volvimos felices, el Capitán y yo, con “Colita” en nuestros brazos.

En esa época aparecieron los sifones Drago. Fabricar soda antes de almorzar era fantástico. Había que calcular muy bien

el gas que se le ponía, para que no pareciera “pis de gato”, según definía mi madre, que no estaba para nada convencida con una compra que papá había decidido sin consultarla. “Se paga solo”, repetía mi viejo cuando ella se quejaba por un gasto que juzgaba inútil, además de peligroso. “En cualquier momento volamos todos” repetía con tono de tragedia.

La basura se sacaba a la calle en tachos de lata, que los basureros vaciaban y dejaban en el mismo lugar de donde los habían levantado, con cuidado para que no se abollaran. Se compraba carbón suelto en las “carbonerías” y se calentaba agua en pavas enormes. El calefón eléctrico fue otro invento revolucionario en esa Argentina de los sesenta, y reemplazó con éxito a las incómodas pavas.

Las fogatas de San Pedro y San Pablo eran una ceremonia que se preparaba durante el mes previo, juntando madera, dejándola en algún baldío y cuidando que no vinieran “los del otro barrio” a robarlas, mientras se armaba el muñeco que todos los años nos parecía más grande y más lindo que el anterior. Las papas y batatas a las brasas eran el final de fiesta, con todos los vecinos celebrando en la calle la quema del muñecote gigante.

Después crecimos y nos fuimos del barrio. Algunos siguieron una vida sin sobresaltos y a otros les tocó la cárcel, el exilio o la muerte cuando la dictadura de Videla terminó con los sueños de varios de los que crecimos en esas cuadras.

Silvia y Julio Frondizi, los hijos del viejo Silvio, pudieron refugiarse en Italia y desde ahí habrán recordado el viejo “juego de las estatuas”, que ahora se llama “Mannequin Challenge” y se puso de moda en las redes sociales. Miles de personas en el mundo juegan a congelarse en las posiciones más insólitas, luego las fotos circulan por Internet y el “Mannequin Challenge” aumenta su número de adictos.

Artistas famosos interrumpen sus shows para que la multitud que los presencia se quede paralizada. Luego, un video en You Tube difundirá por el mundo la proeza. Hasta las FARC lo utilizaron como un recurso de propaganda cuando

negociaban el tratado de paz con el presidente Santos en Cuba, y las imágenes estáticas de los guerrilleros en sus campamentos de la selva colombiana lograron miles de visitas en la Web. El comandante Timochenko sonreía satisfecho por la repercusión de la iniciativa, que se viralizó por el mundo.

Muy lejos de imaginar todo esto estaba el Capitán Soriani, cuando camino a aquella escuela de Almagro gritaba “Alto” y todos nosotros obedecíamos su orden para quedar congelados en el aire, y suspendidos en el tiempo.

Domingo 12 de febrero de 2017.

EPÍLOGO

Letra y música

Por Ernesto Tiffenberg

De chico, Hugo quería ser cantante. Entona discretamente pero él sostiene que si no fuera por su estadía en la cárcel (“los mejores años de mi vida”, apenas bromea) hubiera triunfado en los escenarios. También quería ser futbolista y también sostiene que tenía garantizada la fama en las canchas, pero eso ya es otra historia.

Tanto quería ser cantante que soñó que lo reemplazara Joaquín, su hijo, que entona bien y toca la guitarra aún mejor. Joaquín no le dio el gusto y siguió el camino de la economía. Así contado, todo parece una corta lista de fracasos pero el día que empecé a recorrer las páginas del libro que hoy tienen en sus manos me di cuenta de que Hugo lo había logrado. A su manera, claro.

Cada uno de los relatos, llamarlos contratapas los reduciría injustamente a su ubicación geográfica, es una letra. Una

historia para contar, la emoción entre líneas, las palabras necesarias para transmitirla y la sorpresa siempre al acecho.

Pero también es una música. Un ritmo, una cadencia. Por eso los relatos de Hugo más que leerse se escuchan. Sus amigos saben, sabemos, que eso no es una metáfora.

No son muchas las personas capaces de descubrir y aislar un hecho que necesita ser contado. Requiere curiosidad y sobre todo capacidad de asombro. Los que lo logran se dividen entre los muchos que agotan la experiencia en una mesa de café con los amigos y los menos que consiguen escribirlas para los que no son sus amigos. Algunos pocos logran las dos cosas.

No soy experto en literatura y escapo de las teorías fáciles, pero gracias al periodismo conocí a algunas de esas personas. Dos de ellas compartían, además de las fantasías sobre sus condiciones futbolísticas, buena parte de su apellido. Así que no parece tan audaz postular que cargar con las letras S, O, R, I, A y N es una buena manera de ir por la vida contando y escribiendo historias que sorprenden y conmueven a propios y extraños.

El primero fue Osvaldo Soriano, eterno contador de eternas madrugadas, capaz de quitar el sueño a base de suspenso y carcajadas.

El segundo, ya lo adivinaron, fue Hugo Soriani, experto en transmitir pesadillas con tanta humanidad que hasta una prisión es un recuerdo entrañable y el peor carcelero una persona sensible. Casi tanto como en transmitir sueños con un filo helado que congela de a poco la sonrisa.

Algunas de esas historias las escuché y disfruté mil veces, y en este caso mil tampoco es una metáfora. Cada una de esas veces me reí en el momento adecuado, me emocioné hasta las lágrimas y me esforcé por disimularlas cuando me dio vergüenza. Y me reí, emocioné y disimulé cuando me tocó leerlas –varias de ellas antes de su publicación– y volver a leerlas y releerlas de puro placer una vez publicadas.

Un proceso solo comparable al que disparan las mejores canciones, las mejores letras, las mejores músicas.

De chico, Hugo quiso ser cantante.

De grande, lo consiguió.

Agradecimientos

A Daniel González y Teresa Pacitti, de Editorial Octubre, por su entusiasmo con el libro, sus ideas y sus aportes, que mejoraron todo.

A Víctor Santa María y Pancho Meritello, del Grupo Octubre, que hicieron realidad un nuevo vínculo entre cultura, política, sindicatos y periodismo.

A Estela Carlotto, por el Prólogo, y por hacernos más fácil el camino: solo hay que seguir sus pasos.

A Ernesto Tiffenberg, por su Epílogo, y porque nunca logré escribir una nota sin que él la mejorara.

A Miguel Rep, por convertir el libro en una galería de arte.

A Verónica Feinmann. Su diseño hizo más lindo este libro.

A Helena Woinilowicz, porque esperó para nacer que su madre terminara de leer y de ordenar estos relatos.

A Ricardo Badía, Carlos González (Gandhi), Julio Mogordoy y Luis Bruschtein, por los años juntos en el diario y en la vida.

A Liliana Viola, por sus piadosas opiniones, y por nuestra amistad que no es verso.

A Carlos Ulanovsky, Marcela Ferradás, Eduardo Aliverti, Tuni Kollman, Martín Granovsky y Héctor Timerman, por sus mensajes ante cada una de mis notas, y por su insistencia para que me animara al libro.

A Luciana de Mello y María Elvira Woinilowicz. Porque treinta años después, me animé y volví a Devoto para leer mis textos en los talleres de escritura para presos (“para personas en situación de encierro”) que ellas fundaron. Un espacio libre, rodeado de rejas.

A León Gieco, por estar siempre junto al diario: “Compramos el Página / Leemos a Galeano”. Sus canciones son la banda de sonido de mi vida

A Nora Lafón, porque una noche en el Teatro Opera, luego de un show inolvidable, me llevó al camarín para conocer y abrazar a Sandro.

A mi madre y a mi hermana Susana. Sus visitas y sus cartas me aliviaron y sostuvieron durante los años de encierro.

A los Organismos de Derechos Humanos y a todos los familiares de presos políticos que nos acompañaron en los años de dictadura. Ese compromiso, a muchos de ellos, les costó la vida.

A Laura, Paula, Jorge y Joaquín, mis amores. Y a Dante, mi nieto, y a Albertina, su mamá, que se sumaron luego a esta familia intensa, discutidora, apasionada y muy divertida.

ÍNDICE

9	PRÓLOGO , por Estela Barnes de Carlotto
13	NUNCA NOS QUISIMOS TANTO
15	La identidad por el teatro
19	Dos fiestas
23	Un padre
27	“Nunca nos quisimos tanto”
31	Caseros
35	Dos historias
39	Homenaje
43	Adriana
47	Ayer a la mañana
51	Hipólito Vieytes, 40 años
55	36 años
63	Veinte nombres
67	37 años
75	Oro

77	38 años
85	39 años
91	El inventor
95	Asignatura pendiente
99	40 años
107	Monte Hermoso
111	Walter, de Lanús
113	Elogio a la locura
117	La universidad de la cárcel
121	Por quien merece amor
127	“Pipo” y Angelita
133	Trabajo para todos
137	UPA
141	Gary
143	Crónica de otra fuga
147	BANDA DE SONIDO
149	León en rodeo ajeno
155	Forever Young
159	A tu salud, Gitano
163	Dar es dar
167	Uno para todos
171	Belleza y felicidad
175	Ayer nomás
181	Dame el fuego
185	Pero un día se marchó
189	El soplido de un duende
193	Las siete vidas del gato
197	Los tiempos están cambiando
203	UN MUNDO DE SENSACIONES
205	Como las tortugas
209	Néstor y uno
213	River, pasión y tristeza
217	De vez en cuando la vida

221	El Capitán de River
227	Imperdibles
229	Mozo
233	Madre hay una sola
237	Piel de gallina
241	Cataratas
247	De oído
251	Hurón
257	El día y la noche del vinilo
265	Visto y oído
271	Multa
275	Visto y oído
281	Visto y oído
285	Inmortal
287	Mannequin Challenge
293	EPÍLOGO
	Letra y música , por Ernesto Tiffenberg

Este libro se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2017, en Latingráfica,
Rocamora 4161, Buenos Aires, República Argentina.